

Para Todos

M. R.



Nº 80

Gloria

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

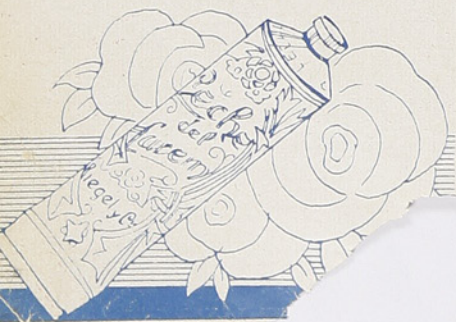
BIBLIOTECA NACIONAL
CH



Leche del Harem

Aumente su belleza, multiplique sus encantos, aparezca usted cada día más bonita, más sugestiva... Para ello basta que todas las noches, antes de acostarse,

la LECHE DEL HAREM,





PARA TODOS

REVISTA QUINCENAL
AÑO IV NUM. 89

Santiago de Chile, 3 de marzo de 1931.
Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag", perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Los Ojos Verdes

Por Gustavo Adolfo Bécquer

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título.

Hoy, que se me ha presentado la ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

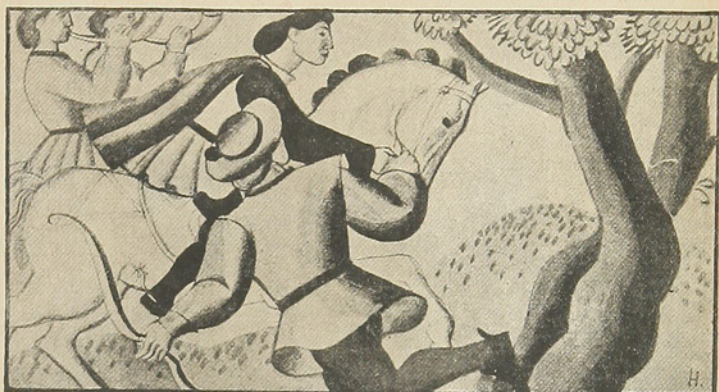
Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tales cuales ellos eran, luminosos, transparentes como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

I

—Herido va el ciervo..., herida va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... ¡Pero por San Saturio, Patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuza los perros, soplad en esas trompas hasta echar los higados, y hundidle a los corceles una cuarta de hierro en los ijares; ¿no veis que se dirige hacia la fuente de los Alamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Inigo, el montero mayor le los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortar el paso a la res.

Pero todo fué inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas



jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

—¡Alto...! ¡Alto todo el mundo!—gritó Inigo entonces. —Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces?— exclamó dirigiéndose a su montero, y en tanto ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos. —¿Qué haces, imbécil? ¿Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del

bosque! ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

—Señor— murmuró Inigo entre dientes, — es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque esa trocha— prosiguió el montero— conduce a la fuente de los Alamos; la fuente de los Alamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorio de mis padres, y primero perderé el ánimo en manos de Satanás que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venabla, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves...? ¿Lo ves...? Aun se distingue a intervalos desde aquí... Las piernas le faltan, su carrera se acorta; déjame..., déjame..., suelta esa brida o te revelo en el polvo... ¿Quién sabe si no le dará lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpieza y sus habitantes. ¡Sus, Relámpago! ¡Sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engazar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Inigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecían inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin: —Señores: vosotros lo habéis visto; me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante que



VISTO DE CERCA

Por Carlos Parra del R.

Con la cabeza apoyada en la diestra, se contempló largamente, ensimismado y melancólico. Una arruga tenaz cavada como un surco, cruzaba la blanca superficie de la frente, trazando la rúbrica de los años vividos. Sobre el cráneo redondo raleaban los cabellos grisáceos. Los ojos, de pupilas oscuras, miraban con esa elegante fatiga con que miran los que han saboreado los frutos de la vida, hasta encontrar la gota ácida que en lo íntimo encierran. Un velo de palidez cubría el rostro, imprimiéndole un sello de exquisita nobleza. Sólo la boca conservaba su

frescura veintenal. Unos labios demasiado rojos tal vez admirablemente dibujados, escondían la blancura centelleante de los dientes, prestando cierta animación a la gravedad del conjunto. No era, ciertamente, lo que se llama un hombre hermoso, pero sí en extremo interesante. Su cara irradiaba una simpatía muy personal, ese no sé qué indefinible, que seduce a las coquetas en los grandes amadores.

Quién demonios le había inspirado la desatinada idea de abrir la carta que le confiara ésta para depositarla en el correo? La abriera ma a u n a l m e n t e, y una vez abierta, obediendo a una curiosidad instintiva, la leyó hasta el final. Era dirigida a una amiga, de la infancia por añadidura, con lo que queda dicho que en ella se expresaba con gran libertad de opinión y de lenguaje. La cruel e inesperada sorpresa que le deparaba a quella misiva! Ni siquiera sospechara que su linda Clotilde, con aquel aire de boba que exageraba su aparente candor, fuera capaz de manifestar un entusiasmo tan marcado por un hombre que no era su marido.

La cosa, vista con la experiencia y la mesura que le daba su mundo, reducía sus proporciones a un leve desvío, fácilmente curable si se le atajaba a tiempo, más no por eso le dolía menos. Entre otras muchas, intimidades de boudoir, etc., y siendo entre ellas la principal, decía la carta sobre poco más o menos: "Feliz tú, querida mía, que gozas de toda la libertad que quieres. Por mi parte, no puedo decir lo mismo. Hasta ahora mi marido me ha impuesto una especie de esclavitud, que si antes no la sentía, comienza a parecerme enfadosa. Pero déjemele a un lado, para hablar de él. Es cierto

que estubo a visitar a tu marido, como me dices en tu última? De veras conversaste con él? Ah, monina mía, es menester que me repitas esto con más extensión. ¡Cuánto envidié tu lugar al saber que le habías visto y escuchado. ¡Es tan hermoso, tan arrogante! Desde aquella noche memorable en que le vi pelear como un héroe antiguo y derribar a puñadas a su contendor, su imagen no se ha apartado de mi imaginación. No me atrevo a decirte que le amo, porque yo misma no lo sé a punto fijo, pero son tantos y tales los sentimientos que

me inspira, que a la postre voy a creer que estoy al borde de una gran pasión. Ah, cuán dulce debe ser sentirse arrebatada entre sus poderosos brazos de "derribador" de gigantes!..."

Había expresiones en aquella carta que equivalían a las más dolorosas heridas que puede inferirse a la vanidad masculina. Harto im p i a m e n t e le recordaban lo que más se desea olvidar, después de haber bordeado los cuarenta: que estaba envejecido, que no ejercía ya sobre las mujeres aquel hechizo que las hacía olvidar todo por escuchar de sus labios una frase de cumplido. Más no llegaba a tanto su decaimiento que pudiesen mofarse de él impunemente. Aún tenía en los labios el dulzor de muchas bocas amantes, le quedaba el brio suficiente para responder a las sollicitaciones de Venus.

Con pena y rencor evocó las escenas de la noche a que aludía su mujer en la dichosa carta. Se trataba de un encuentro de box

entre dos brutos de esos que se desquijarran a puñadas por unos cuantos pesos. Recordó que, efectivamente, el púgil que la había entusiasmado era un espléndido tipo de varón.

Al famoso encuentro concurría instado por su amiga Santana, y por cierto que del espectáculo sacara una impresión antes desfavorable que grata. No había sucedido lo mismo con su mujer, por lo visto. Así, pues, copo debía de agradecerle a Santana su invitación. Lo grave era que éste, llevado por su afición, tenía convertida su casa poco menos que en un club deportivo, y que a ella iba con mucha frecuencia su mujer, en calidad de amiga de la de Santana. Muy bien podía ocurrir, pues, que se conociesen allí, y que, lo que comenzaba por un devaneo fútil concluyese en algo irremediable.



Urgiale discurrir el medio más eficaz de cortar por lo sano el peligro que amenazaba perturbar su dicha. Hasta entonces sintíase completamente feliz con su mujercita, y quería continuar de tal suerte el resto de su vida.

La verdad es que Clotilde se negaba a dar crédito a sus ojos.

Resultaba tan insolito que su marido anduviese en tratos con boxeadores, como que ella se dedicase a tan rudo deporte. Le había anunciado un invitado a cenar, pero sin decirle quién, y he aquí que al ver que éste era su idolo, no cabía en sí de sorpresa y de gozo. Visto de cerca, impresionaba menos sin duda que en el ring, envuelto en los chorros de luz que esparcen las lamparas, pero de todos modos, le juzgaba admirable. Advertía, sin embargo, que sus ojos eran menos vivos y ardientes, así como que no se hallaba muy a sus anchas con el dogal almidonado del cuello. Además, sus movimientos eran torpes y pesados, lo contrario de lo que sucedía en el ring, donde accionaba lleno de agilidad y gracia. Qué contraste hacia al lado de su marido! Mientras éste, dueño de sí en absoluto, hablaba y se movía con fluidez y soltura, el otro no sabía qué empleo darle a las manos, y se limitaba a contestar con monosílabos a las preguntas que se le hacían.

Después de una breve charla en el salón, pasaron al comedor. Por indicación expresa de su marido, el menú se componía de platos fuertes cargados de especias, propios para excitar el apetito de un paladar basto. Bien que contaba éste con las tragaderas de un boxeador fuera de training.

¡Ah, qué decepción! Cuánto mejor hubiera sido para Clotilde no ver de cerca a su héroe. Más que comía, devoraba con infantil gula los platos que se le ponían por delante. Pues, si ni siquiera reparaba en ella. Vencido el embarazo de los primeros momentos, las emprendía con las viandas con el mismo entusiasmo con que peleaba. Y la humillante cortesía de su marido. Vaya un modito delicado de ponerlo en ridículo con sus “Sirvase” un poquito más, amigo. No ande usted con cumplidos ahora, que no tiene usted por qué cuidarse.

¡Y “eso” era el hombre que la había deslumbrado!

Sentía pena y vergüenza enormes de haberse dejado ofus-

car hasta llegar al extremo de incurrir en la solemne tentación de escribir cosas que jamás debió trazar su pluma.

Aquel grandullón de ingenuos ojos vacunos estaba bueno para seducir criadas.

Hermoso si que lo era, más visto de lejos, que de cerca su indomesticada rudeza le daba un aspecto de vulgaridad ingrato a las personas delicadas.

Estaba tan nerviosa que hasta sentía ganas de llorar.

Maldita ocurrencia la de traerle a cenar.

Una sospecha sutil cruzó en aquel momento por su frente.

¿Maliciaba su marido que había estado en un triz de cometer una necesidad?

¿Era una cosa premeditada aquello de invitar a una persona tan ajena a la sociedad que ellos frecuentaban?

Volvióse para mirar a éste, y ya no dudó más.

¡Pero entonces había leído su carta?... ¡Qué vergüenza, cielo santo!

Ahora sentía que odiaba a aquel hombrachón desmañado y grosero, cuyas manazas cubiertas de un tupido vello negro semejaban monstruosas arañas sobre la blancura del mantel.

De aquel hombre que sobre el ring, en una fiesta de box, la imaginación de ella había hecho una especie de dios pagano, de héroe mitológico, bello y atrayente en su figura de forzado gigante, no quedaba otra cosa que un hombre vulgar, repulsivo y antipático, ahora que lo veía tal cual era, y que lo había tenido a su lado, pudiendo observarlo de cerca en todos sus rasgos, y en sus más elementales gestos y ademanes.

Cuando servían los licores aprovechó la ocasión para retirarse a su habitación, llena de repulsión y confusa.

No hubiera podido permanecer un instante más delante de los dos. Ah, cómo le pesaba su



culpable ligereza. Es cierto que su marido no era ya un maulabete ni mucho menos, pero, acaso no era un hombre verdaderamente encantador?

Nadie como él sabía ser discreto y oportuno.

Recién aullataba su superioridad y comprendía que le hubiese amado como decía su fama.

Abstraída en sus reflexiones, no reparó en la presencia de éste que llegaba después de haber despedido a su huésped.

Acariandole la barbilla, le dijo con la cortesía que siempre empleaba con ella, aun en los momentos de mayor intimidad:

—Quiero agradecerte las atenciones que has tenido con mi amigo Sanders. Es un muchacho admirable...

—Oh, te lo ruego, murmuró ella sin saber qué decir, por mitad confusa y apenada.

(Continúa en la página 17)

EL AMOR SIEMPRE

He vivido treinta y un años y seis meses en el más absoluto reposo moral, conservando intactas todas las cualidades que adornaron mi juventud.

Hace, pues, medio año que aquella quietud desapareció de mi alma. Que aquellas facultades sufrieron una perturbación.

Esa fecha coincide con la aparición de ella. ¿Fue ella quien conturbó mi espíritu, la que desató sobre mí el vendaval de las pasiones...? No. Fui yo mismo quien me turbé en su presencia antes que ella me mirara siquiera. Ella era... una mujer. Alicia. ¿Rusa? ¿Italiana? ¿Hebrea? Jamás lo supe. La conocí en París en una pensión de segundo orden. Yo, que acababa de sufrir un gran descalabro financiero, me refugié allí en espera de una remesa de dinero que había solicitado por telegrafo.

La vi por primera vez sentada a la mesa en el comedor, quedé maravillado, más que de su hermosura, de que una hermosura tan extraordinaria, no tuviese un dueño que la exhibiese en los grandes hoteles y en los restaurantes lujosos. Su porte, sus modales, la sencilla elegancia de sus vestidos denotaban un descalabro financiero también en ella, que la había arrastrado hasta un ambiente de pobreza que no era el suyo.

Después pude convencerme de que si soportaba aquella situación era por virtud. Los rufianes elegantes merodeaban constantemente alrededor de ella, intentando comprarla con sus dádivas.

Nunca nos preguntamos quiénes éramos, ni pretendimos inquirir uno la vida del otro. Nuestra vida anterior se había eclipsado. Alicia hablaba poco. Por eso quizá sus palabras tenían para mí triple valor, especialmente aquellas que surgían de sus labios, entrecortadas y débiles, en momentos de éxtasis, recuerdo algunas de aquellas frases, y por ellas entreveo por qué regiones de misterio debía vagar su espíritu.

Es increíble el grado de lucidez, el asombroso poder de captación que poseen las almas de los místicos. Yo he volado alto, pero no he llegado a la altura de ella. Ella era el misterio, lo incognoscible. Hay momentos en que creo que la he amado por eso. Por el misterio que había en sus ojos y en todo su cuerpo.

No hemos vivido nunca juntos. No porque ella se negara a llevar conmigo una vida íntima sino porque comprendimos que una vida en común, con sus realidades y prosaísmos, podía ser un peligro para nuestros sueños.

A medida que el amor hacia Alicia fué desarrollándose en mí, fueron aniquilándose mis cualidades de hombre de acción hasta llegar el momento en que quedaron completamente anuladas. Abandoné rápidamente mis negocios, mis amistades, mis lecturas, mis expansiones y hasta mis salidas.

Yo llevaba dentro de mí un mundo mucho más amplio y armonioso del que me circundaba, y mi vida interior era mil veces más intensa y varia que la que se desarrollaba en la calle. Esta aversión hacia la vida externa coincidió con un exaltado apasionamiento por la naturaleza. Los árboles, los jardines, el mar, las montañas, el cielo, las noches, todas las cosas inanimadas adquirieron para mí facies nuevas y me hablaron con sus voces de armonías desconocidas.

Al abandonar mis negocios, naturalmente, cesaron mis ingresos, y, como tras el último descalabro financiero no quedaba en mi cuenta corriente más que la cantidad necesaria para que ésta subsistiese, los apuros económicos llegaron en seguida.

Mi primera caída se anunció al punto. Fué una idea puesta en práctica con la rapidez con que fué concebida. En mi calidad de gerente y apoderado, manejaba los fondos de la Empresa X. Volví a Madrid. Me apoderé de ellos y escapé.

Si el demonio de la tentación, dos meses antes, me hubiera solamente insinuado esta idea, estoy seguro que hubiera muerto de vergüenza o me habría pegado un tiro. Entonces no sólo

lo pensé, sino que lo realicé sin que sintiese el más mínimo remordimiento de conciencia, el más leve escrúpulo.

¿Fue ella quien me empujó en esta primera caída...? Ni aún indirectamente. En nuestro amor, hasta entonces, no habían entrado para nada los intereses materiales. Alicia estaba contenta con su pobreza, y sistemáticamente se había negado a aceptar el más pequeño obsequio, la invitación más modesta. Fui yo mismo quien comprendí que nuestra vida material debía estar en relación con nuestra vida de sueños; es decir, libre de preocupaciones y rodeada de comodidades,



para lo que se necesitaba dinero.

¿Dónde estaba mi rígido acompañante, que no me gritó en el momento de tender mi mano hacia la caja de caudales...? ¿Calló o yo no quise oírle...? Calló. Si me hubiera dicho que aquella era la villanía más grande que puede cometer un hombre, que mi honor quedaba manchado para siempre, que aquel

dinero, que yo iba a malgastar, dejaría al día siguiente a una multitud de obreros sin trabajo y sin pan, que llevaría la desesperación y la ruina a muchos hogares, no lo habría hecho.

Desde que tuve dinero, nuestra vida material cambió radicalmente. A la modesta pensión de segundo orden sucedieron los hoteles lujosos, los restaurantes de moda, los trajes costosos. Alicia se opuso en un principio, pero cedió después.

Tenia alguna idea vaga de que yo manejaba grandes negocios, y me creyó rico. Pero esta vida de exhibición sólo duró unos días. Alicia me dijo que quería vivir sola, absolutamente sola, en una casita retirada y que prefería no salir. Yo accedí al punto a sus deseos. Allí un hotelito en las afueras de París, y en él se instaló.

La había visto desde el primer día tan melancólica y triste, tan apartada del bullicio de la calle, que me pareció muy natural este deseo de ella. Además íntimamente me alegraba, porque esta determinación me evitaba un sufrimiento. El de los celos.

Al presentarnos en un teatro, en un restaurant o en un cabaret, su hermosura provocaba un movimiento de admira-

NOS PIERDE

ción general, y todas las miradas convergían hacia ella insistentemente. Otro tanto nos sucedía en la calle o en los establecimientos de venta. Y aunque mi orgullo de hombre se sintiera halagado al verme envidiado por todos como poseedor de aquella belleza, íntimamente sentía la comezón de los celos y un como rebajamiento moral ante los ojos de Alicia.

Yo alquilé para mí otro hotel cerca del suyo. Necesitaba vivir cerca de ella. Nuestras entrevistas, consideradas con arreglo al horario que se han impuesto los hombres, fueron irregulares y raras.



Ignorantes, por tanto, de la fecha, de la hora y del cielo, ocurría muchas veces que, al salir de una de estas entrevistas envuelto en mi abrigo para preservarme del frío del amanecer, me encontraba con un sol radiante de mediodía o con un crepusculo violeta y suave.

Nuestro delirio tocó en esos días el cenit de lo sublime. Alicia y yo nos consumíamos en la gran llama. Sus besos eran a mo-

do de lenguas de fuego que iban secando rápidamente mi vida. Su melancolía se iba acentuando también por instantes. No la vi hasta entonces llorar nunca, pero sí reflejado en sus ojos todo el dolor del mundo.

Era indudable que aquella delicada criatura llevaba oculta alguna tragedia. Jamás la pregunté, pero en algunas palabras casi ininteligibles que la oí pronunciar en momentos de abandono pude entrever algo. Reclinada junto a mí, hundidos sus dedos entre mis cabellos y mirándome fijamente en los ojos, me parecía la estatua pagana del misterio y la muerte, no a la manera que la imaginan los demás, sino bella y arrogante, como yo la había soñado siempre.

Entre tanto, absorbido por esta pasión, sin leer periódicos, sin tratar a nadie, no pude enterarme de que la Policía me buscaba para detenerme por mi desfalco y de que mi fotografía era exhibida en las primeras planas de todos los grandes diarios y revistas. La vida de encierro que accidentalmente llevaba me había librado de las garras de la justicia.

Habían transcurrido cinco meses desde que nos conocimos con una vertiginosidad de sueño... ¿Qué quedaba en mí del Julio anterior a esa fecha? ¿Qué había sido de mi honradez, de mi rectitud y de mi escepticismo...? Todo había des-

aparecido. Incapacitado para pensar, vagando en un ambiente de inconciencia y embriaguez, me dejaba arrastrar por los acontecimientos como un autómatas, como un enajenado, para quien la idea obsesiva era: VIVIR.

En algunas ocasiones he tenido momentos de lucidez. Pero tan rápidos y fugaces, que apenas me daban tiempo de adoptar una resolución. Era como el beodo que, entre copa y copa, por un inaudito esfuerzo de voluntad, comprende el ridículo papel que está representando y lucha por mantenerse recto y sereno, pero continúa bebiendo. Yo comprendí que mi dinero se acababa. Que aquella situación no podía prolongarse, pero continué gastando y viviendo. Y así llegué hasta el momento supremo.

A partir de aquí debería empezar a hablar en presente y no en pretérito. Los acontecimientos se han sucedido con una rapidez tal, que aunque todos han tenido lugar en quince días, y éstos han sido para mí de una duración de siglos, en realidad sólo ha existido una noche.

Hace quince días que en mi cielo no ha brillado la aurora. Ya sólo espero la aurora final. La que me alumbrará para siempre.

He aquí una breve frase en la que cabe más emoción que en todos los poemas imaginados por todos los poetas. Me admira el valor de estas cuatro palabras. ¡He matado a Alicia!

Yo podría escribir muchos gruesos volúmenes, en cada uno de cuyas páginas grabara mil lamentaciones. Pero nunca encontraría una frase tan sencilla y tan aterradora como esta: ¡He matado a Alicia! Es decir, he matado, he anulado a la que era el único objeto de mi vida. A mi vida misma, yo me he sobrevivido para asistir a la muerte de mi mismo. Ella ya no existe aquí. Sus ojos ya no me miran, porque yo mismo los cerré para la tierra. ¡¡He matado a Alicia!!

Es necesario que yo abra los míos al cielo, donde ella está, para poder verla. Es necesario que yo siga su mismo camino.

¿Estaba seguro del amor de Alicia...? Si. ¿Creía en sus palabras...? Si. Entonces, ¿porqué estaba escondido como un ladrón entre los árboles de su casa para acechar su llegada...? ¿No ocurren a diario en París centenares de accidentes...? ¿No podía ser Alicia víctima de uno de ellos...? ¡No!

A las cinco y media de la madrugada llegó en un automóvil de alquiler. La vi descender de él rápidamente, pagar al chauffeur y entrar apresuradamente en su casa. Mi primer impulso fué salir a su encuentro, preguntándole el motivo de su tardanza y si le había ocurrido algo.

Ella me habría dado explicación sencilla quizá, y todo recelo, todo misterio habría desaparecido. Pero el demonio del mal habló en mi oído: "Calla. Disimula. Vigila." Y la semilla de la cizaña quedó arrojada en mi corazón.

Si yo dispusiera de tiempo, si supiera que mi estado de lucidez actual se habría de prolongar algunas horas siquiera, iría señalando el estado de mi alma en cada uno de estos momentos. Pero el esfuerzo que he hecho va agotando mis fuerzas, me falta espacio, además, y deseo llegar al final narrando solamente los hechos, aunque tenga que dejar de decir cosas mucho más interesantes que los hechos mismos.

Quedó la semilla de la cizaña arrojada en mi corazón y fructificó.

"Calla." Y callé. Me dirigí rápidamente a mi casa. "Disimula." Y escribí a Alicia una carta diciéndole que no iría en dos días, por no encontrarme bien. "Vigila." Y tan pronto como recibí contestación suya, en la que me decía que desde que yo me había ido de su casa estaba en cama, me puse al acecho, oculto entre los árboles de la noche anterior, decidido a esperar.

Desde el día anterior no había tomado alimento alguno, y hacia dos que no dormía. La fiebre había ascendido, y mi depresión moral era enorme. Sentía un zumbido de colmena en mis oídos, y mis sienes atravesadas por un hierro candente.

(Continúa en la página 17)

ARROLD DE

AMOR

Por GILBERT ROSS



de ella. Estaba fuera de duda que se abrazaban y se besaban. Hicks vaciló todavía, se quitó la gafas lentamente, frotó los cristales con el pañuelo y las volvió a colocar sobre su nariz.

Entonces vió que la muchacha se desprendía de los brazos de su apoderado y que ambos se miraban sorprendidos. Dos veces abrió la boca, pero no logró pronunciar ni una palabra.

A la tercera intenciona pudo exclamar con voz trémula: — ¡Crawford! — replicó Sam, avergonzado. — ¿Qué explicación da usted a esta conducta sin precedentes? ¡Aquí, en mi oficina, a la vista del que se le antoje pasar por la calle, tener a una joven entre sus brazos! ¿Quién es?

La aludida le dirigió una dulce sonrisa. — ¿Cómo está usted, señor Hicks? le preguntó. — Me llamo Woodbridge... Peggy Woodbridge... pero creo que no me conoce. Hace muy poco que vine a vivir a Dilchester. — Bien, bien...

— Yo a usted sí le conozco. Sé que es magistrado y mayordomo de iglesia... ¡Vaya! ¡Pues pocas ganas que tenía yo de saludarle!...

— ¿De veras? — dijo Hicks secamente. — ¿Y podría saber qué clase de asunto la trae a usted a mi despacho?

— Sólo me acerqué para ver al señor Crawford. Supongo que esto no le servirá de molestia, ¿verdad?

— Pues supone muy mal, porque me molesta extraordinariamente que mi apoderado permita que todo Dilchester le vea abrazado a una joven nada menos que en mi oficina; y si ha venido usted para asuntos de negocios, peor que peor...

— Precisamente a eso he venido — dijo Peggy. — Esta noche dan un baile en el Ayuntamiento, y mi presencia aquí ha sido para decirle al señor Crawford que me acompañe.

Aquí explotó la bomba.

— ¡Maldición! — gritó el jefe de la oficina, dirigiéndose al empleado. — ¡Le he dicho a usted repetidas veces que este despacho tiene por único objeto llevar a cabo mi negocio y no el de mis dependientes. Si usted es tan necio que tiene tratos con mujeres, puede verse con ellas en cualquier otra parte, menos aquí, en mi despacho.

— Siento mucho lo que ha ocurrido — explicó Sam, — pero nunca cree que le molestara la visita de esta joven, la cual sólo ha estado aquí unos cuantos minutos.

Minutos que me han perjudicado — exclamó Hicks, dando un resoplido. — Minutos que los ha aprovechado besándola. ¡Ira de Dios, caballero! Usted no lo podrá negar porque yo lo he visto ahí, junto a la ventana, como lo podrá haber observado el que haya pasado por la calle. ¿Cómo se le ocurrió a usted hacer una cosa así?

— Es que el señor Sam no pudo evitarlo — intervino la joven. — Soy muy atractiva... y especialmente mis ojos. ¿Sabe usted? Dice Sam que le entran ganas de arrojarle a nadar en su fondo cada vez que los mira. Pruebe usted a mirarme y se convencerá. Estoy segura de que habrá de explicarse la conducta observada por Sam.

— Gracias, señorita Woodbridge, pero no estoy ahora, ni nunca, para mirarle a usted los ojos.

— Además — continuó ella. — ¿Por qué no había de besarme Sam, estando para casarse conmigo? Tengo la seguridad que cuando usted era joven, señor Hicks... ¿verdad que también usted...?

— Yo no estuve jamás en vísperas de casarme.

Y volviéndose hacia su dependiente, añadió: — ¿De modo que ha pensado usted casarse con esta muchacha?

Sam afirmó con un movimiento de cabeza, diciendo a continuación:

— Somos novios hace algún tiempo.

— ¡Ah! — exclamó Hicks. — En ese caso hemos de hablar a solas. Despidase de la señorita Woodbridge y entre en mi despacho.



ARTHUR FERRER

Sam se despidió de la joven, después de citarse con ella en el café de enfrente, y entró en el despacho particular de su jefe.

— Escuche usted, Crawford — empezó Hicks. — Le dije hace tiempo que pensaba hacerle socio de la casa...

— Si, señor, y yo le contesté que Ud. era muy bueno para mí.

— Ni bueno ni malo. La bondad no tiene nada que ver con este asunto; me limito a tener en cuenta los intereses de la casa. Le hablaré con franqueza: no creo poder encontrar un hombre más a propósito que usted. Debo, sin embargo, hacer una advertencia que figurará como una de las cláusulas del contrato y, de no estar usted dispuesto a aceptarla, no es necesario que discutamos más: el hombre que sea socio de Hicks e Hicks ha de ser soltero y debe comprometerse a seguir soltero toda la vida.

— ¡Demonio!... — exclamó Sam, sorprendido. — ¿Quiere usted decir que no podría casarme nunca? Eso me parece muy poco razonable.

— De ningún modo. Ha de comprender usted, Sam, que, como socio, estaría Ud. al tanto de las informaciones confidenciales sobre nuestros clientes, informaciones que ignora hasta la fecha, y mi primer cuidado, es asegurarme que no salen de esta oficina por conducto alguno. Sé por experiencia que un hombre casado no puede tener secretos para su mujer.

— ¿De modo que usted se figura que yo discutiría con mi esposa los asuntos de la oficina?

— ¡Claro que lo creo! Su mujer le obligaría. Suspiraría primero, le llamaría desconfiado y usted acabaría por soltar la lengua al aire; pero lo haría en secreto, desde luego, y eso es lo peor, porque su esposa, al día siguiente, se lo contaría a una amiga, en secreto también, y la amiga haría otro tanto, y así sucesivamente, hasta que se quedara enterado el último individuo de la ciudad; y para esto habría sido mejor publicarlo en la prensa.

Sam movió la cabeza negativamente.

— Usted no conoce a mi prometida... ¡Oh! Ella no es así.

— Todas las mujeres son iguales; no iba a ser la suya una excepción. ¿Quién es el guapo que se fia de ellas? Sólo hay un medio para poder vivir tranquilo, y ese medio es alejarse de las faldas como si las llevara el mismo demonio.

— Pero quién le llevó a usted por ese mal camino para comprometerse?

El dependiente se contentó con lanzar un largo suspiro.

— Mire, señor Hicks — dijo después de una pausa. — Me he comprometido porque quiero casarme; porque estoy enamorado de la señorita Woodbridge.

— ¡Enamorado! Y todo de una cara bonita... ¡Vamos, hombre!... ¡Yo creí que usted tenía más sentido común!

— Pero vamos al grano — dijo Sam con resolución: — ¿la condición que se me impone para ser socio de la casa es la de no casarme?

— Esa es, precisamente, la condición.

— Entonces, señor Hicks, me niego a admitir el cargo.

— Es usted un idiota, querido amigo. No hay mujer que valga tanto como ser socio de la razón social Hicks e Hicks. Antes de que usted decida seguir como simple empleado cobrando unas cuantas libras a la semana, puede pensar el asunto con más calma y me comunicará su decisión la próxima semana.

TRANQUILAMENTE se tomaba Peggy el té con pastas mientras Sam le refería la entrevista que acababa de tener con su principal.

— Todo cuanto intente será inútil — terminó el joven. — Su empeño es que rompa contigo si quiero ser socio de su casa.

— ¿Y tú prefieres eso a tenerme a mí por esposa?

— ¡De ningún modo! ¡Que se vaya a paseo el cargo, la casa y todo! — exclamó Sam. — Tú antes que eso, ya lo sabes. Pero si no soy socio de la casa no podemos casarnos. Contaba con el ascenso cuando pedí tu mano. Tendré que ahorrar durante unos años, y eso...

— ¡Eres un idiota! — exclamó la joven. — Anda, bebe más té a ver si se te aclara esa cabeza. ¿Te figuras que el señor Hicks no cambiará de opinión?

No lo espero. Cuando se trata de mujeres, es el hombre más intransigente del mundo... ¡Las odia! En su casa ni doncella quiere tener, y en la oficina padecemos la falta de mecanógrafa. Siempre habla mal del sexo débil... Aseguran que siempre ha sido igual y ahora está orgulloso de la fama que ha adquirido. Así es que no creo ni por un momento que llegue a modificar su opinión.

— Esto se presenta algo complicado.

— Y tan complicado... — Si aceptas su proposición no te puedes casar conmigo, y si te casas conmigo te quedas sin la mejora de ser socio...

— ¡Justo.

— Es preciso hacer algo para que tu jefe cambie de opinión.

— No veo el medio.

— Ya pensaré yo algo. Ven mañana a la hora del té y te diré lo que haya decidido.

— Mañana no podré venir porque tengo que ir a Danfield a visitar a un cliente del señor Hicks.

— Pues aplacemos nuestra entrevista para pasado mañana — dijo Peggy. — No te apures, Sam. Ya le haremos pensar de otro modo.

— Es preciso hacer algo para que tu jefe cambie de opinión.

— No veo el medio.

— Ya pensaré yo algo. Ven mañana a la hora del té y te diré lo que haya decidido.

— Mañana no podré venir porque tengo que ir a Danfield a visitar a un cliente del señor Hicks.

— Pues aplacemos nuestra entrevista para pasado mañana — dijo Peggy. — No te apures, Sam. Ya le haremos pensar de otro modo.

— Es preciso hacer algo para que tu jefe cambie de opinión.

— No veo el medio.

— Ya pensaré yo algo. Ven mañana a la hora del té y te diré lo que haya decidido.

— Mañana no podré venir porque tengo que ir a Danfield a visitar a un cliente del señor Hicks.

— Pues aplacemos nuestra entrevista para pasado mañana — dijo Peggy. — No te apures, Sam. Ya le haremos pensar de otro modo.

— Es preciso hacer algo para que tu jefe cambie de opinión.

— No veo el medio.

— Ya pensaré yo algo. Ven mañana a la hora del té y te diré lo que haya decidido.

— Mañana no podré venir porque tengo que ir a Danfield a visitar a un cliente del señor Hicks.

— Pues aplacemos nuestra entrevista para pasado mañana — dijo Peggy. — No te apures, Sam. Ya le haremos pensar de otro modo.

— Es preciso hacer algo para que tu jefe cambie de opinión.

— No veo el medio.

— Ya pensaré yo algo. Ven mañana a la hora del té y te diré lo que haya decidido.

— Mañana no podré venir porque tengo que ir a Danfield a visitar a un cliente del señor Hicks.

— Pues aplacemos nuestra entrevista para pasado mañana — dijo Peggy. — No te apures, Sam. Ya le haremos pensar de otro modo.

— Es preciso hacer algo para que tu jefe cambie de opinión.

— No veo el medio.

— Ya pensaré yo algo. Ven mañana a la hora del té y te diré lo que haya decidido.

— Mañana no podré venir porque tengo que ir a Danfield a visitar a un cliente del señor Hicks.

— Pues aplacemos nuestra entrevista para pasado mañana — dijo Peggy. — No te apures, Sam. Ya le haremos pensar de otro modo.

— Es preciso hacer algo para que tu jefe cambie de opinión.

— No veo el medio.

— Ya pensaré yo algo. Ven mañana a la hora del té y te diré lo que haya decidido.

— Mañana no podré venir porque tengo que ir a Danfield a visitar a un cliente del señor Hicks.

— Pues aplacemos nuestra entrevista para pasado mañana — dijo Peggy. — No te apures, Sam. Ya le haremos pensar de otro modo.

(Continúa en la página 19)

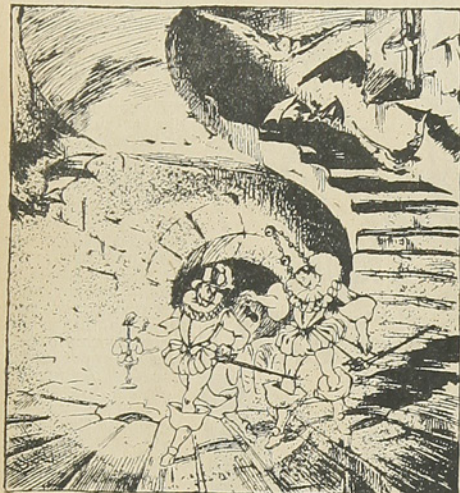
El barril de amontillado

Por E.A. Poe

MEMORIAS DE UN LOCO

Soporté lo mejor que pude las mil injusticias de Fortunato; pero cuando llegó el insulto, juré vengarme. Ustedes, que conocen mi carácter, no supondrán que de mi boca saliese la más ligera amenaza. A la larga había de vengarme; era cosa definitivamente resuelta; pero la perfección misma de mi resolución alejaba toda idea de peligro.

Es preciso que se sepa que jamás di a Fortunato motivo



alguno para que dudase de mi buena fe, ni con mis acciones ni con mis palabras. Continué, como de costumbre, sonriendo siempre, y él no comprendía que mi sonrisa sólo quería significar mi pensamiento de su inmolación.

Fortunato tenía un flaco, fuera del cual era un hombre respetable y aun temible. Se vanagloriaba de ser gran entendido en vinos. Pocos italianos tienen el don de ser buenos catadores; su pericia es casi siempre ilusoria, acomodada al tiempo y a la oportunidad. En lo relativo a pinturas y piedras preciosas, Fortunato era un charlatán; pero, tratándose de vinos añejos, era sincero. Sobre este punto, en nada me diferenciaba de él: era muy entendido en vinos italianos, y adquiría partidas considerables siempre que podía.

Una tarde entre dos luces, en medio de la locura del carnaval, nos encontramos. Me saludó con íntima cordialidad, porque había bebido muchísimo. Mi hombre iba disfrazado. Llevaba un traje ajustado, de dos colores, y en la cabeza un gorro cónico, con campanillas y cascabeles. Tan dichoso me juzgué al verlo, que no acababa nunca de estrecharle la mano.

—Mi querido Fortunato — le dije, — le encuentro a usted en buena ocasión. ¡Qué buen aspecto tiene usted hoy! Acabo de recibir un barril de vino amontillado, o, por lo menos, por tal me lo han vendido; y tengo mis dudas.

—¿Cómo? — dijo — ¿De amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y a mitad de carnaval!

—Tengo mis dudas — repliqué —, y he sido tan tonto que lo he pagado sin consultarle antes. No pude encontrarle y temí perder una ganga.

—¡Amontillado!

—Digo que dudo.

—¡Amontillado!

—Y puesto que está usted invitado en algún sitio, voy a buscar a Luchesi. Si alguno hay que sea conocedor, es él. El me dirá...

Luchesi es incapaz de diferenciar al amontillado del Jerez.

—Pues, a pesar de ello, hay imbeciles que comparan sus conocimientos con los de usted.

—Vamos allá.

—¿Adónde?



—A sus bodegas.

—Amigo mío, no; yo no quiero abusar de su bondad. Sé que está usted invitado. Luchesi...

—Nada tengo que hacer. Marchemos.

—No, amigo mío, no. No se trata ya de sus quehaceres, sino del frío cruel que noto que está usted sufriendo. Las bodegas son muy húmedas; como que están cubiertas de nitrógeno.

—No importa; vamos. El frío nada supone. ¡Amontillado! Lo han engañado. Y en cuanto a Luchesi, repito que es incapaz de distinguir al Jerez del amontillado.

Así charlando, Fortunato apoyó en mi brazo. Me puse una careta de seda negra, y embozándome en mi capa, me dejé conducir hasta mi palacio.

No había en él ningún criado; habíanse marchado todos a disfrutar del carnaval. Habíales dicho que yo no volvería hasta bien entrado el día, ordenándoles que no desearan sola la casa. Yo bien sabía que esta sola orden era suficiente para que todos, sin excepción, se largasen en cuanto yo volviese la espalda.

Tomé dos luces, alargué una a Fortunato, y nos dirigimos,



atravesando muchas piezas y salones, hasta el vestibulo, por el que se bajaba a los sótanos. Bajé delante de él la escalera larga y tortuosa. Llegamos, al fin, y juntos nos encontramos sobre el húmedo suelo de las catacumbas de Montresors.

El andar de mi amigo era vacilante, y las campanillas y cascabeles de su gorro sonaban a cada uno de sus pasos.

—¿Y el barril de amontillado? — preguntó.

—Está más allá. Vea usted los blancos bordados que centellean sobre las paredes de estas cuevas.

—Volvióse hacia mí y miróme con ojos vidriosos, goteando lágrimas de embriaguez.

—¿El nitró? — preguntó por fin.

—El nitró — dije — ¿Desde cuándo tiene usted esa tos?

—Euh, euh, euh, euh.

Mi pobre amigo no pudo contestarme hasta después de pasados algunos minutos.

—No es nada — dijo.

—Venga — dije con firmeza —.

Vámonos fuera de aquí; su salud es preciosa. Usted es rico, respetado, querido; como yo lo fui en otro tiempo; es usted un hombre que dejaría un vacío insustituible. Por mí, nada importa. Vámonos; se podría usted poner enfermo. Además, Luchesi...

—Basta — dijo. — Esta tos no tiene importancia; no me matará. No pienso morir de un constipado.

(Continúa en la página 65)

1931 se viste como en el año 1800

Un medio de estudiar la historia de cualquier periodo es a través de su indumentaria, pues el espejo de la moda siempre refleja las costumbres y la mentalidad de su época.

Los años que siguieron a la guerra demuestran esta verdad. Durante aquellos días terribles de 1914 a 1918, la mujer tuvo que adaptarse al rígido marco impuesto por las restricciones de una época de hierro, y en muchos casos se habituaron a usar uniforme.

Con el advenimiento de la paz, apareció un periodo de

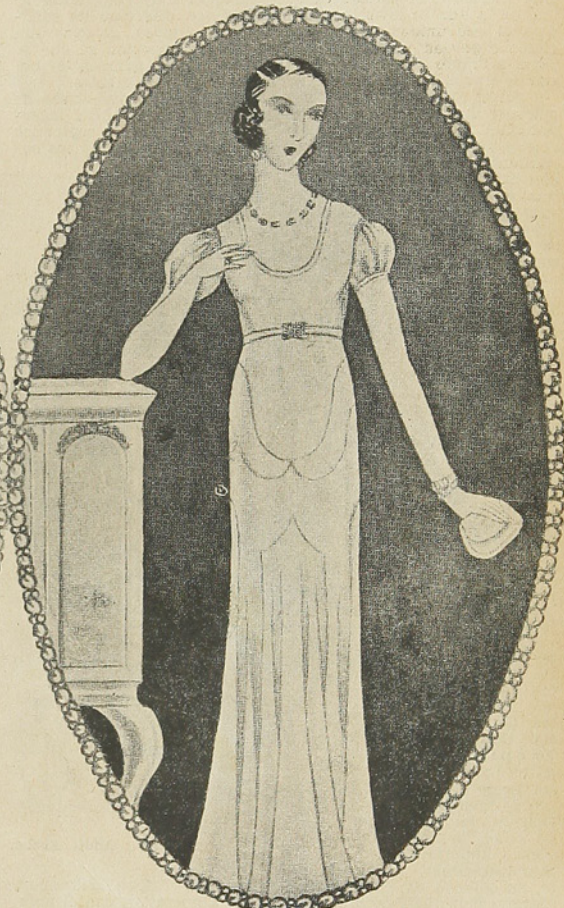
Les Merveilleuses, con sus trajes y sus peinados resucitaban las modas de la antigua Grecia...

A esto siguió un periodo de violenta exageración hasta que ya alrededor de 1860 apareció el tan elegante traje Princesa, mereciendo universal aprobación.

Allí tenemos, de consiguiente, las fuentes que han inspirado a muchos de nuestros modelos modernos. Se ha dicho que sólo después de un siglo, puede un estilo aparecer de nuevo con éxito; después de veinte, treinta, o aún cincuenta años,



La versión 1931, del traje Imperio.



Una dama francesa de los días del Primer Imperio. Contrariamente a la creencia general que la Emperatriz Josefina fué la primera en introducir el traje Imperio, la idea se originó en Inglaterra.

Intensa frivolidad. Los trajes hicieron extremadamente cortos, las blusas "pneumonia", hicieron sensación, y todo lo superfluo fué descartado sin piedad. La reacción, vino en seguida, inevitablemente, y gradualmente, a medida que la vida de las naciones en guerra se iba haciendo más normal, la mujer contempló con agrado, la vuelta a las modas femeninas, hasta que hoy han recuperado ampliamente su apreciación de la dignidad y de la gracia.

Es esto meramente una repetición de los acontecimientos que siguieron a la Revolución Francesa, en los días del Primer Imperio. Durante el Reino del Terror, un periodo de decadencia artística envolvió a la Ciudad Luz. Es interesante recordar que el traje Imperio introducido según la creencia general por Josefina de Beauharnais, fué de hecho originario de Inglaterra, creándose el efecto de la elevada cintura para ocultar la pesada figura de la entonces Duquesa de York.

Los años 1794 y 1795, marcaron el renacimiento de la supremacía francesa en la moda femenina. Entregada la unión a la diversión, hacia fines del siglo diez y ocho, la influencia clásica se hacía sentir en tal forma, que bajo el Directorio,

sería meramente "anticuado". Después de cien años, tiene todo el encanto de lo "antiguo".

En las modas de hoy día, la línea "Princesa" es aprovechada para los trajes de la tarde y de noche. Alguno de estos últimos lucen de nuevo el picaresco encanto del periodo del Imperio.

No sólo un periodo, sino muchos, han sido cuidadosamente estudiados, y entre ellos, la Era Victoriana ha proporcionado ideas que han sido aprovechadas por las grandes firmas en 1930.

Toda transformación es gradual y se va unificando, naturalmente una a otra, hasta convertirse en un conjunto. Innovaciones trascendentales, comunes a toda colección importante son rara vez aceptadas, pero sirven para introducir nuevas ideas, y en forma modificadas, son finalmente aceptadas.

La sombra de otra Era, aparece también hoy día. Entre los trajes magníficos que se preparan para ocasiones especiales, hay algunos que parecen transportados desde la Edad Media, con sus brillantes terciopelos y brocados.

La antigua Etiopia corona a su nuevo Emperador

Hoy día, como nunca antes en la historia, la atención de los gobiernos blancos y de las naciones blancas está concentrada sobre el Imperio Negro de África, la semi barbara Etiopia mas generalmente conocida bajo el nombre de Abisinia; y sobre su primitiva capital Addis Abeba en donde los edificios modernos sólo recientemente han empezado a desplazar a las casuchas de barro — una población sin alumbrado y sin agua potable, salvo aquella extraída de los pozos. Y especialmente, se concentra esta atención sobre una eminencia en la que se levanta una heterogénea colección de edificios, la que únicamente debido a su gran masa, alcanza una cierta dignidad y grandeza — el Palacio Imperial, al que se llega a través de un patio, flanqueado, como guardia de honor a ambos lados por una serie de leones enjaulados.

Addis Abeba excitada con el acontecimiento que acaba de celebrar ha asumido recientemente una importancia internacional. Sus soleadas calles han trillado con el esplendor oriental y con los turbantes de los mahometanos, con los ornamentos de oro, con las armaduras de plata y con los empujados adornos de las tribus nómades. Sobre la amplia llanura han acampado numerosos destacamentos de tropas — jinetes que han venido a desplegar su competencia, y a competir en espectáculos a fines del rodeo occidental y los equipos de nobles feudales y de príncipes. Arriba, sobre las legaciones extranjeras ondean al viento las banderas de las grandes potencias.

Fué un espectáculo de rara magnificencia aquél, en el que los sacerdotes de la Iglesia Coptica de Etiopia, colocaron sobre las sienes de un negro de menos de cuarenta años de edad, la corona imperial. Simultáneamente, en setenta dialectos distintos fué, Ras Tafari, Makonnen, antiguo Príncipe Regente, proclamado Emperador, con el nombre de Haile Selassie I en presencia de una concurrencia sin precedentes, de distinguidos visitantes blancos, entre otros el Duque de Gloucester, hijo de los reyes de Inglaterra, y sus séquito, del príncipe Heredero de Italia y su entourage, de una embajada norteamericana, gobernadores de las colonias blancas limítrofes, y numerosísimos turistas aterrorizados de los cuatro puntos cardinales por los antiguos rituales y las antiguas ceremonias. El descendiente de Salomón exhibió sobre un trono de oro, sobre el cual veíase la significativa inscripción: "El León de Yudahshá Conquistado".

Bajo la dirección de este enérgico joven, el país reputado como un vasto tesoro de riquezas naturales, con oro, platino, plata, petróleo, caoba, café y goma, en abundancia, al fin va saliendo de la obscuridad. Una tierra poco conocida, una monarquía cristiana y miembro, además, de la Liga de las Naciones, se encuentra geográfica y culturalmente aislada. Una excepción, como la única nación africana independiente aparte de la república de Liberia se encuentra totalmente en el interior, separada del Mar Rojo y del golfo de Aden por Francia, Italia y Gran Bretaña y separada del Continente Africano por enormes extensiones de territorio británico. Con el mundo exterior está la Etiopia ligada por dos importantes caminos para las caravanas y por un ferrocarril construido

por los franceses en 1902, por medio del cual se llega en tres días a la costa.

El imperio de la Etiopia es un país casi sin caminos y sin ciudades. Su excelente clima, apropiado para los europeos, tiene mucho en común con el del Estado de Colorado en Estados Unidos. Es un país de montañas austeras con fértiles e idílicos valles en donde tranquilos lagos se extienden en medio de verdes ondulaciones. Comparable en extensión a la Francia, el país se encuentra ocupado por unos diez millones de habitantes. Con excepción de cinco mil armenios y de unos cuantos griegos y de unos pocos asiáticos y europeos en general, los habitantes son casi todos los africanos nativos. No son todos, sin embargo, de una misma raza. La unidad que existe, descansa sobre el hecho de que hay siete millones de habitantes, de origen árabe, incluyendo los nómades bárbaros del desierto. Todos estos están sometidos a una esclavitud casi medioeval, por los tres millones restantes pertenecientes a la raza conquistadora y guerrera de los amharis eustranzados.

No es difícil identificar a los miembros de la aristocracia reinante. Visten de blanco; sus pintorescos trajes, generalmente de algodón o de seda consisten en una apretada túnica con largas mangas, y anchos pantalones remanentes del jodpur. Sobre esto usan una larga y ancha capa, que envuelve el cuello y cae hasta las rodillas. Esta indumentaria muy elegante y apropiada para los hombres delgados y esbeltos se usa también por las mujeres con el agregado de un velo de muselina.

Diferencias de casta, mantenidas rigidamente se demuestran en varias maneras, como por ejemplo, en las fajas de color de las capas.

Los habitantes de los campos

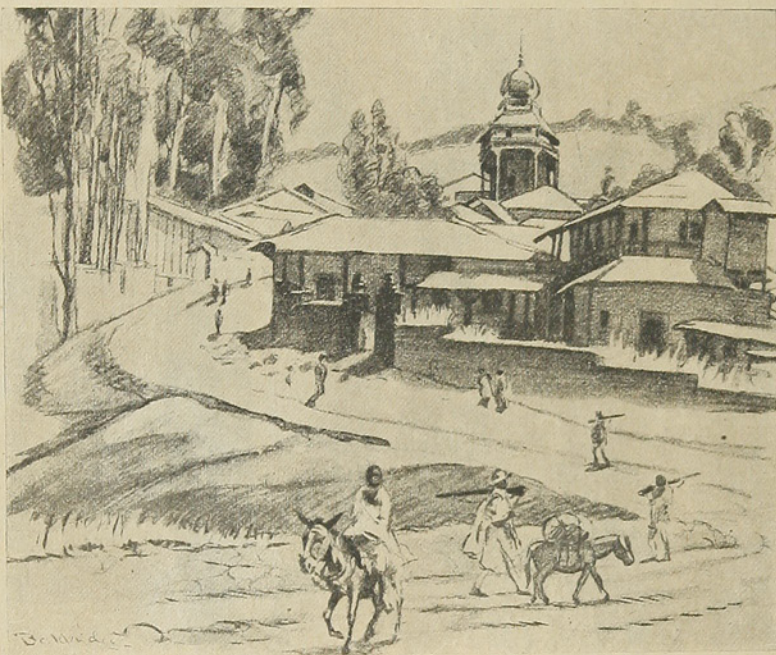
están armados con largos cuchillos y con lanzas; los árabes manejan espadas de Damasco, pero sólo los amharis pueden tener rifles. El ejército del Emperador está limitado a cien mil hombres, pero se estima que en caso necesario puede disponer de una reserva adicional de quinientos mil excelentes tiradores.

La familia real de Etiopia, fué fundada, según la tradición, de los amharis por un hijo del rey Salomón y de la Reina de Jaba a quien se debe también la adopción de la ley de Moisés.

En 1917 cuando Li-Yasu fué destronado, su tía Judith, fué proclamada Emperatriz y su primo entonces de 26 años de edad, Tafari Makonnen, fué designado Príncipe Regente. Los viajeros que regresaban de Etiopia hacían agradables relaciones de un Ras (Luneysse) de suaves maneras, quien con motivo de la reclusión en que permanecía la emperatriz, daba la bienvenida a los extranjeros. Eran servidos en platos de oro. Les obsequiaba armaduras de guerra del país y pieles de león. También en vista de su conocimiento del francés, aprendido en su niñez de un misionero jesuita, les interrogaba incansablemente sobre el mundo exterior.

Esta hospitalidad duró años. Aún después de haber sido proclamado Rey de los Reyes, visitantes norteamericanos, presentados por su ministro eran invitados a tomar té en la

(Continúa en la pag. 27).



En Addis Abeba, capital de la Etiopia

Los doce mandamientos de la longevidad

Si alguien, hombre o mujer, nos preguntare cómo puede llegarse a centenario, le contestaremos sin tardar: Vas a hacer como los religiosos: te encerrarás en un monasterio, o bien hazte admitir en un hospicio inglés, o, mejor aun, hazte labrador. Estos hombres no conocen las inquietudes. Su manera de vivir es sencilla, pobre pero bien regulada. No conocen los enfriamientos que se adquieren a la salida de un teatro, de un concierto o de un café. Los labradores, mejor que los reyes, tienen una perspectiva de larga vida.

Al objeto de poder reunir los consejos que en el transcurso de la obra hemos detallado, ahora queremos indicar, bajo la forma de mandamientos, cómo es posible llegar a muy viejo:

1.º Vivir tanto como nos sea posible a pleno aire fresco y sano, sobre todo al sol, procurando hacerlo cuando no sea demasiado caliente.

2.º No comer carne más que una vez al día y de una manera moderada. Arregla tu régimen de vida, sobre todo con leche cruda de vaca o de cabras sanas, con huevos, con cereales, con legumbres verdes, con manteca y con queso y frutas. Cada tres meses evita comer carne por algún tiempo. Mastica los alimentos con cuidado.

3.º Toma cada día un baño y cada semana uno de sudor.

4.º Ten cuidado de evacuar todos los días, y limpia el intestino una vez por

semana con ayuda de un pequeño purgante.

5.º Lleva vestidos porosos, sobre todo los vestidos de lana contra el frío. Procura que el cuello de tu camisa sea ancho. Lleva en el verano el sombrero y los vestidos claros: en invierno escoge los oscuros. Lleva siempre zapatos bajos.

6.º Acuéstate temprano y levántate igualmente temprano.

7.º Duérmete con la ventana abierta, en un cuarto oscuro y silencioso. Que tu sueño no dure menos de seis horas y media ni más de siete horas y media (la mujer, ocho y media).

8.º Descansa perfectamente una vez por semana. Procura pasar el tiempo desde el sábado al lunes en el campo o en la montaña.

9.º Huye de las preocupaciones morales y de las excitaciones del alma. No te inquietes por nada, ni por aquello que es imposible de cambiar, ni por aquello que ha de llegar. No hables de cosas desagradables.

10. Debes ser mesurado en tus relaciones sexuales. Pero procura no suprimir del todo el instinto. Cásate, y si te quedas viudo, vuelve a casarte.

11. Huye de los locales mal ventilados o sobrecargados, en particular de aquellos que lo son por el vapor.

12. Usa de una manera moderada del café, del alcohol, del tabaco.



El "Baile de las Alhajas"

realizado recientemente en Londres

El gran "Baile de las Alhajas del Imperio", realizado recientemente en el Park Lang Hotel de Londres, reveló no sólo el asombroso valor de las joyas que se hallan dentro del Imperio Británico, sino también la eterna fascinación que las joyas ejercen sobre el espíritu humano. En la antigüedad, esta fascinación se debía tanto a las virtudes místicas y medicinales que se atribuían a las alhajas como a sus cualidades decorativas. La belleza es apreciada aún en estos días prácticos, pero la superstición ha sido supeditada por el respeto, por el valor intrínseco. Reyes en ostracismo, que pudieron haber tenido que hacer frente a penurias financieras, han podido vivir confortablemente del producto de sus joyas. Si una perla negra solitaria puede ser vendida, como ha ocurrido recientemente, en £ 3.500 puede comprenderse la fortuna que las alhajas hoy día representan.

El Oriente continúa siendo la fuente de estos tesoros. Se cuenta de un Shah de Persia quien se impuso a un grupo de guerreros rebeldes por el brillo de sus diamantes. Las joyas de la Corona de Persia tienen un valor calculado de £ 34.000.000, sin tomar en cuenta el célebre Darya-i-hoor, o "Mar de Luz", gemelo de la "Montaña de Luz", el Koh-i-hor famoso de la regalia de Inglaterra.

El "Koh-i-hor, preparado en la India, tiene una historia deslumbradora, empezando por Rama, quien ocupó el trono de Anga, hacen 3.000 años. El diamante fué adquirido el año 1650, por el Gran Mogul, Shah Dehan, Emperador de Delhi, difundiendo la leyenda de su belleza hasta que se hizo célebre en los países vecinos. Un siglo más tarde, Nadir Shah, Rey de Persia, al saquear Delhi, buscó en vano el famoso diamante. Al fin, una de las damas del Harem traicionó el secreto: "Su Majestad Mahamed Shah, siempre lo usaba oculto en los pliegues de su turbante". El Shah de Persia invitó a cenar al Emperador de Delhi, y en vez de envenenarle, propuso a su invitado cambiar sus turbantes; Mahamed no pudo negarse, y así el diamante cambió de manos, junto con el turbante. Poco después, Nadir Shah, fué asesinado, pasándole la joya a una sucesión de propietarios, hasta que, con motivo de la conquista del Punjab, en la India, pasó a poder de Inglate-

rra. Durante su carrera, la "Montaña de Luz", ha sido recobrada varias veces, una vez en 1640.

La "Montaña de Luz" que luce la Reina Maria de Inglaterra en su corona, debe su nombre a su forma curiosa, reminiendo de una montaña cubierta de nieve y teñida junto a la cumbre de azul, de verde y de rojo.

Esto en cuanto a las joyas de la India. El Africa del Sur proporciona la ma-



En el Baile de las Alhajas del Imperio. Miss Diana Chamberlain De "Opalo".

yoría de los diamantes modernos, y de éstos el Cullinan, la inmensa piedra encontrada cerca de Pretoria, treinta años atrás, es el más notable. Fué dividido en nueve trozos, luciendo el cetro del Rey Jorge V, el más hermoso de ellos.

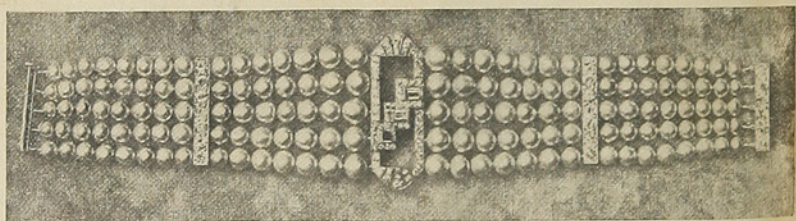
Ceylan y Australia, son las productoras de perlas del Imperio Británico. Dos

collares de perlas negras soberbias fueron vistos en el Baile de las Joyas, de un valor incalculable. Aunque consideradas negras, estas perlas tienen el color del acero con el rojo, el azul y el verde que aparecen en el cobre. Las perlas rosadas son las más buscadas por los expertos, y en general, la demanda por los diversos tipos ha aumentado, al paso que la producción permanece estacionaria, lo que naturalmente ha hecho subir los precios.

Muy arriba, en las montañas de Burmah, en la India, lejos de las peregrinaciones de los turistas, se hallan las minas de Mogok, fuente de los más bellos rubies del mundo. Hasta hace medio siglo, época en que Burmah, entró a formar parte del Imperio Británico, las minas de rubies eran un monopolio de los Reyes de Mandalay. Durante algunos años, los rubies no estuvieron de moda, pero recientemente, repentinamente han entrado de nuevo en favor, siendo buscadas en tal forma, que encuentran difícil los joyeros poder satisfacer la demanda. La mayoría de los rubies, tienen curiosas marcas internas parecidas a débiles rayos de luz, conocidos técnicamente como "sedas".

Aunque se encuentra principalmente, en Colombia, y en los Montes Urales, la esmeralda también suele producirse en Nueva Gales del Sud. En la antigüedad era altamente apreciada y la hermosa Cleopatra, Reina de Egipto se adornaba con ellas. Nerón contemplaba los combates de gladiadores a través de su anteojito de esmeraldas, y Napoleón dio a Josefina una esmeralda que lució sobre su corazón hasta su muerte.

Hoy día, son en extremo escasas. Uno de los aspectos más agradables de la esmeralda es el de conservar su color ante la luz artificial.



Un magnífico brazalete de perlas y diamantes exhibido en el "Baile de las Joyas" del Imperio, realizado en Londres.

LOS CELOS

Yace donde el sol se pone, entre dos tajadas peñas, una entrada de un abismo, quiero decir una cueva, profunda, lóbrega, oscura, aquí mojada, allí seca, propio albergue de la noche del horror y las tinieblas. Por la boca sale un aire que al alma encendida hiela, y un fuego de cuando en cuando que el pecho de hielo quema. Oyese dentro un ruido como crujir de cadenas, y unos hayes luengos, tristes, envueltos en tristes quejas. Por las funestas paredes, por los requiegos y quiebras, mil viboras se descubren y ponzoñosas culebras. A la entrada tiene puesto,

en una amarilla piedra, huesos de muerto encajados en modo que forman letras; las cuales vistas del fuego que arroja de sí la cueva, dicen: "Esta es la morada de los celos y sospechas." Y un pastor cantaba al uso esta maravilla cierta de la cueva, fuego y hielo, aullidos sierpes y piedra. El cual oyendo le dijo: —Pastor, para que te crea no has menester juramentos ni hacer la vista experiencia. Un vivo traslado es ése de lo que mi pecho encierra, el cual como en cueva oscura no tiene luz ni la espera. Seco le tienen desdenes,

bañado en lágrimas tiernas: aire, fuego y los suspiros le abrasan continuo y hielan. Los lamentables aullidos son mis continuas querellas, viboras mis pensamientos que en mis entrañas se ceban. La piedra escrita amarilla es mi sin igual firmeza; que mis huesos en la muerte mostrarán que son de piedra. Los celos son los que habitan en esta morada estrecha, que engendran los descuidos, de mi querida Silena. En pronunciando este nombre cayó como muerto en tierra; que de memorias de celos aquestos fines se esperan.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Para los que sueñan en Hollywood



exigencias. Esos nueve no volverán a formar probablemente en las colas de los *studios*. El desencanto es demasiado grande para que la voluntad le haga frente. “Pero ahí están los admitidos”, replicaréis. En efecto, en la segunda foto, hay un buen puñado de muchachas que han triunfado en la prueba.

Están preparándose para filmar. Algunas han terminado ya su tocado; otras se maquillan y visten aún. En montón han esperado a la puerta del *studio*; en montón se visten y se pintan; en montón desfilarán ante la cámara.

Y de ese conjunto, de esas docenas que han triunfado entre dos mil, sólo una tendrá condiciones o suerte para atraer la atención del director o del empresario. Y esa una se quedará para seguir luchando, y las demás volverán a las calles de Hollywood a formar en las colas de los *studios*, en una espera que poco a poco, ira ensombreciendo sus ilusiones.

Verdad es que Greta Garbo empezó así. Pero al pensar en esto, soñadores, no olvidéis que alrededor de este triunfo el destino ha tejido cien mil fracasos.

Dedicamos estas dos fotografías a esos jóvenes que sueñan con ir a Hollywood para seguir el camino trazado por Douglas, por Mary, por Greta Garbo, por John Gilbert...

Ese camino no es tan llano como la mayoría de los soñadores se imaginan. Es un sendero estrecho, en pendiente, lleno de riscos y obstáculos capaces de rendir al mejor templado espíritu y de doblar la vocación más firme.

Ved en unas de las fotos la larga fila que forma una heterogénea multitud en la acera de una calle. Es la fila de aspirantes a “extras” que esperan pacientemente ante la puerta de un *studio*. Son acaso las doce de la mañana y están ahí desde las nueve. A la hora de comer se marcharán y volverán luego para formar otra vez la cola. “Pero entrarán al fin” diréis. Pues bien, lo más probable es que no entren.

Sólo una vez de cada cien estos aspirantes a artistas tendrán la suerte de esperar un día en que el *studio* necesite gente. Entonces los van haciendo pasar por orden. Los prueban. Y de cada diez que entran vuelven a salir nueve. La cámara y el micrófono tienen insospechadas



“LESANCY”

\$ 5.—

LOCION CIENTIFICA, cura radicalmente la calvicie. Hace la cabellera divinamente hermosa.

Amor en la Pantalla

Desamor en la vida

Cuando el público vió que Charles Farrell y Janet Gaynor se encontraban en "El Séptimo Cielo" se dijo: "He aquí una pareja ideal. El, alto y fuerte; ella, débil y menuda como un muñeco. Los dos un poco ingenuos e inocentes; los dos generosos y sentimentales. En aquellos besos, en aquellas miradas, demostraron una gran capacidad amorosa. Eran dos corazones vírgenes y apasionados que se inflamaban al primer chispazo del amor. Janet no encontraría un hombre mejor que Charles. Charles no encontraría una mujer mejor que Janet... Sin embargo, un día, la pequeña gran estrella se casa con un rico banquero y Charles no se inmuta.

Cuando la perspicacia de un director unió a John Gilbert con Greta Garbo, el mundo entero proclamó que habían nacido el uno para el otro y que aquel amor arrebatado que los unía siempre en la pantalla, no podía tener más que un fin: el matrimonio en la vida real. Realmente, John y Greta parecían las dos mitades de un todo. Ella, genial misteriosa, verdadera estatua de carne, original hasta en su belleza; él, un poco fatal también, con su mirada turbadora y con su mezcla de apasionado Romeo y rudo y cinico don Juan. Se les veía juntos en los espectáculos y en los restaurantes de moda, en la playa y en el campo, siempre aislados en su común aureola de fatalismo y misterio. Sólo John puede comprender a Greta; sólo Greta puede comprender a John... Pero un día, inopinadamente, cuando nadie, absolutamente nadie, tenía la menor noticia de que eso pudiera suceder, John se casó con Ina Claire.

"¿Por qué? ¿Por qué estas incongruencias?", se pregunta el público... ¡Ah! Es que no son incongruencias; es que lo natural es que sucediera así. Cuando los padres quieren buscar a sus hijas un buen marido, fracasan siempre. Encuentran el buen marido, el marido excelente. Nada podrá decir la muchacha. Joven, guapo, honrado, simpático, rico... Sin embargo, la muchacha no lo quiere; prefiere a aquel otro jovencuelo que no tiene nada



de particular y que un día se le acercó en la calle para decirle dos tonterías. El espíritu de contradicción obra hasta en los hechos más trascendentales de nuestra vida. Además, un amor impuesto es siempre una obligación, desagradable como todas las obligaciones. Si John y Greta se hubieran encontrado en un vagón de ferrocarril, en una excursión por el bosque o por los hielos, a bordo de un transatlántico, acaso se habrían enamorado perdidamente y casado de un modo fulminante. Pero a John y a Greta les cogió un director un buen día y les dijo: “Ustedes han de amarse locamente. En sus besos pondrán el alma entera. Es necesario que se adoren con delirio: así lo exige el film” eso fué suficiente para que entre Greta y John cayera una barrera. Era necesario; lo exi-

gia el film. No, el amor no quiere exigencias. Hace falta el impulso espontáneo que enciende la llama. John miraba a Greta como se mira un instrumento de trabajo, y Greta pagaba a John con la misma moneda. Aquellos besos, medidos por la bocina del director, aquellos amores a fecha fija, a fuerza de repetirse, llegaron sin duda a hacerse odiosos para la pareja. Acaso Greta y John se detestaron cordialmente. Es probable que un día se negaran a trabajar juntos.

Por esa misma causa Evelyn Brent no se ha casado ni se casará con Clive Brook, ni Mary Briand con Charles Rogers, ni Lois Moran con George O'Brien, ni Edmond Love con Dolores del Río, ni Dorotea Mackail con Jack Mulhall.

Por eso también, Vilma Banky, en

vez de casarse con su amante en el film, Ronal Colman, tomó a Rod La Roque por esposo.

Y por eso, Douglas y Mary, que en la vida se aman de veras, sólo ahora y por un capricho que a buen seguro no se repetirá, han llevado su amor a la pantalla.

En cambio, John Barrymore se enamoró de Dolores Costello cuando el amor los unió en una película, y se han casado. Sue Carol se ha unido también a su pareja de la pantalla, Nick Stuart y Harold es el marido de la que fué su *leading lady*, Mildred Davis.

Pero contra estos tres casos positivos hay cien negativos. Se trata, pues, de una excepción que confirma la regla.

J. B. MILLE

Para limpiar lentes y anteojos.

Lo lentes de cristal se lavan con agua de jabón o con agua amoniacal y se secan con una tela muy suave, por ejemplo, muselina lavada una vez por lo menos con agua hirviendo.

Los cristales de los anteojos, así como los demás en general, no se deben jamás limpiar con otra cosa que con pieles suaves, de guante o de gamuza, si se quieren conservar brillantes y sin raya.

El brillo en la ropa

Para quitar el brillo a unos pantalones usados se toma un trapo bien mojado en agua, pero escurrido; se pone encima de la parte que tiene el brillo y se pasa suavemente la plancha caliente. Se levanta el trapo, y el pantalón queda sin brillo.

Plancha para corbatas

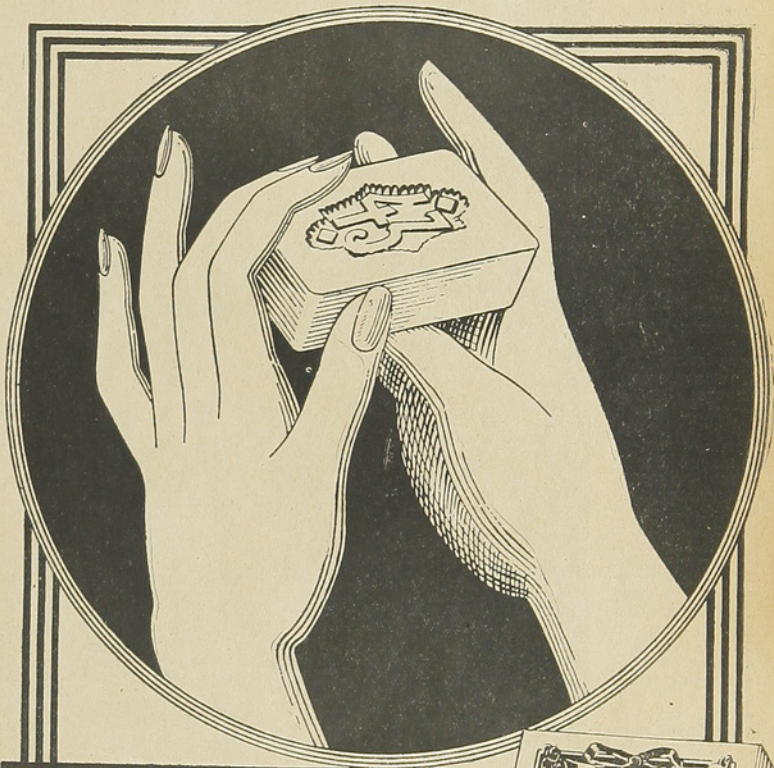
Las corbatas arrugadas recuperan su pristine aspecto sin ese brillo que dejan otras planchas, si se utiliza la del nuevo modelo que enseña el grabado. No solamente plancha el forro de una vieja corbata, sino que al mismo tiempo restaura el tejido. Es de sencillo manejo y su empleo no sólo se limita a corbatas, sino que toda clase de lencería pequeña, cintas, jabots, cuellos y puños pueden plancharse a la perfección.

Manchas de tinta

Si se trata de quitar la mancha de tinta de una alfombra, se lava aquella con leche fresca, que se va renovando con una esponja, hasta que su blancura no se empañe ya por la acción de la tinta. Entonces se pasa ácido oxálico y protector de estaño. Cuando ya ha desaparecido todo rastro de mancha, se lava con agua fría. De esta manera no hay peligro de alterar el tejido.

Modo de limpiar el alabastro

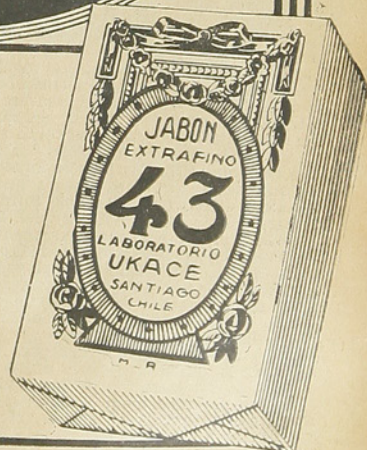
Los objetos de alabastro amarrillentos por causa del humo y del polvo se pueden hasta cierto punto volver a su blancura primitiva mediante el procedimiento que sigue: se lavan con agua y jabón y luego con agua pura, fregando al propio tiempo con la hierba llamada «cola de caballo» vulgarmente conocida. Pueden también restregarse con un pincel duro impregnado de yeso en polvo.



EL MAS DELICIOSO
DE LOS JABONES
FINISIMA ESPUMA
Y RICO PERFUME

EL PAN

\$ 1.-



Cómo obtener un aspecto juvenil

El aspecto juvenil de un individuo está en su rostro, en sus dientes y en sus cabellos. Si una persona nos muestra la cara tersa y colorada, la piel naturalmente blanca o sonrosada, las mejillas llenas y los músculos firmes, tendremos que reconocer que tiene un aspecto juvenil. Algunas arruguitas al lado de los ojos no son ningún perjuicio para el aspecto juvenil de las personas. Para mantener la frescura del rostro y, al mismo tiempo, impedir que la piel se marchite, conviene seguir determinadas reglas higiénicas. El lavaje diario con jabón no es del todo aprovechable. Lo mejor de todo es, al levantarse, poner

la toalla en agua fría (si fuera posible agua de lluvia) y con ella humedecerse el cutis de la cara. La frescura del agua excita los músculos de la cara e impide su relajamiento. Conviene hacerlo algunas veces durante el día, por ejemplo después de una fatiga, y darse una fricción de agua de colonia rebajada de alcohol a 30%. La piel de la cara nunca debe ser humedecida más que de una manera suave. Un gran lavaje contribuye a su desecación. Para quitar la grasa, puede emplearse un jabón muy graso y suave. Al acostarse puede friccionarse la cara con grasas de animales, o por ejemplo: glicerina. El masaje facial, que lleva consigo una mejora en la circulación de la cara, sólo debe practicarse con mucha prudencia. Lo más importante para la frescura del rostro es velar para que todos los días se haga una evacuación regular y abundante del intestino. Puede notarse con frecuencia que, después de una purga, la cara pálida y amarillenta vuélvese fresca y sonrosada. También es un hecho conocido de antiguo que los desarreglos del hígado contribuyen poderosamente a la coloración de la piel.

El movimiento, sobre todo los grandes paseos a pie, es una cosa muy útil. También es importante alimentarse de una manera racional. No es dudoso que el estado de serenidad del alma ejerce una saludable influencia en la expresión de la cara y la coloración de la piel. Las penas, las tristezas y las pasiones dejan siempre arrugas en la cara.

Precedentemente hemos hablado de la acción del arsénico y del hierro, como también del yodo, sobre el aspecto exterior. En el momento que estas personas que se tratan con estos medicamentos adquieren un aspecto juvenil, ello será debido a su acción sobre la constitución de la sangre, sobre la circulación y la nutrición.

Las arrugas pueden aparecer en edad muy temprana, hasta en la primera infancia, hasta en los recién nacidos, en el caso de degeneración de las glándulas tiroideas. Por un tratamiento de extracto de tiroides las arrugas pueden llegarse a hacer desaparecer. Los baños, principalmente los baños muy calientes y los de lodo ferruginoso, llevan consigo una mejora en lo que respecta a la irrigación sanguínea de la piel, y aumentan su actividad.

Para conservar un aspecto joven es muy importante tener buenos dientes. En la vejez, por regla general, se caen. Sobreviene una atrofia maxilar: los labios y las encías, faltan de base ósea, se debilitan y se enflaquecen, mientras que las mejillas se vuelven flácidas.

La caída de los dientes puede ser debida a causas externas o internas. Estas últimas son las más importantes y las más difíciles de evitar. Las primeras son, sobre todo, de orden bacteriológico y pueden ser evitadas gracias a un cuidado minucioso. La principal causa interna es la nutrición defectuosa

de las encías. Son insuficientemente regadas por la sangre, y por ello se ven privadas de una serie de sustancias importantes. Cuando la saliva se hace ácida se pone sarro en los dientes y aparece la piorrea dental, lo más fatal para los dientes.

El medio más seguro de lograr una buena irrigación de las encías es por mediación del masaje. Se practicará bien el masaje, con el dedo yendo de abajo arriba en la mandíbula superior. Para la limpieza de los dientes conviene usar un cepillo suave y jabón, que es de la manera que se obtendrá mejor resultado. El producto ideal para la limpieza de los dientes es el agua oxigenada, y la forma es frotarlos una vez al día con un poco de algodón impregnado de agua oxigenada.

Cuando la sangre que riega los dientes no lleva la cantidad su-

ficiente de los productos segregados por las glándulas vasculares sanguíneas, las encías no tardan en enfermarse rápidamente. Las glándulas sexuales obran sobre el estado de las encías; por eso en los estados cloróticos y en los embarazos, pueden verse enfermedades de los dientes y de los maxilares.

Para darnos cuenta exacta de la edad de una persona conviene que nos fijemos sobretudo en su fisonomía y en la cantidad de sus cabellos. Cuando estos faltan o cuando existiendo, son blandos y delgados, la cara aparece mucho más vieja. Al acercarse a la vejez aumenta el tejido conjuntivo en los capilares de la papila del cabello; la elasticidad de su pared disminuye y, por consiguiente, la llegada de la sangre al cabello se hace difícil. Por eso conviene emplear el yodo, que dilata los vasos, y al mismo tiempo hacer el masaje de los cabellos. Lo mejor sería pasearse sin sombrero, salvo en verano, en el momento de los grandes calores, puesto que los rayos químicos muy activos son nocivos para el cuero cabelludo. La caída de los cabellos, que muchas veces es ocasionada por los parásitos, puede combatirse por medio de fricciones de antisépticos, como son sublimado, el alcohol, etc.

Existe una íntima relación entre el estado de los cabellos y el de las glándulas vasculares sanguíneas, sobre todo de la glándula tiroidea y las glándulas sexuales. Cuando éstas se degeneran, los cabellos se desnutren, se secan y se caen

(Continúa en la pag. 27).



VISTO DE CERCA

(Continuación de la pág. 3)

Ambos se comprendieron perfectamente, sin que hubiera necesidad de pronunciar una sola palabra más.

Pero mientras él saboreaba su triunfo, mañosamente conquistado, ella no había recuperado del todo la serenidad.

Sentándose a su lado, él le tomó una de sus manos y le dijo, con un poco de inquietud, esperando de sus labios la confirmación plena de que no había fallado su ardid:

—¿Todavía me quieres, chiquita?

Con sincero arrebató repuso ella, luego de besar la mano blanca y suave que aprisionaba la suya:

—Mucho, mucho, querido mío... pero no traigas a gente como esa a cenar con nosotros.

Inconscientemente los ojos de él buscaron el espejo, y se miró entonces con menos melancolía que satisfacción.

Al lado de aquel capullo fragante, sus cabellos resultaban demasiado grises ciertamente, más aún podían jugar entre ellos, con amoroso placer, los finos dedos de seda que tenía prisioneros en su mano cálida de pasión...

EL AMOR SIEMPRE NOS PIERDE

(Continuación de la pág. 5)

Durante las ocho horas que duró la espera, fluctuó mi espíritu en ese ambiente nebuloso que precede al sueño. En todo ese tiempo sólo anhelé una cosa. Ver salir a Alicia.

Somos de una condición, que, puestos en el lindero de la sospecha, preferimos que la sospecha sea cierta, aunque ella constituya nuestra ruina moral, antes que rectificar al comprender nuestro error. Yo deseaba coger a Alicia en pleno engaño, en flagrante delito.

Ni por un momento pensé que ningún derecho tenía sobre aquella mujer. Que, ni en virtud del amor que me había jurado podía coartar su libre albedrío, que sus salidas podían tener una causa justificada. ¿Conocía acaso su vida...?

A las nueve de la noche la vi salir. Tomó un taxi. Yo otro. En su persecución crucé medio París. Paró al fin. La vi descender del coche y entrar en un café poco concurrido. Yo la seguí, ocultándome entre las columnas. En un ángulo apartado había sentado un hombre joven, elegante y guapo. Alicia se dirigió hacia él.

Ignoro si se saludaron, pero él ni se levantó de su asiento ni se despojó del sombrero ante ella. Empezaron a hablar. Mejor dicho, era él solamente el que hablaba. Alicia, con los ojos medio cerrados, escuchaba, contestando de vez en cuando con monosílabos. No había duda. El corazón de Alicia era de aquel hombre. No era su dominador, su verdugo, el amante de corazón.

El zumbido de colmena se extendió por todo mi cerebro. La barra de fuego que cruzaba mis sienes cruzó ahora verticalmente todo mi cuerpo, y las pulsaciones de mi sangre aceleraron su ritmo, hasta adquirir una vertiginosidad de caballo desbocado.

No la vi llegar a su casa. Cuando abrí los ojos la encontré reclinada en mi pecho, llorando. Sin hablar la cubrí de besos. Ella me dió todos los suyos y todas sus lágrimas. Lo olvidé todo...

De pronto la cogí por el cabello. Ella quedó mirando fijamente mis ojos. ¿Qué quiso decirme con aquella mirada vaga y dolorosa?

Llevé mi mano derecha al bolsillo del pantalón. Saqué mi pistola y disparé una vez... dos veces... cinco veces...

Alicia se durmió en mis brazos.

Besé los labios de su boca. Después otros labios que brotaban sangre en su cuello. Luego otros labios en su pecho...

La recliné en un diván, cubriéndola con su abrigo de pieles para que no tuviera frío, y salí de puntillas para no despertarla...

¿Dónde he pasado los cuatro días siguientes? ¿Puede vivir la materia abandonada del espíritu...? ¿El mío dónde...



ecran

¿Se ha suscrito usted ya a esta revista?

Las mejores informaciones cinematográficas de Hollywood.

La revista mejor impresa y siempre con material propio.

COMPARE ESTA REVISTA CON LAS EXTRANJERAS Y LLEGARA A LA CONCLUSION DE QUE ES MUCHO MEJOR Y POR LA MITAD DEL PRECIO.

AYUDENOS PARA MEJORARLA TODO LO POSIBLE.

SUBSCRIPCION ANUAL: \$ 23.



estuvo durante ese tiempo...? En las misteriosas regiones donde vagan las almas de los que duermen...?

En la tabla rasa de mi memoria esos días no han marcado signo alguno. Una profunda laguna los ocupa.

¿He soñado que dormí en el quicio de una puerta, que me arrojaron de muchos cafés...? ¿Qué los transeúntes me ofrecieron muchas veces el brazo para cruzar algunas calles, tomando por ceguera lo que sólo era extravío de mi mirada...?

El quinto día adquirí súbitamente mis facultades mentales. Tercera gradación de mi espíritu. De las tinieblas más espantosas pasé a la luz más esplendente. De la incapacidad de pensar a la penetración más sorprendente. Mi agilidad mental no tuvo límites, pasando a la categoría de vidente o visionario.

Esta regresión a mi vida anterior tuvo lugar en el preciso instante en que pisé los umbrales de la habitación de Alicia. Todo estaba igual que la última vez que yo la había visto. Me dirigí al diván donde acostumbra descansar Alicia. No estaba y llamé. Apareció una mujer y me llamé por mi nombre, dando muestras de una gran sorpresa.

—Huya. Escóndase— dijo.

Y me mostró una revista ilustrada. En una de sus páginas estaba Alicia. A su lado el caballero que había estado con ella en el café: su marido.

Debajo un hombre acusado de malversación de fondos y de asesinato: yo.

Recobré mis facultades.

Hecho concreto, Alicia se disponía a trainitar la separación legal con su marido por incompatibilidad de caracteres cuando había sido asesinada por su amante, ignorándose las causas.

...He vivido varios días entre el cielo y la tierra.

Ya no es la ofuscación la que me guía, sino la clarividencia más absoluta. Mis actos no serán, pues, hijos de la inconsciencia o de la locura, sino de las más profunda reflexión. Mi espíritu ha adquirido sutilezas de ángel, y desde la tierra he escudriñado el cielo y desde el cielo la tierra.

Mi cabeza toca las nubes; pero mis pies aún se arrastran por el abismo. El abismo me espanta. El cielo me atrae.

¿Hemos nacido solamente para pasar por el mundo con una rapidez de huracán, consumiendo nuestra existencia entre afanes y dolores, o hay algo al otro lado un paraíso donde se encuentra el sempiterno reposo y del cual las almas guardan leves reminiscencias en lo más recóndito del recuerdo?

Yo voy a abrirme a mi mismo las puertas del misterio. Mi impaciencia no me permite esperar el plazo que me fue fijado. ¿Me queda ya algo que hacer en la tierra?

Puesto que tengo en mis manos las llaves del gran templo, voy a traspasar sus umbrales.

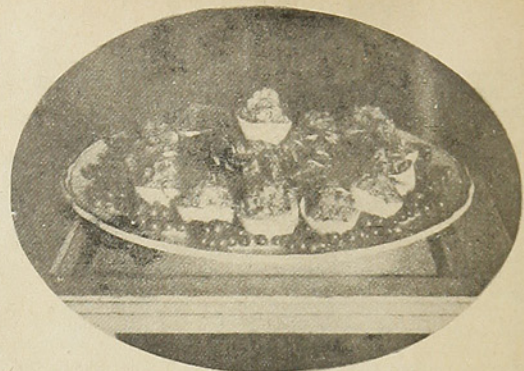
¿En cuál estrella de las que ahora brillan sobre mi cabeza estará mi mundo?

¿Alzaré ante mí el mundo impenetrable de la nada...?

He sacado mi pistola. No tiembla mi mano...

¿Qué labio de hielo es éste que pone un beso frío en mis sienes...?

FRANCISCO RUIZ LLANOS



Página de Cocina

HUEVOS RELLENOS DE "FOIE-GRAS"

Ingredientes: siete huevos, una lata de pasta de foie-gras, medio kilo de judías verdes finas, medio kilo de guisantes, aceite y limón.

Se cuecen los huevos por espacio de unos diez minutos, se pelan y se cortan por la mitad, a lo largo. Se les quita la yema. Se pica y se une al foie-gras. Con una cucharita se rellenan las claras.

Se hace una ensalada rusa con las judías y los guisantes cocidos y un poco de mayonesa. Se coloca la rusa en el centro de la fuente, y los huevos alrededor.

SOPA A LA MARINERA

Se dirigen a mi algunas de las amables lectoras que, por lo visto, se ocupan de estas páginas pidiéndome recetas de sopas, y, aunque el célebre maestro de cocina Amadeo Bain pensara que la sopa está hecha para preparar la comida y no debe jamás sobrecargar el estómago de los comensales, es lo cierto que la sopa predispone bien para una buena comida, y las hay tan substanciosas que vienen a constituir un verdadero plato. La variedad de sopas es innumerable, pero la base de invención es muy limitada y es casi siempre a base de puré, al que se le agregan, por diferentes procedimientos, tales o cuales ingredientes, que constituyen la variedad bajo nombres pomposos.

La sopa a la marinera tiene cierta originalidad y mucho carácter español.

Ingredientes: medio kilo de almejas, una cebolla grande, un pimiento verde y de casco duro, cuatro tomates, un ajo, aceite para rehogar las verduras, un trocito de pan y un litro de agua.

Se lavan bien las almejas y se ponen a cocer en el litro de agua por espacio de un cuarto de hora.

En una sartén se rehogan la cebolla, los tomates, el pimiento y el ajo. Se sacan las almejas del agua y se echan las verduras rehogadas, dejándolas cocer como una media hora. Se pasan por un tamiz las verduras para que suelten bien la substancia y den espesor al caldo, y, una vez hecho esto, se añaden las almejas (a las que ya, previamente, se habían quitado las conchas).

Se corta el pan en pedacitos cuadrados, que se frien en aceite, y bien escurridos se echan en la soper. Sobre ellos se vierte el caldo con las almejas y se sirve.

Esta sopa puede servirse también con huevos escalfados en ella.

PACIENCIAS

Ingredientes: Una libra de harina, una libra de azúcar, un huevo entero y cuatro claras. Se trabajan los huevos con el azúcar, se añade la harina, teniendo que quedar la pasta muy fina y lustrosa. Se echa la pasta en una manga de dril con boquilla de metal a la punta. En una lata untada de manteca se van echando montoncitos muy pequeños, del tamaño de una moneda de dos reales, separándolos unos de otros. Se untan con un pincel mojado en agua. Se dejan reposar veinticuatro horas. Se cuecen en un horno regular, teniendo cuidado de que no tomen color.

Custodio de la Salud de la Familia

El estreñimiento causa, a menudo, desórdenes en el organismo. Laxol, el purgante recomendado por los médicos, elimina eficazmente y sin irritar las toxinas intestinales. Laxol es aceite purísimo de ricino—combinado con substancias aromáticas para hacerlo grato al paladar. No tiene olor ni sabor repulsivos.

Tenga Ud. siempre a mano una botella. Es el custodio de la salud de la familia. Lo venden las mejores farmacias, en la conocida botella azul.



LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A. 8

Acetate de Ricino Purificado	88.96 gramos	Sacarina	0.14 gramos
Esencia de Menta	0.90 gramos	Total	90.00 gramos

ARDID DE AMOR

ciendo dibujos estilo "aburrimiento" sobre el secante de la carpeta y aplicándole nombres a su principal, que, de haberlos oído el interesado, ya se podía despedir Sam de sus pretensiones de ser socio de la casa, tanto si se casaba como si continuaba soltero.

De pronto se abrió la puerta y entró en el despacho una muchacha, la cual se quedó mirando a Sam con algo de vacilación, y luego se fué aproximando a la mesa.

Pero no iba sola; la seguían cinco jóvenes más.

—El empleado se quedó mirándolas muy asombrado.

—Desearía ver al señor Hicks — habló la que hacia cabeza. — Me llamo Cutler; señorita Dorothy Cutler.

—Muy bien — dijo Sam; — pero mi principal está ausente y no volverá hasta las cuatro.

—¡Caramba!

—Sí, señora.

—Entonces no tendremos más remedio que esperarle.

Y antes de que fueran invitadas, se sentaron las seis muchachas.

—¿Las has citado el señor Hicks? — preguntó Sam.

—No, señor.

—Entonces — siguió el empleado — tengo el sentimiento de manifestarles que están perdiendo el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Hicks no recibe a persona alguna que no la tenga citada. Si quieren decirme el objeto de su visita...

—No tengo inconveniente — contestó Dorothy.

Dicho esto, sacó una hoja de papel de su bolso y la dobló empezando a leer:

—“Somos una comisión de las mujeres de Dilchester y venimos para hacerle saber, señor Hicks, la opinión que nos merece su injustificada actitud hacia las mujeres en general. Queremos, asimismo expresar el profundo aborrecimiento que nos causan sus sentimientos hacia el sexo femenino, y sus absurdos prejuicios contra nosotras. Es preciso también que cesen sus escandalosos ataques convirtiendo en víctimas unos seres que jamás le han causado el menor daño...”

—¡Pero, Dios mío! ¿Me habré vuelto loco? — pensó el empleado, mientras la joven continuaba leyendo.

—“Y para exigir que de hoy en adelante deponga usted su actitud, varie de sentimientos, abandone los prejuicios y absténgase de molestarnos más...”

—¡Vamos, vamos! — exclamó Sam. — Es imposible que el señor Hicks tenga la paciencia para escuchar todo eso.

—Esperamos que lo escuche y que lo apruebe.

Sam hizo un movimiento de cabeza muy significativo.

—¡Ea, señorita Dorothy!... Ustedes están perdiendo el tiempo y yo lo mismo; de modo que no les puedo permitir que sigan en el despacho.

—Pero...

—Lo más prudente será que le escriban Uds. al Sr. Hicks.

Aquí se abrió la puerta para dar paso a Peggy, la cual se quedó mirándolos a todos con gran interés.

—¿Qué pasa? — preguntó.

Sam se puso en pie, diciendo:

—Si sabe usted algo de esto, dígalos en seguida, señorita Woodbridge. ¡Ea! ¿Qué quiere decir esta comisión?

—Peggy para Sam. Este es el lema — dijo la joven alegremente. Aquí todos somos amigos.

Y volviéndose hacia las muchachas continuó:

—Este es Sam, mi prometido. Estas son, empezando a contar desde la ventana, Gwen, Rhoda, Joan, Nora, Molly y Dorothy. Hemos venido a ver al señor Hicks. ¿Dónde está? Y tú, ¿qué diablos haces aquí? ¿No me dijiste ayer que te ibas a un pueblo?

—Esa era mi intención, pero el señor Hicks pensó ir personalmente.

—¿De modo que no está?

—No; volverá a las cuatro y si os encuentra aquí, no sé lo que va a pasar.

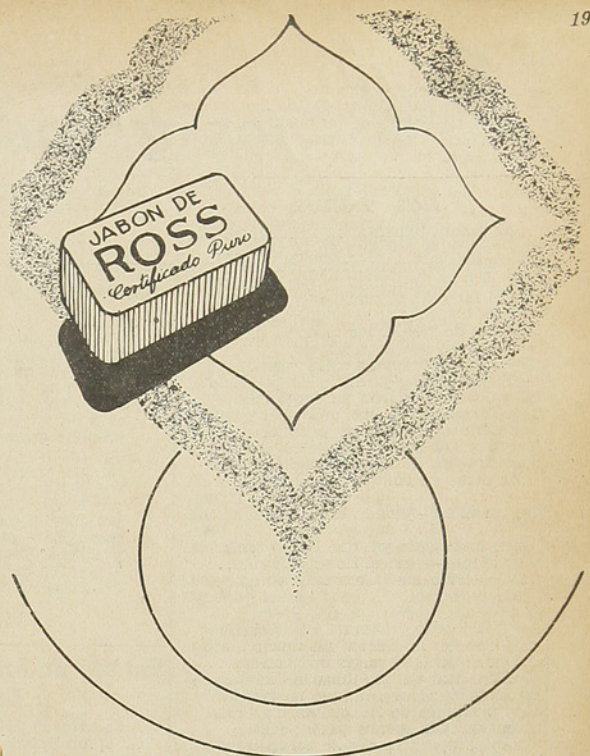
Peggy suspiró.

—¿Qué contrariedad! — dijo. — Yo no quería que tú lo supieras, pero ya no hay remedio. La idea, o mejor dicho, el plan es ayudarte a que consigas ser socio de la casa, que te puedas casar conmigo y que vivamos felices. No discutamos ahora. Hay que hacer algo para que el señor Hicks recobre los sentidos... Somos una comisión de las mujeres de Dilchester, y nuestra intención es sorprender a tu principal protestando a la vez contra su conducta. Dorotea se sabe de memoria el escrito, y yo después pensaba darle el golpe de gracia pidiéndole su consentimiento para nuestra boda, sin que perdieras el ser socio de la casa. Si se niega, le amenazaré con hacer público su estúpido comportamiento.

—Eso no es un plan para ayudarme — manifestó Sam — sino para acabarlo de echar todo a perder.

—Ya sabemos que la mayor ambición del señor Hicks es que lo nombren alcalde, y el también sabe muy bien que si ofende a las mujeres de Dilchester jamás llegará a serlo. Las que tengan esposos concejales se apresurarán a decir a sus maridos que no le hagan alcalde.

(Continúa en la pág. 21).



TODAVIA MEJOR:
SU
NUEVO PERFUME
"FLORES del PARAISO"
HACE QUE SEA
IRREEMPLAZABLE EL

JABON
DE
ROSS

Certificado Puro

M.R.

CALIDAD SIEMPRE

Cómo han elogiado las manos los grandes poetas

Las manos

¡Oh manos femeninas que encontramos
Una vez, en el sueño y en la vida!...
¡Oh, aquellas manos, alma dolorida,
Que una vez oprimimos, que rozamos
Con el labio en el sueño y en la vida!...

Frias algunas, frias como cosas
Muertas de frío; frias como el hielo,
O tibias, de suave terciopelo
Viviente, o parecidas a las rosas...
—¿Rosas de qué jardín o de qué cielo?...
Algunas nos dejaron su fragancia
Tan permanente, que una noche entera
Nos llenó el corazón de primavera,
Y tan grata tornaba nuestra estancia
Que floresta de abril menos lo fuera.

De otras en las que ardía el fuego ex-
[tremo
De un alma—¿dónde estás, pequeña ma-
[no,
Hora intangible ya, que harto temprano
Abandoné?—vino el dolor supremo...
¡Ay, querido me hubieras y no en vano!
De otras vino el deseo, aquel violento,
Fulminante deseo que nos hiera
Lo mismo que un azote, y nos sugiere
Lujurias en la alcoba, un morir lento,
La boca que las venas nos bebiere...

Otras (tal vez las mismas), homicidas,
Prontas en el engaño que tramaran;
Los perfumes de Arabia no lograrán
Asearlas. Oh manos perversas,
Cuántos por poseeros se infamaron!
Otras (tal vez las mismas), nacaradas,
Pero potentes más que toda espira,
Mostraron un furor celoso, una ira
Loca... ¡Hasta ansiábamos verlas mutila-
[das]!...

(¡Y en sueños su visión aun nos admira!)
(Erecta e inmóvil en el sueño yérguese
La mujer que las manos ha truncadas,
Y ante ellos están dos charcas coloradas,
Y en la sangre esas manos vivas mué-
[vense]
Por ni una gota de carmín manchadas.)
Otras, como las manos de María,
Seran como la hostia confortante.
Allo en el anular el diamante
Trave gesto de la liturgia;
En los cabellos del amante.
As, casi viriles, que estrechamos
Fuerte y largo tiempo, los temores
An a los negros resquemores,
Alamos la gloria y ver pensamos
erse ya la obra futura.
in, nos dejan un profundo
frio agudo y sin igual...
que en la frágil e ideal
errear pudieran todo un mundo
todo el Bien y todo el Mal,
y todo el Bien y todo el Mal!

GABRIEL D'ANUNZIO

Madrigal

nos, Amada, se diría
as en flor, o si prefieres,
omas de Citeres
y fulgor a primo día.
en ellas la armonía
de todas las mujeres,
e amor que les confieres,
son de mi alegría.
as, balsamo; agua pura
frente, y signatura
losa en mi desvelo;
deas que suscitan
que se agitan,
como en un vuelo!...

Z DE LA PUENTE

Romance de unas manos

No me abandonéis jamás,
manos fragantes y hermanas,
donde mi frente reposa
como una alondra cansada;
donde han dejado mis labios
algo de mi vida amarga,
y donde muere el veneno
que recojo en mis batallas.
No me abandonéis jamás,
por lindas y por hermanas,
por afables, por virtuosas,
por buenas, por adoradas,
por nobles, por expresivas
por intimamente gratas...
Palomas, tiernas tiernas
del palomar de mis ansias!

JOSE DE MATURANA

Balada de las manos bellas y hábiles

Cuando en la gracia del reposo
tu mano dúctil e indolente
cobra un color maravilloso,
luciferino y transparente,
pienso en un rápido torrente
de helado y limpio metal
que deslizará su corriente
bajo tus venas de cristal.

Cuando en el éxtasis brumoso,
tu mano cálida y clemente,
con un temblor hondo y mudo
viene a rozar mi mano ardiente,
pienso en la sangre adolescente,
término y rojo manantial,
que ha de latir violentamente
bajo tus venas de cristal.

Mas cuando llega el laborioso
tiempo de darse al exigente
trabajo elástico y nervioso,
con ademán inteligente,
pienso que en el dedo diligente
que se acoraza en el dedal
bebe su savia únicamente
bajo tus venas de cristal.

ENVIO

Ya me es, princesa, indiferente
la sugestión sentimental,
y pienso sólo en que útilmente
puede correr también la fuente
bajo tus venas de cristal.

MANUEL AGROMAYOR

Se volvió suspiro

Era un cautivo beso, enamorado
de una mano de nieve, que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitante de un ave en agonía.
Y sucedió que, un día,
aquella mano suave
de palidez de sirio,
de languidez de lirio,
de palpitante de ave...
se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; mas, con voluble giro,
huyó la mano hasta un confin lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

LUIS G. DE URBINA

Manos

De Sylva

Manos de terciopelo,
Manos de mártir y de santa,
Vuestro ademán es dulce,
Como de palmas balanceantes;
¡Vuestro ademán que ilora,
Vuestro ademán que implora,
Vuestro ademán que canta,
Manos de terciopelo
Manos de mártir y de santa,
Tórtolas revoloteantes
Sobre la negra torre de mi alma...
Pálidas manos que sois
Como dos lirios enfermos,
Hermanas de Caridad
Del hospital de mi alma;
Vuestro ademán es como
El balanceo de una palma.
Pálidas manos que sois
Como dos lirios enfermos...
Manos esbeltas, manos
De magistral hermosura;
Manos de perlas, manos
Color de viejo marfil;
Dos pañuelos que, a lo lejos,
Piden auxilio por mí;
Dos velas en la rada,
Frente a mi bahía obscura.
¡Oh mimo de carne! Manos
Afiladas y graciosas,
Que de mi sueños de amor
Sois las rientes meninas;
Manos divinas, que antes
Me coronasteis de espinas
Y que ahora me ceñís
Una corona de rosas!
Manos de reina, ahijadas de la Luna,
Perpetuo amanecer frente a mi noche
[fría]:
Como dos nietecillos, alegrad el ocaso
De mi alma, vieja abuela paraltica.
EUGENIO DE CASTRO

Tus manos

¡Tus manos en las mías prisioneras,
tremolando en febril lenguaje mudo,
la emoción delirante de un saludo!...
¡Tus manos en las mías, mensajeras
de un tesoro de afanes y quimeras!...
Cuando dócil las pulso, ya no dudo
que hay raudales de dicha en el agudo
palpitante de tus venas hechiceras.
¿Es luz, amor, es conjunción, es vida
ese divino tacto en que se anida
de un ansia inextinguible la corriente?
Sólo sé que tus manos son imanes,
y a su contacto, en vértigos de afanes
mi cuerpo se desmaya dulcemente.

ADELA GARCIA SALABERRY

Tus manos

La piedad de tu mano es un milagro
de suavidad y de transparencia,
y a sus puras caricias le consagro
la más blanca ilusión de mi existencia.
Vivir entre tus manos como una
rosa de paz o una paloma herida,
es sentir en un rayo de la luna
diluirse el sueño de la vida.
¡Oh blanca mano que mi mano estrecha
yo te daré perfumes mientras queden
rosales en mi senda florecida!
¡Oh mano de la piedad! ¡Oh mano he-
[cha]
para cerrar los ojos que no pueden
soportar las tristezas de la vida!

FRANCISCO VILLAESPEA

(Continuación de la pág. 19)

ARDID DE AMOR

En este momento se presentó Hicks en el dintel de la puerta.

—Otra vez? — exclamó, furioso. — ¡Crawford! ¿De nuevo volvemos a las andadas?

Sam se encaró con él.

—Han venido a verme a usted estas señoritas, y si usted permite que me explique...

—Silencio! — rugió el jefe. — A pesar de lo que le dije ayer, no hago más que volver la espalda para que usted se aproveche invitando a una pandilla de charlatanas para que visiten mi oficina. ¡Maldita sea, caballero!... ¡Ahora no tiene usted excusa, a menos que me quiera hacer creer que tiene la "sana" intención de casarse con todas!

—Un momento, señor Hicks — dijo Dorothy poniéndose a su lado y desdoblado el papel. — No somos una pandilla, sino una comisión de mujeres de Dilchester y hemos venido a... a... vamos!, para hacerle saber la opinión que usted nos merece...

—¡Largo de aquí! — ordenó el principal, haciendo a la vez un ademán para indicar la puerta. — ¡Fuera de mi despacho toda la pandilla!...

—No he terminado — siguió Dorothy sin moverse. — Tenemos también que expresarle a usted nuestro profundo aborrecimiento...

Pero Hicks, sin querer escuchar más, se metió, hecho una furia, en su despacho particular, cerrando la puerta tras él, de golpe y porrazo.

Después la volvió a abrir asomando la cabeza.

—Si dentro de un minuto no se han ido todas — dijo con voz firme, — puede usted largarse con ellas, Crawford!

Peggy quiso intervenir, pero el jefe le lanzó una mirada furibunda.

—¿Conque usted otra vez por aquí? — exclamó. — ¡Oh! ¡Esto es el colmo!...

—Verá usted, señor Hicks — pudo hablar la joven. — Estoy aquí... si; pero Sam no ha besado a nadie, ni se ha metido en este asunto. Yo soy la única culpable...

—Me alegro — dijo el principal, cerrando de nuevo la puerta.

SAM se apresuró a despejar la oficina, y luego entró en el despacho del jefe, donde estuvo más de un cuarto de hora intentando en vano convencerle de que él no tenía arte ni parte en aquella comisión que se había presentado.

Cuando salió a la calle le esperaba Peggy con poca paciencia.

—¿Pero cómo se te ha ocurrido este descabellado plan? — le preguntó el novio con visible mal humor.

—Algo tenía que hacer — dijo Peggy. — Y si vas a enfadarte cuando todas venimos en tu ayuda...

—No es eso. Lo que digo es que sólo has conseguido empeorar el asunto... Como que a duras penas he conseguido que no me plante en la calle para siempre.

—Pero si yo le dije que toda la culpa era mía...

—Ya lo sé. Pero él no se convence de que yo fuera ajeno al asunto.

—Quizá si yo le explicara...

—¡No pienses en tal cosa!... ¡Por lo que más quieras, deja las cosas como están! Me he convencido de que le eres antipática. Así, prométeme no hacer nada, Peggy.

—Ya veremos — repuso la joven, quedándose pensativa.

HICKS era un hombre metódico y tenía por costumbre dar un paseo todas las noches de ocho a nueve desde su casa hasta un mojon situado exactamente a una milla de distancia. Después daba la vuelta y otra vez a su casa.

A la noche siguiente de la visita de la comisión de mujeres, marchaba Hicks por el camino acostumbrado, cuando se dio cuenta de que alguien andaba delante de él. Al poco rato vio claramente la figura de una joven y reconoció en ella a Peggy.

Entonces apretó el paso con el objeto de alejarse de ella; más la muchacha se acercó y le puso la mano en el brazo.

—Muy buenas noches, caballero — dijo. — Quería hablar con usted...

—Se trata de Sam.

—Lo siento, señorita; pero no puedo discutir.

—Pues no tiene usted más remedio que oírme. Ya que le molesta que vaya a su despacho, me acerco a usted aquí para repetirle una y mil veces que todo fué culpa mía. ¿Verdad que le molesto?

—Mucho, no puedo negárselo.

—No era esa mi intención. Es que Sam me dijo que usted odia a las mujeres y que no quiere nada con ellas, y yo creí que haciéndole conocer a unas cuantas jóvenes verdaderamente simpáticas, usted se daría cuenta de que no somos tan malas como usted nos juzga. También pensé que variaría

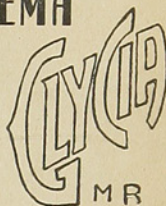
(Continúa en la pág. 23).



La aplicación suave sobre la piel, especialmente en las noches, antes de acostarse y usándolo continuamente, llegará a producirle el efecto deseado para su cutis, hermosándolo en forma perfecta, dejándolo puro y fresco como lo fué en su infancia.

USE LA

CREMA



y sus resultados la convencerán muy pronto.

Fabricantes exclusivos:

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

BOTICA DEL INDIO. — SANTIAGO.

¿POR QUÉ MUCHOS NIÑOS NACEN ENFERMOS?

Cuando la madre sufre de reumatismo o se resfría con frecuencia, la causa consiste en que su sangre está saturada de toxinas, y mientras no logre eliminarlas, de tal suerte que en el periodo del embarazo su organismo se encuentre debidamente purificado, correrá el peligro de engendrar hijos de salud frágil y de vitalidad escasa.

EL CITROLITOL

es para las madres un recurso profiláctico y terapéutico de suma importancia, porque no solamente impide la incorporación de las toxinas, sino que alcaliniza la sangre, y de este modo evita la producción de todas las enfermedades originadas por la presencia de ácidos en la sangre y hace que la criatura nazca en condiciones orgánicas favorables.

En cuanto a los resfríos, débense, indudablemente, a precipitaciones de las toxinas que se alteran en la sangre por enfriamientos bruscos, y de su localización dependen los diversos efectos que causan. Un organismo en que la sangre está pura, esto es, exenta de toxinas, se mantiene constantemente en equilibrio y ninguna perturbación puede sufrir bajo la influencia del frío o con los cambios de temperatura.

EL CITROLITOL Fleischmann

disuelve el ácido úrico y lo transforma en uratos de sodio y de litio, sales muy solubles que se eliminan por la orina y demás vias naturales. A esta virtud depurativa y alcalinizadora de la sangre debe su eficacia para prevenir y curar el reumatismo, la arterio esclerosis, la neumonía, bronconeumonía y demás enfermedades por el estío.

EL CITROLITOL Fleischmann

debe tomarse todos los días, después de las comidas, en agua caliente azucarada. La dosis es una cucharada de las de té: cinco gramos, más o menos.

Puede tomarse con entera confianza, porque, como dice el doctor don César Martínez, no tiene ninguna contraindicación y mejora cualquier perturbación digestiva.

Concesionarios para Chile de este producto, son los señores A HOCHSTETTER & CIA., Santiago, Casilla 959, y para la venta al detalle se encuentra en todas las Boticas y Farmacias del país.

A base de: Citrato de sodio, 95% y citrato de litio, 5%

JUAN FLEISCHMANN.

DEL MUNDO Y DE LA VIDA

BELLEZA DE LABORATORIO



La belleza y la elegancia de la mujer moderna tienen mucho de producto químico. Basta echar una mirada al grabado y leer los rótulos explicativos para convencerse de ello. Los polvos con que se blanquea el rostro contienen ciertas sustancias químicas. En los zapatos todavía hay vestigios del cromo que se empleó para curtir la piel. Sin duda, día llegará en que nos casaremos con una mujer más fea que un esquilmo y nuestro médico nos la convertirá rápidamente en una miss Universo.

PROTECCION DE ANIMALES

En vista de que los antes se extinguían a causa de los estragos que han hecho en su raza los cazadores para obtener sus pieles, tan apreciadas en el negocio de zapatería, ahora, en el Canadá, no sólo está prohibida la caza de este animal,



sino que se facilita su desarrollo sometiéndolo a toda clase de cuidados. Ved en la foto a un empleado de un parque canadiense alimentando con biberón a una cría de este útil animal, al que todo el mundo se cree con derecho a quitarle la piel.

EL CLINOMETRO



El profesor C. F. Marvin, jefe del servicio meteorológico de Washington, con el aparato de su invención mediante el cual puede averiguar la noche la altura de las nubes con sólo mirárlas a través del clinómetro, que así se llama el sencillo aparato. Es muy útil para los aeropuertos. Y sin duda también para los que no tienen paraguas.

CONSEJOS UTILES PARA EL HOGAR

Para la limpieza de recipientes.—

Para limpiar recipientes que hayan contenido materias de olor fuerte, como el yodoformo, ácido fénico, ictiol, aceites esenciales, etc., se emplea con ventaja la harina de mostaza. Para ello se pone en el recipiente un poco de dicha harina fresca, se agita con agua y se abandona a sí misma por algún tiempo. Luego se lava con agua clara.

Lanas y pieles.—

Para conservar las lanas y las pieles con la llegada del verano, se guardan en cómodas y armarios. Para que unas y otras se conserven en buen estado, debe aplicárseles esencia de trementina, ya directamente, ya poniendo las prendas, vueltas al revés, entre papeles, a los que previamente se haya dado una mano de dicha esencia. Cuando se vuelvan a sacar para usarlas, conviene tenerlas un día al aire libre, con lo cual perderán en absoluto el olor a trementina.

Sombreros de paja.—

Se exprime sobre un plato un limón, añadiendo una cucharada de azúfre, o dos, si es necesario, para que quede una pasta clarita, procurando mezclarlo bien y luego se toma el sombrero de paja que se quiera limpiar y con un cepillo de los que se usan para los dientes se extiende la pasta sobre el sombrero; luego se le pone al sol, y cuando está seco se le pasa un cepillo fuerte para que desaparezca en parte el azúfre.

Contra las hormigas.—

Contra la invasión de las hormigas u otros insectos en los jardines, da buen resultado el procedimiento siguiente: Cuando se ha dado con el hormiguero, se puede emplear este líquido: un litro de agua, cien gramos de sulfuro de carbono, una clara de huevo. Se emulsiona el total, sacudiéndolo en una botella y luego, con un embudo, se vierte el líquido en el orificio de salida de las hormigas, las cuales morirán al poco tiempo. Si no se logra de momento el objeto deseado, se renueva la operación al cabo de una semana, con lo cual la destrucción será completa.

TANLAC
un correctivo estomacal

Si el alimento le produce náuseas y sufre Ud. de agrios y dolores de estómago después de las comidas, si tiene Ud. jaquecas y eructos, es necesario tomar TANLAC. En todo el mundo hay millones de personas que se han aliviado de tales padecimientos con TANLAC, y Ud. tiene la probabilidad de obtener el mismo buen éxito al tomarlo.

TANLAC no es una medicina nueva de la que se hacen asertos sin comprobación. El solo hecho de que se han vendido más de cincuenta y cinco millones de frascos es la mejor prueba de la confianza que tiene el público en esta medicina. Hemos recibido decenas de miles de cartas de personas que se han aliviado de males como los señalados, lo mismo que del estreñimiento, pérdida de peso y de energía a causa de la falta de apetito, y otros males semejantes, prueba indiscutible de su mérito.

Si Ud. padece de cualquier mal ocasionado por una mala digestión y sus resultados desastrosos, no vacile en comprar un frasco de TANLAC en la botica más cercana. Numerosas personas han logrado alivio en muchos casos después de tomar solo unas pocas cucharadas, y con el tiempo han recobrado la salud.

Las Píldoras TANLAC son un laxante inmejorable y deben tomarse con TANLAC.

A base de: Extractos fluidos de quina, genodina, cascara sagrada, berberis, peruvia brava, salado olivario, bromatizantes y colorantes. Azúcar, glicerina, alcohol, agua M. R.

A base de: Extracto Cascara Sagrada, Aloin, Podophyllin, Ext. Belladonna, Laxante y Castileum.

Píldoras TANLAC

(Continuación de la pág. 21)

ARDID DE AMOR

de opinión en el asunto de asociar a Sam a su respetable casa. —Basta... basta! —gruñó el viejo.

—Ya lo oye usted; por eso y nada más que por eso le envié a las chicas más simpáticas que conozco.

—¿Y no pudo usted encontrar más muchachas simpáticas que esa cuadrilla de charlatanas?

—Pues, mire usted, a ellas le ha sido usted muy simpático. Dorothy fué la primera que lo dijo al salir, y Rhoda aseguró que le entraban ganas de abrazarle cuando usted estaba tan enfadado.

—Yo le aseguro que mi furia no era simulada ni mucho menos.

—¿No hable usted así! ¡Claro que disimulaba usted! ¿Por qué ha de querer ser antipático sin serlo? Vamos, yo creo que nos llevaremos muy bien cuando nos conozcamos más a fondo.

Al llegar aquí, la joven lanzó un suspiro que más parecía un sollozo.

Hicks se detuvo un momento.

¡Vamos!... —murmuró. —No creo que sea este motivo para llorar.

—¡Ay!... No puede... No puede... remediarlo... Amo a Sam, y como usted lo trata tan cruelmente...

—¿Caramba... qué escena!... ¡Y en la vía pública!... Vamos, señorita, no hay necesidad de que se ponga así...

Y puesto que asegura que Sam no tiene culpa alguna, queda terminado el asunto. Si he sido injusto le ruego que me perdone. ¿Qué más puedo hacer?

—Mucho más. Le puede usted hacer socio... y dejarle que se case conmigo.

Hicks le dio unos cariñosos golpeitos en el hombro.

—Comprendo la situación de usted, señorita, pero... El caballero no pudo decir más, porque Peggy se dejó caer hacia él y se le colgó al cuello, rodeándole con sus brazos.

—¡Oh, caballero!... —exclamó, sollozando. — Me está usted dando un espantoso disgusto...

El pobre señor estaba asombrado; pero aún tenía que estarlo más. Mientras Peggy se abrazaba a él llorando a lágrima viva, hubo un destello, un instante de luz cegadora; después volvió a reinar la densa oscuridad.

Y con la obscuridad desapareció la joven sin dejar rastro de su persona.

LAS dudas que pudiera abrigar Hicks sobre el significado de aquella luz cegadora desaparecieron dos días después.

Al examinar la correspondencia halló un sobre escrito con letra de mujer. Esto le hizo fruncir el ceño antes de abrir la carta. Más cuando vio el contenido, su ceño se trocó en ira.

Se trataba de una fotografía hecha, sin duda, por un aficionado, mal revelada y no muy bien tirada, pero lo bastante clara para que se reconociera al propio Hicks, y con los brazos alrededor de su cuello y la cabeza descansando sobre su hombro, a una muchacha.

Además, no admitía duda de que uno de los brazos del caballero rodeaba los hombros de la joven.

Hicks contempló la fotografía con ojos de fuego, y después, al dar la vuelta a la prueba y ver la nota que había al dorso, lanzó un resoplido capaz de borrar la inscripción, de no haber estado trazada con tan buena tinta. Decía así:

Una fotografía "intima" del señor Roland Hicks, conocido procurador y aspirante a alcalde de Dilchester".

No admitía duda de que alguien, en el preciso momento en que Peggy Woodbridge se precipitaba sobre su pecho, había hecho un disparo con magnesio y les había fotografiado a los dos. Una broma, sin duda, pero de un pésimo gusto.

Más, ¿por qué le mandaban aquella prueba?

Cuando Sam, un tanto preocupado, se acercó a la puerta, Hicks escondió la fotografía entre unos papeles.

—¿Qué hay, Crawford? —preguntó.

—Lo siento... pero por más que hago no la convengo para que se marche... Se empeña en que es de mucha importancia lo que tiene que decirle y se niega a irse.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? ¡Ella! La señorita Woodbridge.

—¿Sí, eh?... ¡Que pase!

Un instante después se presentó Peggy sonriendo con la dulzura de siempre.

—Buenos días, señor Hicks —dijo. — He venido por el asunto de la fotografía. La ha recibido usted, ¿verdad?

La cara del jefe se tornó de un color cetrino.

—La he recibido, sí — exclamó al momento.

—¿Le ha gustado?

—Nada, absolutamente. Si es una broma la considero de muy mal gusto. Por lo demás, la fotografía es pésima.

—Algo mejor hubiera sido, pero es que Dorothy estaba

escondida junto a un seto de arbustos y las ramas se le metían por los ojos. Entonces tuvo que disparar el magnesio con una mano y apretar la pera con la otra. Así, hecha en estas condiciones, no puede usted pedir mucha pulcritud en el trabajo. Sin embargo, no podrá negar que a usted se le conoce desde una legua.

—¿Y cuál es el propósito, señorita...?

—La publicidad. La *Gaceta de Dilchester* está dispuesta a pagarme diez libras esterlinas por la fotografía.

—¿Y usted permitirá que se publique esto?

—En el periódico, sí señor. ¿Por qué no? Es muy interesante, sobre todo en vista de que va usted a ser alcalde. Desde luego usted no la encontrará graciosa, pero la población, sí. De todos es conocido el odio que el señor Hicks profesa a las mujeres, y una fotografía donde aparece abrazando a una muchacha en un sitio desierto, habrá de excitar la risa, por fuerza.

—Comprendo. No me he equivocado al sospechar que todo esto no es más que una infame conspiración.

—Justo, y tramada por mí. ¿Verdad que hice mi papel perfectamente?

—Lo reconozco y la felicito. Pero vamos a ver: ¿y si para evitar que la broma siga adelante le ofreciera yo veinte libras por el negativo de esa fotografía?

—Ni por veinte, ni por cien, ni por mil. Esta fotografía no tiene precio; pero estoy dispuesta a darla gratis.

—¿Cómo?

—Hablemos con claridad. No me importa que usted crea que estoy obrando mal. Usted lo merece porque tampoco obra bien. No me interrumpa, y sepa que no le tengo ni pizca de miedo. Se está usted portando de un modo estúpido, lo mismo con Sam que conmigo, y esto no lo puedo consentir. Porque usted tiene un juicio mal formado de las mujeres, ¿lo vamos a pagar mi novio y yo?

—Me parece, señorita, que ya hemos hablado bastante.

—Pues me seguirá escuchando aunque no quiera. Estoy prometida a Sam, y como a mí me afecta tanto como a él, no le voy a permitir que nos haga desgraciados, pudiendo evitarlo. Ahora luche por nuestra felicidad. Puede usted escoger: o hace usted a Sam socio de la casa sin imponerle condiciones, o se publica esta fotografía.

—Es usted muy lista, señorita; pero ignora que existe un código penal que castiga el libelo.

(Continúa en la pág. 65)



FÓRMULA:

Carbonato de Calcio,
Ácido,
Jabón,
Rafé de Lirio de Florencia,
Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Agua,
Aromáticos

¡RÍASE!

y si usted tiene dientes blancos, limpios y pulidos, el mundo reirá con usted.

Salve su dentadura de esa desagradable capa gelatinosa que la afea tanto. Evite las caries. Use Pasta Dentífrica EUTIMOL—dos veces al día—consérvese su dentadura completa y fuerte... su boca sana y atrayente. EUTIMOL es mortal para los gérmenes de las caries dentales—los mata en 30 segundos.

PASTA DENTÍFRICA
EUTIMOL
M. R.
PARKE-DAVIS

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cia., (Depot). 1011 Casilla 2819, Santiago de Chile.

Nombre

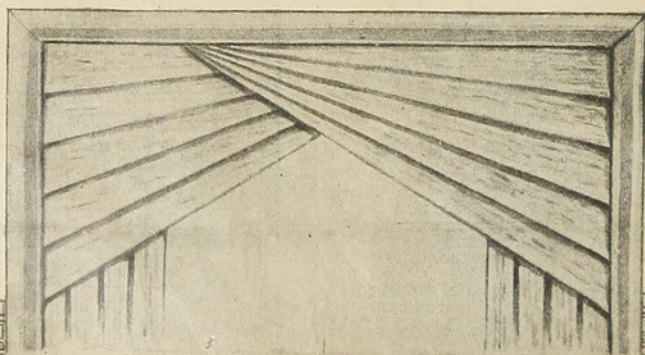
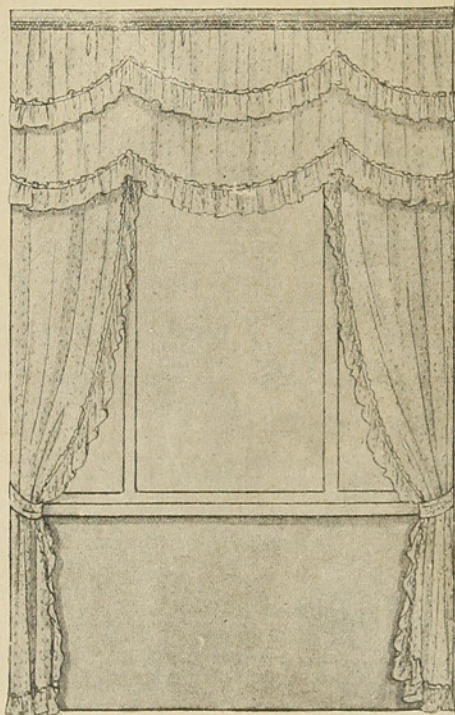
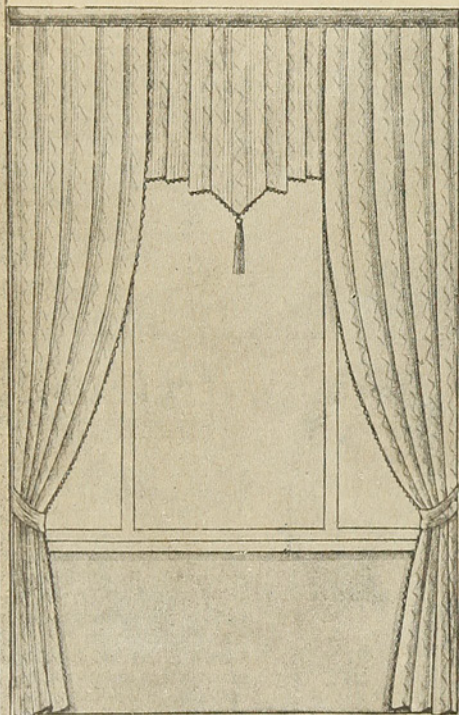
Dirección

Ciudad Provincia



El tubo con el capón impenetrable

CORTINAJES MODERNOS



La peineta en el tocado

Vuelven a estar en boga los complicados arreglos de moños, rizos, bucles y



Fig. I

tirabuzones en los peinados de noche, y simultáneamente han reaparecido las peinetas, broches, horquillas y diademas cuajadas de rutilante pedrería. Estos adornos, cuya riqueza tan bien cuadra

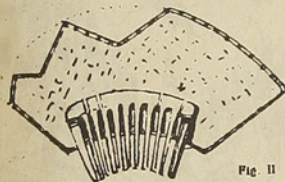


Fig. II

con la suntuosidad de las actuales toilettes, no tienen más que un inconveniente, y es el no estar al alcance de todas las fortunas.

Mas, como el ingenio suple a la ri-

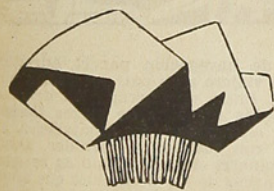


Fig. III

queza, las que no puedan comprarse esas ricas preseas, con un poco de paciencia y gusto harán por sus propias manos adornos que no desmerezcan junto a los de sus opulentas amigas.

PARA BUENAS IMPRESIONES

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION

Para Todos-4

Cómo aprovechar estas 2 ayudas infalibles PARA LA BELLEZA



La Cold Cream Pond



Para limpiar perfectamente el cutis



aplíquela abundantemente



después de haber estado a la intemperie



y antes de acostarse



como base excelente para los polvos



y para suavizar las manos



dése un pequeño toque de



Vanishing Cream

ESTUDIE detenidamente estas figuras: le indicarán cómo usar las dos célebres cremas Pond para aclarar su cutis y mantenerlo siempre exquisitamente suave. Con estos productos, no tema la inclemencia del tiempo, la intemperie, el viento que reseca, el sol que abrasa...

La Cold Cream limpia profundamente los poros y da elasticidad a la piel.

La Vanishing, suave y perfumada, protege el cutis y permite la adherencia perfecta de los polvos.

Emplee este método todos los días y mantendrá así la deliciosa frescura de la juventud.

Modo de emplear las 2 Cremas Pond

La Cold Cream Pond debe aplicarse varias veces por día... Esta crema suaviza y purifica el cutis. Después de un paseo en auto, de haber estado

expuesta al sol o al viento, hay que usarla profusamente, dando un masaje ligero en la cara y en el escote. A la noche, para mantener la piel fresca y aterciopelada, es necesario también aplicar una pequeña cantidad.

La Vanishing Cream, es indispensable para que los polvos adhieran y para dar a la piel una exquisita finura. ¡Y no olvide sus manos! Esta crema las hará suaves y lisas como la seda. Usted misma, con este arreglo tan sencillo y tan fácil, verá día a día, hermosear su cutis. Tendrá más vida, más encanto y un color natural, más juvenil. ¡Haga un ensayo! Pida unas muestras de las dos cremas Pond; se las mandaremos gratis por correo.

Las cremas Pond se venden en pomos, envase muy práctico, y en tarros: el pomo 2 \$, el tarro chico 4 \$, el tarro grande 8 \$.

Dos minutos en cada país

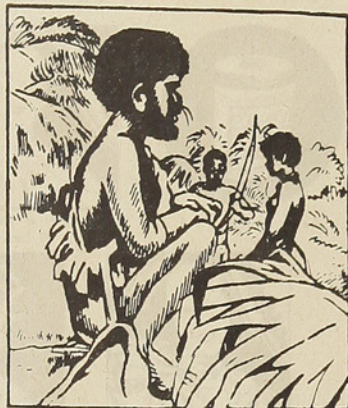
La ciudad donde los bueyes rivalizan con los autos

Hubo un tiempo en que la vida era tranquila en Oporto, la ciudad vinícola de Portugal, pero en la actualidad comienza a agitarse. No hace mucho que por primera vez se trató en el Ayuntamiento el modo de suprimir el transporte en carretas tiradas por bueyes, que aun en la actualidad es la fuerza más generalmente usada. Cada carreta ha de llevar un permiso de circulación lo mismo que los autos, y ya no se extienden nuevos permisos. Esto significa que dentro de pocos años los bueyes, y con ellos el pesado yugo, habrán desaparecido. Poco a poco, irá reemplazándolos el automóvil.

En la actualidad, un paseo en auto por Oporto es cosa muy pintoresca. El conductor portugués es amante de la velocidad, pero ha de frenar continuamente porque las carretas tiradas por bueyes le cortan el paso.

En las calles estrechas un par de bue-

hundida, pelo abundante en las piernas, las cuales son bastante cortas si se las compara con sus brazos. Los pigmeos se parecen algo al simio. Sus ojos son grandes y de mirada estúpida. Suben con



gran facilidad a los árboles a cuyas ramas se cogen con las manos y con los dedos de los pies.

Van casi desnudos pero se adornan con tantos abalorios como pueden recoger. Se agujerian el labio superior y por este orificio se pasan púas de puerco espin que utilizan como adorno.

Son sumamente vergonzosos. Por eso los hombres blancos que han estudiado sus costumbres, lo han hecho a costa de grandes trabajos.

La mujer del Congo y su peinado

Sabido es para los niños que salen de paseo acostumbran recoger del suelo to-

queros, clavos viejos, etc. Todo cuanto ven y creen les ha de ser útil pasa a sus bolsillos. Pues bien, lo mismo hace la mujer del Congo, sólo que, en vez de guardarse en el bolsillo lo que recoge, se lo pone en la cabeza.

Las bellezas congoleñas peinan sus largos y enroscados cabellos formando moños y bucles que sujetan con cuantos objetos hallan a mano: tijeras, cuerdas, espejos, clavos, pinzas, peines, etc. De este modo tienen a mano todos los instrumentos que necesitan para arreglar su tocado. La mujer europea hace lo mismo, pero en vez de ponerse esos útiles de tocador en la cabeza, los lleva en el bolso. Además, esos objetos son más bonitos en Europa que en el Congo, por fortuna para las mujeres y para los que hemos de enamorarlas de ellas.

Albania despierta

Tirana es la capital de un diminuto pero interesante país. Saliendo del tacón de la bota que forma Italia, a las cinco



yes es capaz de detener una larga fila de autos. Sólo ante los insistentes avisos de las bocinas se apartan a un lado para dejar pasar el armatoste de hierro.

Los pigmeos

La palabra «pigmeo» es el nombre de una medida griega equivalente a la distancia que hay desde el codo hasta la punta de los dedos en un hombre de estatura usual.

El que por primera vez empleó esta palabra para designar gente de poca estatura fué Homero en su *Ilíada*.

La raza pigmea comprende dos grupos: los negillos que habitan en el África



horas de navegación por el Adriático, llega el viajero a un país por demás pintoresco. Entre una agrupación de blancas casitas rodeadas de muros floridos se ven altos y fornidos montañeses, armados con pistolas y cuchillos. Desde los alminares de las mezquitas se oyen las llamadas de los almuecines que anuncian la oración de la tarde. En las plazas y en los campos se ve a los aldeanos caer de rodillas mirando hacia Oriente y elevar sus oraciones a Alá.

Albania, país de águilas, durante mucho tiempo dominada por los turcos y actualmente libre, está dispuesta a competir con las demás naciones civilizadas. Se ven aún jóvenes con el rostro cubierto que transportan grandes jarras de barro para llenarlas de agua cristalina en la próxima fuente, enclavada en medio del bosque. Arados forjados a mano trabajan aún aquella rica tierra; pero pronto serán substituidos por las máquinas agrícolas más modernas. Pronto Albania será uno de los países europeos más ricos y en el silencio de los campos trepitará el camión.

(Continuación de la pág. 10)

**LA ANTIGUA ETIOPIA CORONA UN NUEVO EM-
PERADOR.**

sala del trono. A medida que los años pasaban se hacía evidente que la gloria del poder pertenecía a Judith. Pero las verdaderas tareas del gobierno sometidas siempre al veto de la reaccionaria Emperatriz, estaban a cargo del Príncipe Regente. Sus deberes incluían no sólo los de cualquier monarca, sino también los de un jefe patriarcal, obligado a prestar oído a las tribulaciones del más humilde de sus diez millones de súbditos.

Sólo ahora, el mundo exterior se ha dado cuenta de la obra realizada durante los últimos trece años por este joven. De su propia renta privada ha construido hospitales organizándolos a la moderna con médicos extranjeros. Con el objeto de despertar a los amharis de su letargo, ha construido numerosas escuelas, en donde los niños de cualquier raza o situación reciben los beneficios de la educación moderna y el aprendizaje de diferentes oficios. Ha entrado también en negociaciones con una firma norteamericana para un proyecto de irrigación.

Ha firmado el pacto Kellogg. Ha anunciado una serie de leyes destinadas a la legalización del matrimonio, a reducir la esclavitud, y a estabilizar la propiedad de la tierra. Muchas otras obras ha realizado en bien de su país.

Y ahora el mundo se ha dado cuenta que el Príncipe de suaves maneras y de frágil constitución se ha convertido en un gran monarca y en un gran estadista.

COMO OBTENER UN ASPECTO JUVENIL

(Continuación)

con facilidad. Después de una temporada muy larga de tratamiento de tiroides puede verse en algunos casos un nuevo crecimiento de cabello más activo. Los que ya se encontraban alterados al principio se caen, pero después se hacen más fuertes de los que antes eran. Los rayos ultravioletas de la lámpara de cuarzo son el remedio más eficaz contra la caída del cabello. Todo lo que es útil para la higiene de la piel lo es igualmente para los cabellos.

El buen humor en las personas contribuye de una manera importante a dar el aspecto juvenil: las personas delgadas parecen también generalmente más jóvenes. La gordura es el signo característico de la vejez. Los frecuentes ejercicios a pleno aire llevan consigo una mejor combustión de alimentos. Los baños de sudor, los purgantes, también tienen sus ventajas. En último término, pueden obtenerse ventajas muy favorables haciendo absorber extractos de tiroides, de ovarios o de testículos. Especialmente por el uso de la lámpara de cuarzo que aumenta las combustiones orgánicas, se cura la obesidad.

V A R I E D A D E S**UN TERREMOTO EN LA INDIA**

Telegrafian de Dhurbi (Assam) que el pueblo de Kapchagaan ha desaparecido, hundiéndose en una enorme grieta que se produjo cerca del monte Sakhi, en el terremoto último.

Desde entonces se han registrado en la región de Dhurbi hasta 112 sacudidas sísmicas.

El temblor de tierra ha causado enormes daños en muchos edificios, especialmente en el hospital y las escuelas.

Los daños materiales se calculan en cerca de trescientas mil libras esterlinas.

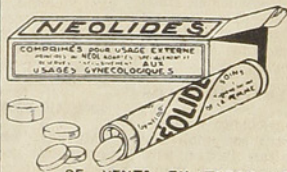
POR QUE ES MEJOR LA FALDA CORTA

El "Daily Mail", gran periódico inglés, hablando de las carreras de Ascot y de la moda, escribe:

"La lección de la tempestad que obligó a las elegantes a correr con sus faldas largas y zapatos de satén manchados de barro no ha sido aprovechada. Ayer el tiempo era bueno. Las mujeres han olvidado la deplorable facha que presentaron bajo la lluvia con sus faldas mojadas... y reaparecen de nuevo con faldas largas.

Es preciso creer que se trata de novatas, porque se ha advertido que varias damas tan elegantes como aquellas, pero más avisadas, han vuelto prudentemente a la falda corta, menos ridícula y más fácil de llevar bajo un aguacero.

La opinión de los hombres no ha sido favorable. Y muchos "sportsmans" se lamentaron de la inconsciencia femenina, que sin recoger la experiencia del día precedente se obstinaban en desafiar a la providencia apareciendo en un hipódromo vestidas con trajes llenos de molestos y ridículos pingajos."

**ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE****NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO****Resfriados, Dolores de cabeza y muelas***Alivio inmediato:*
sin efectos secundarios nocivos**ASCEINE^{M.R.}****Comprimidos de Acido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína****El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima****NEOLIDES****antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico****Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.***Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas*

Acido ortobórico, dispersulf, potás.

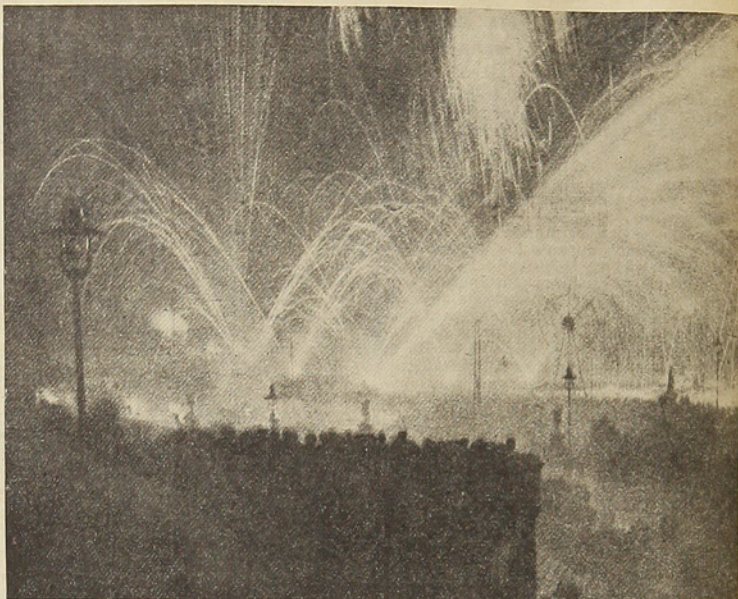
De todas partes

Los amigos del hombre



Esta familia inglesa acredita la flemma que es propia de su país teniendo en casa un cachorro de león con la misma naturalidad con que otros tienen un minino o un cuchito. Cuando la familia Utchinson, que éste es el apellido del esposo, va a paseo, siempre lleva consigo al animalito, y, aunque no le ponen bozal, no hay policeman que se atreva a darle morcilla.

UNA FIESTA EN LONDRES



El Palacio de Cristal, de Londres, es el centro de todas las maravillas de la capital inglesa. Allí se dan las fiestas más originales y fastuosas; allí se celebran exposiciones con magníficos premios.

Esta bella fotografía recoge un momento interesante de una fiesta nocturna en ese famoso Palacio; el momento de disparar el castillo de fuegos artificiales, a los que los ingleses son tan aficionados.



Sed de velocidad

Algunos ingenieros modernos sostienen que aplicando a las embarcaciones las hélices aéreas, es decir las de aeroplano, pueden construirse barcos que naveguen a una velocidad diez veces mayor que la alcanzada actualmente por los más rápidos transatlánticos. Basándose en ello, un inventor ha ideado el navio cuyo modelo se ve en la foto. Lleva tres quillas y, entre ellas, numerosas orzas que aseguran su estabilidad. Este navio tendrá 225 m. de eslora y cruzará en 30 horas el Atlántico.

LA BELLEZA FEMENINA Y EL SECRETO DE CIERTAS FORMULAS

Por Charlotte Rouvier

MEJILLAS ROSADAS

Para que sus mejillas aparezcan naturalmente sonrosadas, no use nunca rouge, carmin, ni otras pinturas, sino exclusivamente rubinol en polvo, que puede obtener en cualquier farmacia o perfumería. El rubinol no tiene efecto nocivo alguno sobre el cutis; da a las mejillas un tinte rosado tal que nadie puede apercibirse que no es natural.

UN SECRETO CONTRA LOS BARRILLOS

Los puntos negros, cutis grasiento y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatir las al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas), que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con agua "estimulizada", y después se seca con

una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno, y queda alisado, biando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

EFICAZ REMEDIO CONTRA EL VELLO

Muchas damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento de vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse por lac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del

vello o pelo superfluo, sino que el de matar las raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.

MANERA DE DESPRENDERSE DE UN CUTIS MALO

Es una tontería intentar cubrir un color ceitrino, cuando se le puede hacer desaparecer o cambiar el cutis. Lo mejor es aplicarse cera pura mercolizada lo mismo que si se tratara de cold cream, lavándose la cara por la mañana con agua caliente. El efecto, después de las primeras aplicaciones, es sencillamente maravilloso. Gradualmente y sin dolor, la cera absorbe la cutícula mortecina en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel nueva y aterciopelada que hay debajo. Ninguna mujer ostentará un cutis pálido, con ronchas, barrillos o pecas, si compra en la farmacia cera pura mercolizada y la usa en la forma indicada.

PRENDAS DE LUTO

Los años de luto, tan pacífica y afectadamente vividos por nuestros antepasados, han caído en absoluto desuso. Mientras duró la guerra europea, el orgullo nacional, valiente en cualquier adversidad, prohibía toda exteriorización de duelo. Ello no obstante, desde entonces se siguen observando reglas de sociedad cuando fallece alguna persona de la relación, aunque ellas difieren un poco de grado de intensidad, de acuerdo con los sentimientos individuales y las costumbres de la familia.

Para el propósito de ajustarse a la etiqueta formal, el luto puede dividirse en manifestaciones mayores o menores: las que demandan el riguroso negro para algunos meses, cuando se está sufriendo realmente una pérdida o se desea aparentar eso mismo, y los casos que solo exigen la asistencia al funeral y varios días de reclusión.

En los primeros casos, se considera el duelo como una indicación de respeto por el desaparecido, de pesar por la pérdida personal, y como una protección contra el mundo de afuera, ya que los sucesos sociales no deben importunar a los que están de luto riguroso. Los segundos, basados en otras consideraciones, insisten menos sobre esos detalles.

Si se deja de lado la cuestión afecto, la clase de luto llevado por cualquier pariente cercano—esposo, esposa, hijo, padre, madre, hermana, hermano—no debe variar mucho, aunque la indumentaria de una viuda incluye el clásico cuellito y los puños blancos y un vivo blanco en la toca. Pero puede ser, asimismo, enteramente en negro opaco.

Existen muchas reglas para la duración convencional del luto. Un año es el término general aceptado para el tradicional negro, pudiendo llevarse seis meses de luto riguroso y seis aliviado. Sin embargo, las circunstancias o el gusto pueden prolongar o abreviar ese periodo.

Comúnmente, el duelo para aquellos que sufren constituye un amparo y un símbolo. Una vez pasado ese deseo de protegerse o habiendo transcurrido el tiempo en que se respetaba aquel símbolo, el luto se va abandonando gradualmente.

Las primeras prendas que se encargan en caso de duelo, son enteramente negras; no en reluciente y vistoso material, sino opacas: vestidos, tapados, guantes, zapatos, medias, sombreros, carteras y todos los detalles del atavío.

La ropa interior, excepto los visos, que serán negros, debe ser blanca, con adornos de encaje. Los peinadores, también blancos, en material grueso o fino: las babuchas, negras o blancas.

Ha de recordarse que el papel de cartas irá ribeteado y



**Ya los ves
van
alegres
y dichosos.**

No arrastran lastre consigo.

Y todo por haber hecho una cura con HELMITOL. Ahí tienes el resultado de emplear las TABLETAS DE HELMITOL. Ya sabes que, las vías urinarias son los órganos de nuestro cuerpo que ofrecen terreno más propicio para toda clase de gérmenes de enfermedades, además en los riñones y en la vejiga se forman cálculos y arenillas que son como las escorias en una fragua. Ese lastre que produce tantos dolores te lo puedes evitar gracias al HELMITOL, que impide su formación en las vías urinarias, y lo elimina debido a su acción desinfectante y purificante.

Tabletas de Helmitol

M. R.: a base de anhídrometilencitrato de hexametilentetramina.



**No hay bella sonrisa
sin Dentol...**



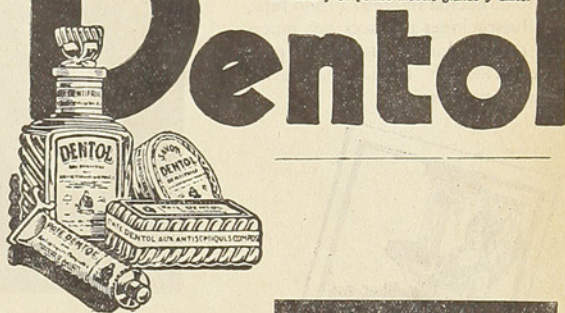
EL DENTOL (agua, pasta y polvo), es un dentífrico que, además de ser un excelente antiséptico, está dotado de un perfume muy agradable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes, las inflamaciones de las encías y de la garganta. En pocos días da a los dientes una blancura resplandeciente y destruye el sarro.

Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente. Ejerce su acción antiséptica contra los microbios de la boca durante 24 horas, por lo menos.

Empleado puro con algodón, calma instantáneamente los dolores de dientes más violentos.

La PASTA DENTOL se vende en cajas de vidrio y en pomos modelo grande y chico.



con un sobrio monograma negro. Los pañuelos también pueden ser bordeados, pero esto no es necesario.

La cuestión de las alhajas preocupa a mucha gente. Es justo que deberán llevarse menos joyas. Los ornamentos en negro o blanco mate, como el cristal, son los más apropiados. No es preciso descartar las perlas o algún anillo, que se acostumbra llevar siempre, siendo de gusto perfectamente sobrio; pero las pulseras, pendientes y broches adiamantados no son adecuados en esta circunstancia.

**Un Hotel
para Viudas**

Una conocida doctora en Medicina de Nueva York, la señora Gabriela Harrison, que hace unos meses en ha dejado dicho lo que toda su vida de un milla vierte

El Arte de Bien Comer

consiste tanto el preparar platos
sanos y apetitosos, como
en saber servirlos

Este ha sido siempre un problema para las amas de casa del mundo entero. Con objeto de facilitarles esta tarea hemos preparado un precioso librito de cocina impreso a todo lujo, con ilustraciones a colores que muestran cómo adornar los platos para presentarlos en forma más atractiva y apetitosa.



Dicho librito contiene infinidad de recetas fáciles de exquisitos postres y de platos deliciosos y nutritivos. Basta consultar el índice para tener una idea de como variar el menú diario de la familia o qué preparar si se tienen invitados. Todas estas recetas han sido probadas por amas de casa experimentadas en el asunto y, por lo tanto, puede usted ensayarlas con seguridad de que el resultado será perfecto.

se manda en
nos un ejem-
tenerlo

DE TODAS PARTES

Miss Pantorrillas

Esta linda japonesa es Masako Une, bailarina que es considerada en su país como la muchacha de las piernas más bellas, es decir, como una especie de «Miss



Pantorrillas». Al mismo tiempo, son las piernas más valiosas, pues Masako se las ha asegurado de modo que si se inutiliza una de ellas la compañía habrá de entregarle cinco mil dólares, y si se inutilizan las dos, diez mil.

En cuanto a la postura que ha adoptado para retratarse de modo que los lectores puedan ver el tesoro, es como para que este angelito amarillo se ponga colorado.

Cosas de Broadway

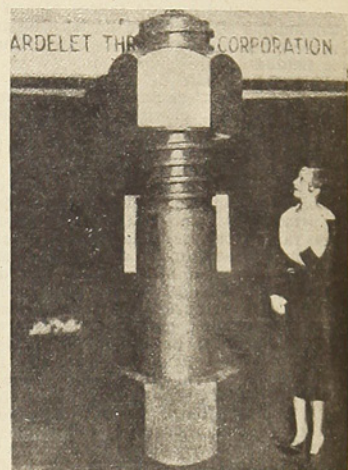
Estas cuatro alegres y simpáticas muchachas son de Broadway y presentan sin reparo al lector cuatro modelos de medias que los fabricantes norteamer-



canos, hartos ya de la seda negra y de color de carne, tratan de poner de moda en Nueva York. Aunque no entendemos de medias, a menos que sean tostadas y con manteca, presentimos que a las lectoras van a parecerles horribles estos cuatro modelos.

El Goliath de los tornillos

He aquí el tornillo más grande del mundo. Ha estado expuesto en una exposición de ingeniería que se ha celebrado recientemente en Norte América. Publi-



camos esta foto como curiosidad y por si conocen ustedes a alguien que le falte un tornillo y quiera curarse. Porque no hay duda que la cura es radical si se le da con esta *tachuela* en la cabeza.

Un diluvio de agua potable

Junto a estos aparatos pasan diariamente los cuatro mil millones de litros de agua que consume la ciudad de Nueva York. Estas máquinas tienen la misión de purificar el agua antes de que puedan beberla los siete millones de neoyorquinos, y como la purificación se hace por medio del gas cloro y sus emanaciones



son asfixiantes, los obreros que cuidan los aparatos han de ir provistos de caretas protectoras como puede verse en la fotografía. ¡Cuatro mil millones de litros de agua diarios! Bien se ve que lo de la ley seca no se refiere a este líquido.

¿Se puede amar más de una vez?

Esa es una de las preguntas que suele hacerse con más frecuencia:

—Se puede amar más de una vez?
Por supuesto, las que me dirigen esa pregunta son, además de jóvenes, algo románticas. Los caballeros, y las mujeres de cierta edad, ya saben muy bien que se puede amar varias veces. Y algunos, no sólo que se puede, si no que se ama. Pero a las muchachas jóvenes y algo románticas les parece imposible, y, en el supuesto de que lo sea, considerar casi un crimen horrendo que se ame más de una vez, un crimen porque en tal caso—dicen—, siendo sólo verdadero el primer amor—¡oh!, el mágico prestigio del primer amor—todos los demás amores han de ser una falsedad, una burla cruel, un sacrilegio. Y me preguntan si se puede amar más de una vez con la secreta esperanza—saben que yo también soy algo sentimental—de que les

diga que no; que no se puede amar más que una vez. Yo, sintiéndolo mucho, he de decirles que están en un error. Si cuando se ama por primera vez—añado—al ser amado fuese verdaderamente el más digno de serlo, o el amor no fuera una cosa de naturaleza tan frágil, es posible que sólo se pudiese amar una vez, pero, fíjense ustedes, que al amar puede ocurrir, y ocurre frecuentemente, que el ser amado por no merecer serlo, se hace aborrecible. ¿Cuántas y cuántas, que se casaron verdaderamente enamoradas, acabaron por no poder vivir con su conyuge? ¿No se ve eso todos los días? ¿Y qué pasa en tal caso? Que viene la separación, y que, se ama de nuevo; sobre todo cuando aquella separación ocurre en la juventud, porque lo propio de la juventud es el amar.

A los viudos puede ocurrirles algo parecido. Perdieron su pareja, a la que aman verdaderamente, pero, ¿y si conocen a un ser superior al que perdieron, por qué ese segundo conyuge, superior en cualidades al primero, eso ha de poder despertar un nuevo amor? De los caballeros se afirma en absoluto,

que suelen amar más a la segunda esposa que a la primera. No sé si se trata de una calumnia que han puesto en circulación las enemigas del sexo fuerte.

Además, que hay diversos modos de amar. Y puede amarse a un ser por un concepto, y a otro, por otro. No falta quien afirme que incluso se puede amar a varios a un tiempo. Yo no me atrevería a negarlo.

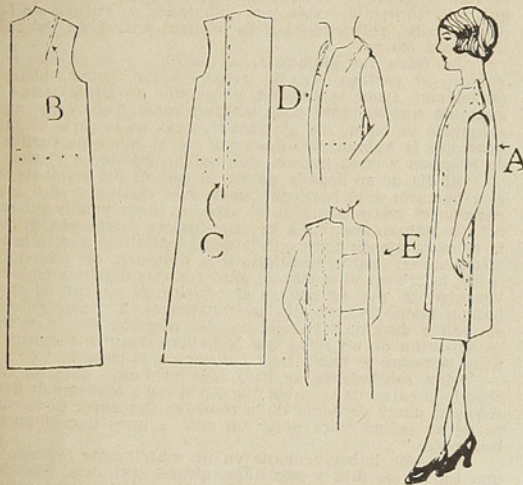
Desde luego, puede decirse que el corazón humano es mucho más complejo de lo que todos nos figuramos, y, sobre todo, que así como el cuerpo se renueva constantemente, se renueva y olvida el espíritu, y por olvidar y renovarse, mueren en él y nacen los amores.

Claro que el primero, tiene algo que no pueden tener los otros: el encanto, la sorpresa, la novedad de lo que se experimenta por primera vez. Un primer amor, en el momento de nacer, ha de producir una sensación mucho más intensa que los otros, pero sólo en ese momento; es una sensación jamás experimentada y ha de producir fatalmente una emoción singular. Pero eso es todo, y no significa, por cierto, que por ese solo hecho, no pueda haber un amor más intenso, más fuerte, más duradero, más sólido que un primer amor.

Las polítlas románticas tienen una fuerte desilusión cuando me oyen hablar así, y están convencidas de que me equivoco, de que no conozco el corazón humano. Pero los caballeros y las señoras de cierta edad, son todos de mi opinión. Y seguramente no les faltan motivos para serlo.

MANUEL DE CARCER

COMO SE ADAPTA UN PATRON A UNA FIGURA ESTRECHA DE HOMBROS Y ESPALDA



Me escribe una cliente que siempre tiene dificultades con los patrones por ser éstos demasiado anchos de hombros y espalda para ella. Si corta la costura de los hombros, es decir, lo que le sobra de ella, por la parte del cuello, este le queda demasiado ancho, y si lo hace por el extremo opuesto, deforma la bocamanga. Me dice que ha probado a tomar una pinza en dicha costura, pero si con ella ha logrado que el delantero siente bien, no así la espalda, donde ha quedado un exceso de tela, que la hace parecer jorobada.

La dificultad consiste en que mi amable corresponsal debe de tener una figura excesivamente estrecha de hombros y espalda, lo que no implica que haya de seguir la desproporción en la parte inferior de la figura. Muchos cuerpos de esta clase, necesitan en las caderas, toda la anchura del patrón.

Cuando antes de cortar la tela se prueba el patrón sobre una figura de ese tipo, queda como lo vemos por la A. Entonces se corta la costura del hombro delantero, mediante una pinza de quince centímetros de largo según señala la B, y por la espalda se hará lo mismo pero prolongándola hasta pasar la línea de las caderas (C). Así reformado el patrón, al ser puesto de nuevo sobre la figura, quedará como vemos por la D y la E.

La pinza de la espalda podrá prolongarse más o menos, según lo requiera la figura, pero corta o larga, disminúyase muy poco a poco su profundidad.



El mal humor en la oficina

ocasionado por las contrariedades comerciales no debe recaer sobre sus dependientes y quitarles el gusto de trabajar; tampoco agriar a su familia las pocas horas que pasa Vd. en su compañía. Tranquilese Vd. sus nervios tomando Tabletas de ADALINA, así defenderá mejor sus intereses, estará Vd. más fresco, reposado y con mayores energías. Su trato será más suave y menos irritable. Será Vd. más querido de todos y tendrá más éxito en sus empresas.



Tabletas de

Adalina

La cruz Bayer M.R. — Adalina M.R.: a base de Bromodietilacetilurea!

los ardores de
Estómago

DESAPARECEN CON EL USO DE LA

Sal Digestiva

Be-me-ce

M. R.

ARDORES DE ESTÓMAGO

ACIDEZ GÁSTRICA

PESADEZ DE ESTÓMAGO

VÓMITOS INCOERCIBLES

Dosis:
Una cucharita
después de cada comida

Formula:
Magnesia
Bicarbonato sódico
Carbonato de cal liviano

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS

Concesionario para Chile: AM. FERRARIS Casilla 290 SANTIAGO



CATARROS FUERTES Y LA GRIPPE

Desaparecidos Inmediatamente!

Al primer sintoma de un catarro, tos, estornudos, escalofríos o fiebre, tómese Fenalgin inmediatamente y evitense otros síntomas. Los catarros no son alarmantes en sí mismos, pero rápidamente causan bronquitis o pulmonía. Protéjase usted, a su familia y hasta a los niños de estas enfermedades peligrosas con Fenalgin, recomendada por médicos en todas partes. Insista en: FENALGINA.

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA. M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniada.

Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$ 0.60 cada uno.

Único Distribuidor: AM. FERRARIS-Casilla 29-D.-Santiago de Chile

LA ODISEA DE UNA REINA

"Mi felicidad ha sido grande por el honor que he tenido de ver vuestra persona sin ser reconocida por vos. Escribiéndolos no puede expresar la pasión que siento al tener el honor de ser por vos estimado como vuestro más humilde servidor."

Esta fué la carta que Carlos I de Inglaterra, siendo aún príncipe de Gales dirigió a Enriqueta Maria, princesa de Francia y que después habría de ser su esposa.

Una carta de amor... que no reflejaba el verdadero corazón de Carlos II.

La boda se celebró, en efecto, por poderes, en Londres, en junio de 1625.

Subrayemos la edad de los cónyuges. Carlos tenía veinticinco años. Diez y seis años tenía Enriqueta Maria.

Pero ya por entonces era Carlos rey de Inglaterra. Su padre, el rey Jacobo, había muerto meses antes, el 25 de marzo.

Este matrimonio era la realización de dos sueños ambiciosos. Jacobo I de Inglaterra y Enrique IV de Francia soñaron respectivamente con fortalecer sus propias dinastías, emparentándolas con la del vecino poderoso... Pero el destino manda. Y se cambiaron las tornas. Y el juego fué fatal para la casa real inglesa y tristísimo para la francesa.

Carlos I era, como su pueblo, protestante. Enriqueta Maria era católica. El pueblo inglés no podía simpatizar con su reina, ni con su rey que había elegido por compañera a una mujer de otra religión. Porque Enriqueta Maria siguió siendo católica, gracias al papa Urbano VIII, quien concedió la dispensa, bajo, entre otras, las siguientes condiciones: cuantas personas rodearan a la reina habían de ser católicas; los hijos del matrimonio, sólo podían tener servidores católicos. Veinte sacerdotes del Oratorio, debían, además, acompañar a la reina.

Enriqueta Maria desembarcó en Douvres el 22 de junio de 1625. El conde de Tillieres, intendente de la casa de la reina, que, anteriormente, había sido embajador de Francia en Londres, escribe, refiriéndose a la primera entrevista del rey y Enriqueta Maria:

"La reina fué alojada en el castillo, y su séquito en la ciudad, el castillo era un viejo edificio lamentablemente amueblado. Dada la ocasión, el séquito de Su Majestad fué atendido con bastante poca magnificencia. Todo esto empezó a hacerla dudar de las grandes riquezas de la corte de Inglaterra que le habían sido descritas por el conde de Carlisle, el de Holanda y otros ingleses que habían estado en Francia.

"El día de su llegada no vió al rey. Al día siguiente vino él a buscarla a la hora de comer, mal vestido y peor acompañado, el rostro sombrío, el aspecto triste y muy diferente del que habían descrito a la reina inglesa y francesa. Si bastó la primera ojeada para que la reina advirtiese que la habían engañado en cuanto se refería a la presencia del esposo, bastaron, asimismo, el cruzar de unas cuantas palabras para convencerse de que, en cuanto al espíritu, el engaño de que la habían hecho víctima era mucho mayor. Y, desde entonces, empezó a disminuir en ella aquella afección que la vanidad de ser reina de un reino que le habían descrito como un paraíso terrestre le había hecho nacer en el corazón.

"Este sentimiento se hizo más profundo después de la comida, a causa de la orden que dió el rey a Madame de Saint-Georges, dama de honor de la reina, de descender de la carroza de su señora para dejar un sitio a unas damas inglesas hugonotas."

No podía haber armonía en un matrimonio formado por una esposa de diez y seis años, alegre, optimista, reinadora, y un marido poco inteligente, despótico y frío, según el momento, "débauché" precozmente, por sus relaciones fáciles con cortesanas.

Al principio de la guerra civil, cuando el Parlamento se alzó contra su regio esposo, Enriqueta Maria se trasladó a Holanda, para volver de allí con soldados y dinero.

Al regresar a Inglaterra, traía tras de sí cuarenta mil soldados mercenarios y una considerable suma, producto del empeño de sus alhajas.

La guerra civil la arrojó de Londres, y de Oxford, y de Exeter. Fueron días de miseria terrible. En Exeter dió a luz a su hija Enriqueta, después duquesa de Orleans. La reina Ana de Austria tuvo que atender a sus menores gastos.

A fines de 1644 tuvo que refugiarse en Francia. Su madre y su hermano, Luis XIII, ofrecieronle alojamiento en el Louvre, y, como residencia particular, el castillo de Saint-Germain.

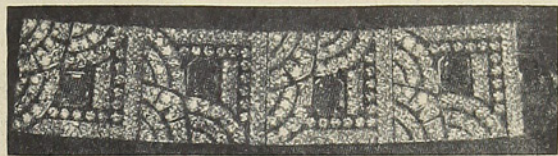
Aunque vivía en el palacio real, vivía humildemente. Sus ahorros los enviaba a su esposo a Inglaterra. Pero estalló también la guerra civil en Francia—"la guerra de la Fronde"—y el rey y la reina de Francia tuvieron que salir de París. Este suceso vino a agravar su situación. ¿Cómo subvenir a sus más perentorias necesidades? El rey francés, fugitivo, en el destierro, no podía ayudarla, naturalmente. Fueron días de prueba... No falta historiador que asegure que Enriqueta Maria estuvo en trance de perecer de hambre.

Pero aún no había agotado el cáliz de su amargura. Noticias de Inglaterra informaban de que el rey había sido preso. Todos sus esfuerzos por salvarle, como por obtener permiso para volver a Inglaterra fueron inútiles. Al fin, la noticia horrenda de que su esposo había sido ejecutado...

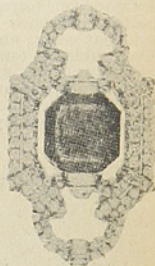
Las Joyas y los Adornos que hoy Están de Moda



Una rosa muy natural de forma, toda hecha en brillantes y platino. Creación Boudier.



Brazalete en brillantes y esmeraldas, creación de la casa Boncheron.

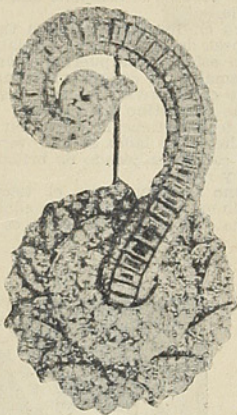


Muy moderno de forma, este modelo de Dusan, contrasta el negro del onyx con el blanco de los brillantes.

En estos días primaverales de cautivante belleza, todo en París asume un nuevo aspecto. Las mujeres pasean sus elegancias por la avenida de las Acacias con nuevo brio y distinto *allure*, y hasta las vidrieras del Faubourg Saint Honoré y de la rue de la Paix parecen competir con más ahínco en novedades y en *chic*.

Las joyerías de la rue de la Paix y de la Place Vendôme exponen joyas verdaderamente fantásticas, y es que la mujer de hoy se adorna como una princesa de cuentos de hadas.

Todavía hace poco no había la costumbre de sacar las grandes prendas de sus estuches más que en circunstancias excepcionales. Y, sin embargo, las joyas de nuestras madres eran bien modestas en comparación con las que se llevan ahora a cualquier hora del día.



Un pasador de forma muy original. Creación de la casa Ostertag.

La moda impone collares fastuosos e innumerables brazaletes, a condición, eso sí, de que la cantidad no prevalezca sobre la calidad.

Los joyeros se exceden en hacer sabias combinaciones y así resulta que la joya moderna es una verdadera creación de arte.

Los diamantes y las esmeraldas son las piedras favoritas del momento: el brillar de unos y la profundidad de las otras se armonizan admirablemente. Los dos tienen la misma belleza fría, pero de gran distinción.

Ostertag expone verdaderas filigranas en sus vidrieras. En todas se nota su tendencia a combinar piedras multicolores — tan marcada que permite a uno reconocer inmediatamente cuáles son sus joyas, aunque se encuentren rodeadas de otros de distintos joyeros como

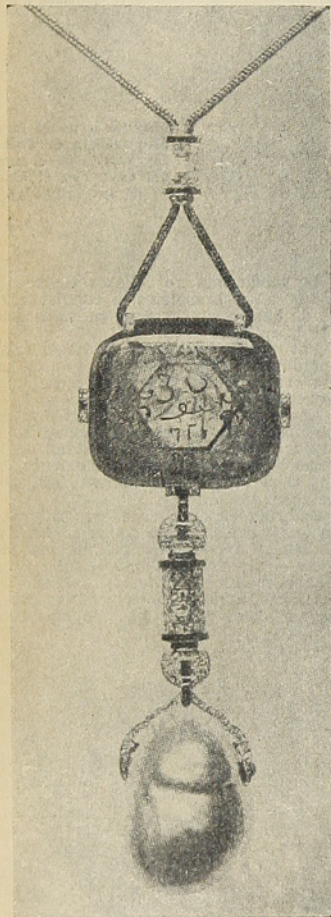


Collar de la casa Ostertag, en zafiros, esmeraldas y brillantes.

pasaba en la exposición de joyas del Museo Galliera hace poco más de un año.

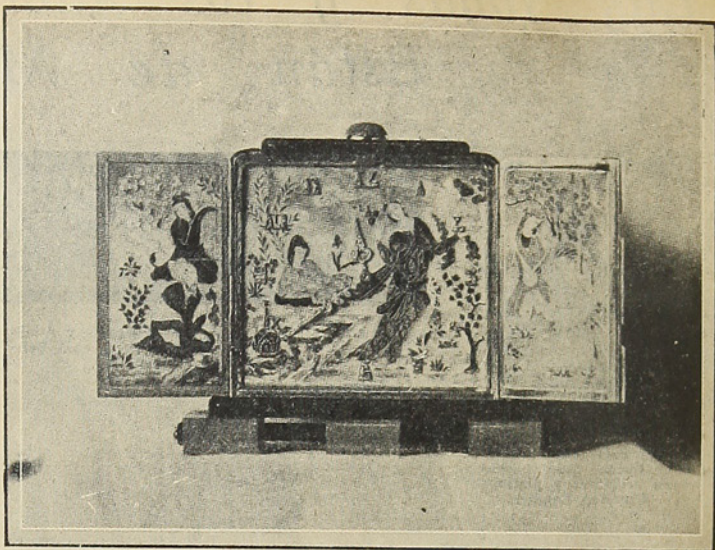
El collar que figura en uno de los grabados, por ejemplo, ostenta en el centro un magnífico zafiro de 62 carats — de él surgen en direcciones opuestas, multitud de hojas diminutas hechas de esmeraldas, zafiros, rubíes y brillantes montados en platino, mientras que en el pasador en forma de U lucen unos brillantes clarísimos en el centro y unas pequeñas cestas en los extremos con zafiros, rubíes y esmeraldas. En las puntas dos enormes zafiros.

Pero quizás lo que más ha llamado la atención últimamente entre todas las extraordinarias joyas de Ostertag son



Un rajah indio fué el primer poseedor de esta perla, tasada en medio millón de dólares.

sus relojes admirables. Tres de ellos aparecen en las fotografías que acompañan este artículo. Uno es en forma de gong chino con las columnas de finísimo Baccarat, que terminan en unos deliciosos elefantes de jade verde. Del atravesano de onyx, que une las dos columnas, pende la esfera con centro de lapislázuli, borde de onyx y flores de esmeralda, zafiros y rubíes. La manecilla es, como las horas, de platino y brillantes mientras



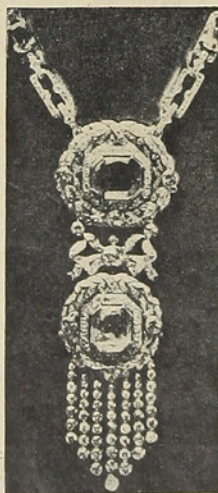
Las joyas en Paris han adquirido un refinamiento y un lujo desconocido hasta aquí.

que el péndulo lo compone una sola perla gris.

Otro en forma de triptico tiene toda la fineza de una antigua miniatura persa. La esfera y las puertas están hechas de esmalte de colores mientras que el zócalo es de onyx y ágata y las horas y agujas de platino y brillantes.

El tercero tiene la esfera en nácar y esmaltes y los lados de jade verde tallado y calado, salpicado de brillantes, zafiros y rubíes.

Como se comprende, el tiempo empleado en la fabricación de ellos, delicadísima y de un arte acabado, es enorme-



Marzo, de la rue de la Paix, exhibe en sus vitrinas en estos días el magnífico pendaniff de zafiros y brillantes que nos muestra esta fotografía.



La casa de Henri Lyon presenta esta bella joya en donde se combina el platino con brillantes de grueso calibre y otros más pequeños.

mente largo, — cuatro, cinco años en uno.

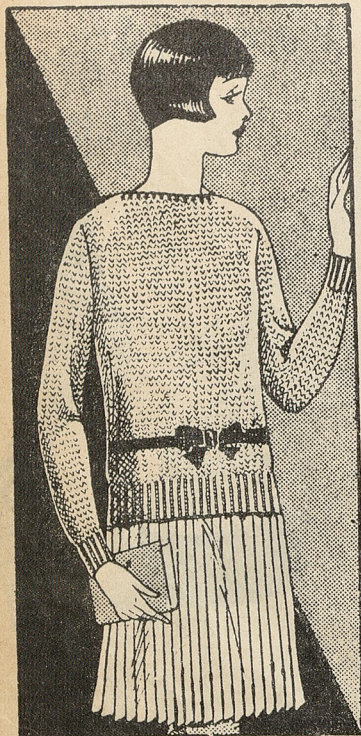
Son joyas fantásticas, evocadoras de cuentos orientales, en que figuran princesas y rajahs y cofres desbordantes de piedras maravillosas — nunca superiores, sin embargo, a las que vemos en París hoy en día.

Un bordado fácil para adornar un kimono de lana

A un kimono confeccionado de pañete o duvetina de lana con sus vueltas en los puños y cuello de lana piri-neo, le daremos mayor relieve y gracia si lo adornamos con unas salpicadas aplicaciones del bordado dibujado en esta página. Se borda dicha aplicación en lana algo gruesa al pasado plano quedando confeccionada de esta mane-ra la citada prenda, con mucho más importancia que cualquiera hecha con género simplemente estampado por bo-nito que sea.



- Over para Colegiala



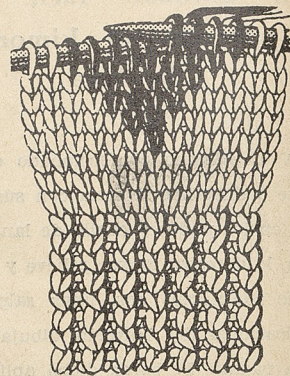
El pull-over es la prenda más práctica para las colegialas de todas edades. Para entretiem po se hace en lana y seda brillante, y para invierno en lana gruesa, flexible y abrigada.

Nuestro modelo ofrece la novedad de llevar adornado el delantero con un dibujo que figura cinturón y lazo, hecho con las agujas al mismo tiempo que la prenda. Esta puede hacerse en blanco y el cinturón azul marino o añil, o bien rojo, verde almendra o negro para alivio de luto. También puede hacerse con fondo obscuro y el cinturón blanco, o en dos tonos distintos, como por ejemplo beige y marrón.

Indicaciones para la ejecución. Hacen falta 150 gramos de lana y seda de 4 cabos, blanca y 50 gramos del mismo género en azul marino; 2 agujas de 3 milímetros y 1 ganchillo de grueso correspondiente al de la lana.

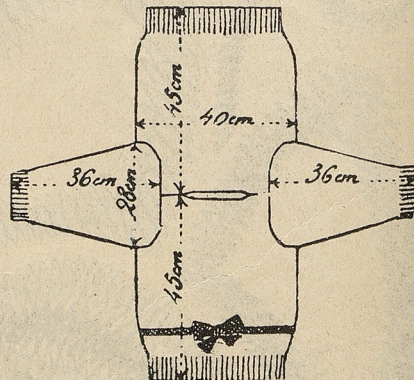
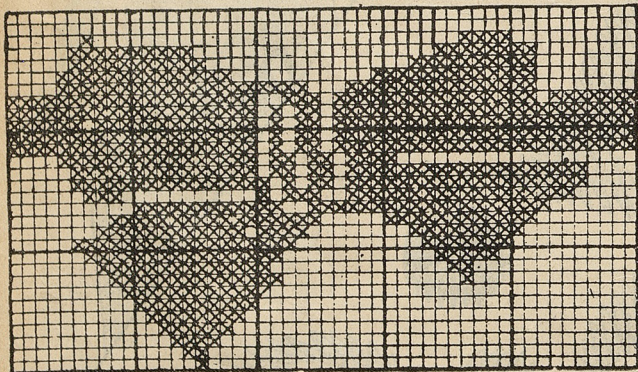
Se empieza por el bajo de la espalda, haciendo 114 puntos con lana y seda blanca y sobre ellos 22 agujas a punto de elástico (punto al derecho y otro al revés) que vendrán a tener el largo de 6 cm. Entonces se toma el punto de calceta (1 aguja al derecho y otra al revés), trabajando así hasta que se tengan 25 cm. desde el elástico. Llegando a la bocamanga se menguan 2 puntos al principio de cada aguja, durante 10 agujas, siguiendo después derecho hasta que toda la labor mida 45 cm. Ciérranse todos los puntos de una vez.

Delantero. Háganse 114 puntos que servirán de base a los 6 cm. de elástico. Después se toma el punto de calceta y a la 7 aguja, que será al derecho, se principia el dibujo del lazo (fig. I), fijándose en la fig. II, que demuestra detalladamente el dibujo. Las dos rayas que simulan el cinturón, se siguen hasta los dos extremos del delantero. Las bocamangas y el cierre de la parte alta igual que en la espalda.



Las mangas. Se empiezan por arriba haciendo de primera intención 28 puntos, y trabajese sobre ellos a punto de calceta, creciendo 6 puntos a cada principio de aguja, hasta que se tengan 80. Así se harán 10 agujas, empezando luego a menguar 1 punto cada 7 agujas. Cuando se tengan 25 cm., desde la parte más ancha de la manga, se toma el punto de elástico para hacer el puño. Este no debe tener más que 48 puntos, suprimiendo los que exceden de ese número. La segunda manga completamente igual.

Cósanse los hombros 10 cm. por cada lado, así como los costados y las mangas. Póngase un cierre mecánico por cada lado todo lo cerca del cuello que se desee, y el borde del escote se vuelve hacia adentro para que forme una especie de dobladillo, que se sujetará con una vuelta de palitos de ganchillo y cadenas al aire, hecho con el tono obscuro.



Reglas Varias

No se debe hacer ninguna excitación para tomar de un manjar o licor. En la mesa nunca se beben aperitivos.

Para servirse nunca empleará su cubierto el comensal sino el que vaya en la fuente.

No es correcto pedir repetición de algún plato, pero si lo ofrecen se puede aceptar sin reparo alguno.

Muchos opinan que a un sirviente no se le deben dar las gracias nunca, sino que basta una indicación negativa para que se pase a ofrecer la fuente a la persona inmediata. Sin embargo, no debe extremarse tanto este rigor porque nada

puede impedir que se trate con política a los que nos sirven.

A la señora de la casa es a la que corresponde la iniciativa de levantarse de la mesa dejando su servilleta al lado del plato, lo que deben imitar todos los convidados, pues doblar la servilleta en una comida, que no es de gran confianza, resultaría ridículo.

Cuidando de comer con pulcritud y observando las reglas de urbanidad en la mesa, aunque comamos en la intimidad de la familia, se llega a poseer la soltura conveniente para poder presen-

tarse en otra mesa de poca confianza con la seguridad de cumplir todas las reglas de la etiqueta.

Para limpiar las cintas

Se dejan reblandecer por algún tiempo en una solución de cola de pescado; se extienden sobre un lienzo y se planchan con una hoja de papel encima y otra debajo.

Es mejor que esta operación la hagan dos personas pues mientras una pasa la plancha por encima del papel, la otra va estirando la cinta.

Dos Bolsas para el Labor

Para la casa, el campo o la playa, son indispensables unas bolsas para guardar y poder llevar nuestros labores. Se hacen de varios estilos y tamaños, ya sean sencillas o elegantes, para la intimidad o reuniones de amigas.

He aquí dos modelos de muy fácil ejecución, su elegancia consistirá se-

gún la clase de género que se emplee. El patrón de la bolsa (fig. 15), es un cuadrado de 60 cms., más o menos (fig. 17). Doblar cada uno de los ángulos A, B, C, D, según lo indica el dibujo número 1, juntarlos de dos en dos con los puntos I, J, K, L, que se encuentran a dos tercios más o menos de la distancia entre el centro y el ángulo del nuevo cuadrado; recortar las puntas A, B, C, D, dejando una pequeña entrada que se disimula bajo un punto de filete o de crochet, como está indicado en I, L, K. De los puntos E, F, G, H, hacer partir dos cintas, que cosidas con una costura sencilla, una de E a L, y K a H y la otra de F a I y de G a J, formarán los puños de la bolsa. Hecho esto, volver la bolsa, que extendida da la forma del dibujo (fig. 18). En las cuatro puntas, coser 4 perlas largas y un poco pesadas; en seguida en el medio de las costuras en los puntos E', E'', E''', E'', se hace un punto que reúna lo de encima y lo de abajo, que permita obtener la punta indicada que cae sobre la bolsa A. Si para confeccionar esta bolsa se emplea un género liso, se pueden decorar los ángulos por unas aplicaciones o bordados.

Cualquier género puede servir, terciopelo, que es el material que se ha empleado en esta bolsa, seda lisa o floreada, cretona, etc.

La bolsa (fig. 16), está hecha de dos cuadrados de género de 60 cms., más o menos por lado (fig. 19), exactamente puesto uno sobre el otro, revés y unidos ambos por un punto de filete. Una jareta circular, que deja libre los cuatro ángulos, forma la bolsa.

Esta bolsa hecha en cretona es muy sencilla y práctica, puede quedar muy elegante, si el exterior es en seda floreada y el interior en tafetán o raso flexible. Los ángulos se decoran de bordados con puntadas sencillas o con un bordado como lo indica nuestro modelo, buscando un tono que armonice con el género.

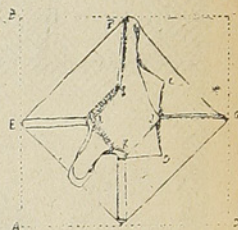


Fig. 17.

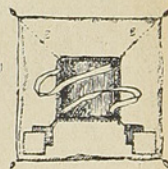


Fig. 18.

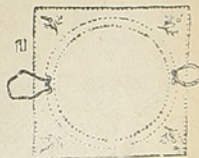
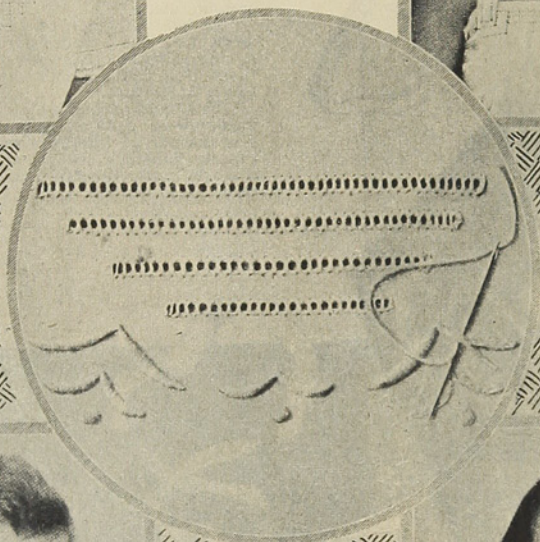
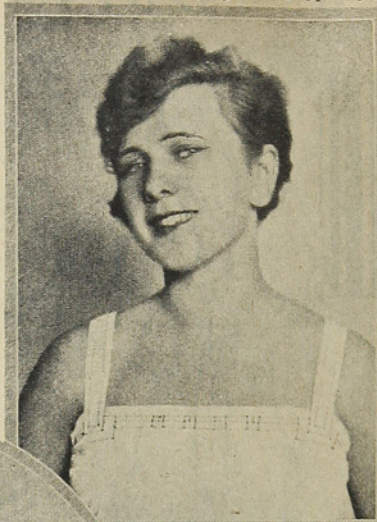


Fig. 19.



*Precioso
motivo de
bordado
para
nuestro ajuar*



LA MODA DEL PEINADO



UNA DISCRETA VUELTA
HACIA EL MOÑO EN
LOS NUEVOS
PEINADOS

Sus cabellos, señora, van convirtiéndose poco a poco en un problema pavoroso. ¿Cómo puede darse tan extraño fenómeno? Sencillamente. Ya no sabemos, ni usted misma sabe, qué hacer con ellos.

¿Cuántos años va durando el pleito de los cabellos largos o los cabellos cortos? ¿Seis, siete, ocho? Demasiados ya para un asunto en el que entienden a medias su excelencia la moda y su alteza la frivolidad. Porque, naturalmente, ni usted ni yo creemos que aquello de cortarse el pelo fuera adoptado como una medida cómoda o como una medida higiénica. Respecto a las formas utilitarias del capricho, ya vamos sabiendo a qué atenernos, y predicar sobre esos temas es sermón perdido...

No hay comienzo de temporada en que no se nos anuncie como un mal irremediable la reaparición del moño...

—Ya sabrá usted que vuelve...—nos dicen casi al oído y con acento sombrío.

—¿Quién vuelve?

—¿Quién ha de ser? El pelo largo... En París ya no se ve una melena...

Después, los congresos de peluquería se encargan de preconizar el uso de la tonsura o el reinado del tirabuzón. Las elegantes y las que lo son menos lo aceptan todo ciegamente, aunque con preocupación y melancolía.

Ahora si parece que es un hecho la vuelta del temido enemigo, que habíamos arrojado de nuestro lado con gallardos aires de emancipación. Después de los bucles románticos, veremos aparecer las trenzas o los tocados Renacimiento, con sus redecillas de perlas. Y pidamos a los santos de nuestra particular devoción—si es que nos determinamos a meterlos en estas cosas—que los próximos congresos peluqueros no adopten las cabezas profundas de 1912, por la misma razón que los modistos adoptaron la falda larga y la línea princesa, pertenecientes a la misma época.

La toilette femenina de estos últimos años adolece, y se ha dicho y reconocido hasta la saciedad, de una monotonía, de una sequedad, de una masculinización antipatiquísima. La reacción no podía hacerse esperar. Pero convengamos en su favor que se mantiene en términos muy discretos y sumamente agradables.

El segundo bimilenario de Virgilio

Pablo Virgilio Marón, cuyo bimilenario se celebra, nació el 15 de Octubre del año 70 antes de Jesucristo. Es el príncipe de los poetas latinos, y entre los clásicos paganos, el más cristiano, y el más amado de los autores cristianos de todos los tiempos, que por él sienten el entusiasmo férvido del Dante: "¡Honorate l'altissimo poeta!"

Su obra acabada y perfecta, como la de ningún otro ingenio, será modelo eterno de elegancia, belleza de estilo e inspiración, aunque refleja, sobria, melancólica e insinuante. No alcanza las sublimes alturas de Homero en su *Ilíada*, ni la sencillez de Teócrito en sus *Idilios*. Pero es más correcto y sostenido

que ambos, más delicado e interesante en los episodios, más abundante y rico en su lengua maravillosa; y sin disputa es el primer poeta didáctico de la literatura universal profana.

Sus diez *bucólicas* o *églogas*, de intención política algunas, convencionales y artificiosas en su ambiente pastoril, pero de significación trascendental en la mente de algunos comentaristas, hicieron de Virgilio en la Edad Media una especie de profeta pagano de Cristo y su Reino Mesianico.

La *Enéida*, es un poema consagrado a cantar las glorias de Roma en su fundación, el que más fama ha dado a su au-

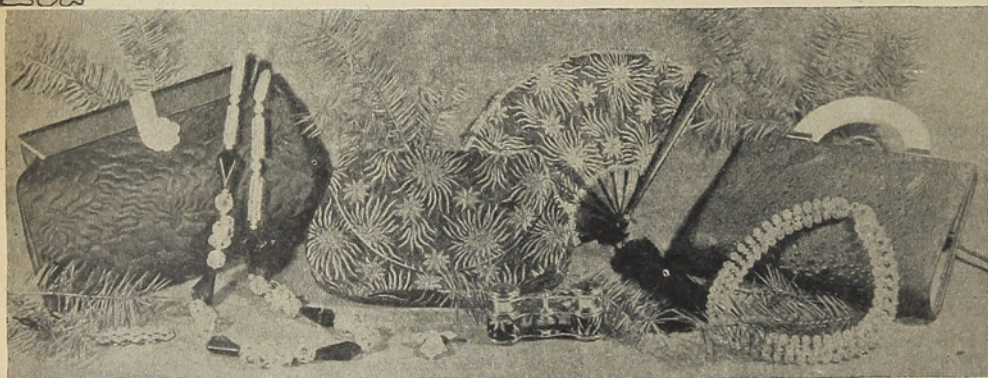
tor, principalmente por las condiciones pedagógicas o educativas que le adorna, hasta el punto de haber sido libro indispensable para la formación humanística de cien generaciones.

Las *Geórgicas*, o poema de la tierra, es la obra maestra de Virgilio, que no ha sido superada todavía en ninguna literatura; pues según Menéndez Pelayo, el hondo sentimiento de la naturaleza campestre, la impecable disposición del asunto, la belleza maravillosa de los episodios, la delicadeza insuperable de la expresión, hacen del poema una joya de valor sublimísimo de que pueden justamente vanagloriarse las letras latinas.

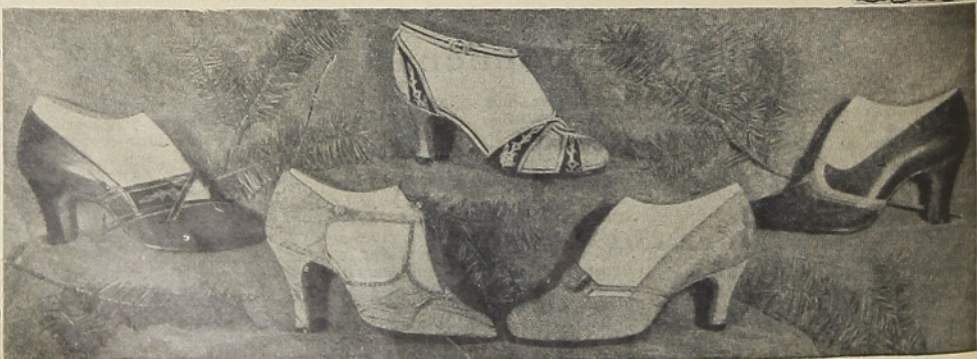
LAS NOVEDADES MAS CAPRICIOSAS EN
LOS DETALLES DE NUESTRA
TOILETTE



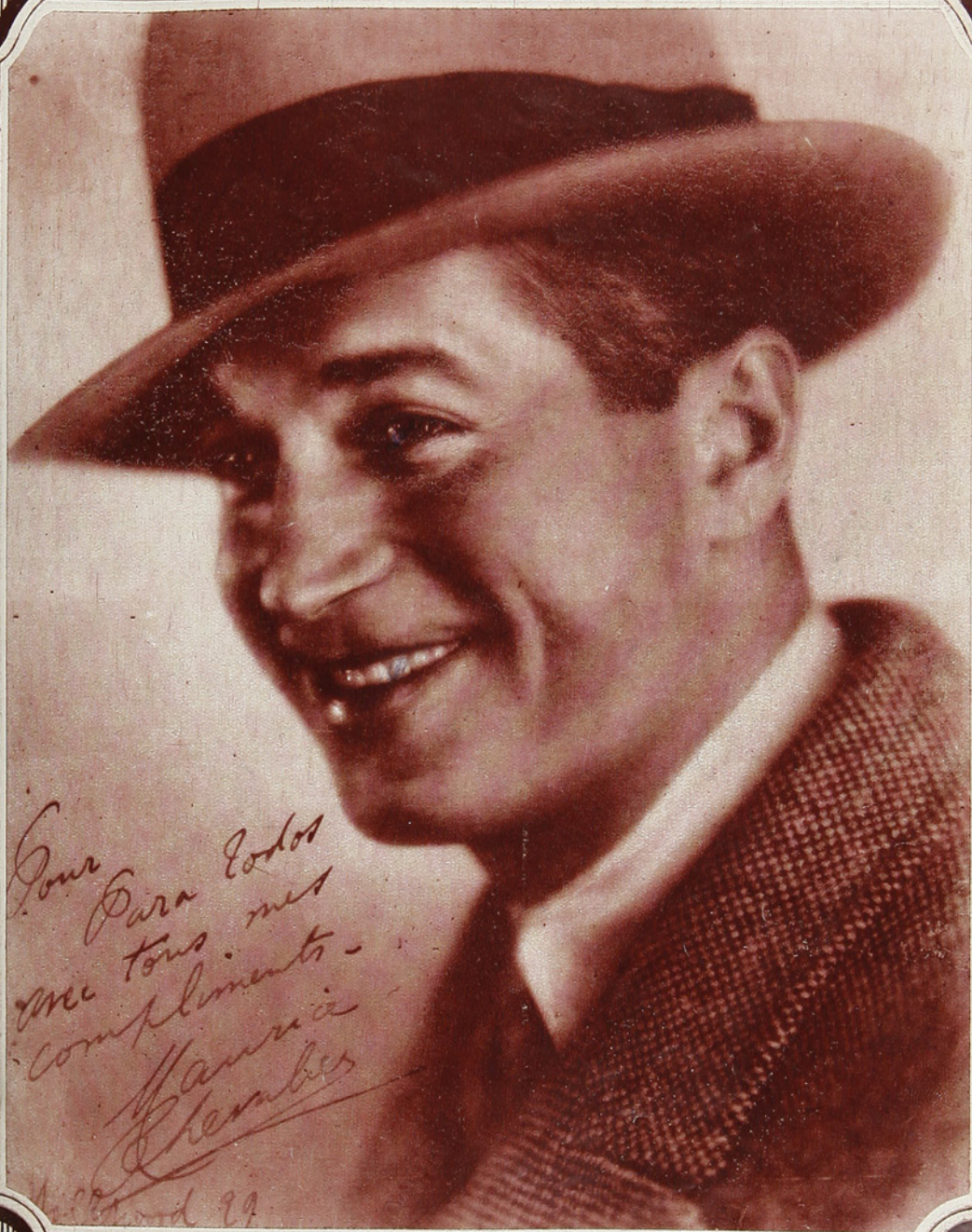
Guantes y collares de última novedad.



Avalorios para trajes de noche.



Modelos de calzado para tarde y noche.



EL IDOLO DE HOY.—El autógrafo que Maurice Chevalier envía para nuestra revista, y que dice: «Pour «Para todos» avec tous mes compliments.—Maurice Chevalier.» «Para «Para Todos», con todos mis saludos.»

La Moda de Hoy

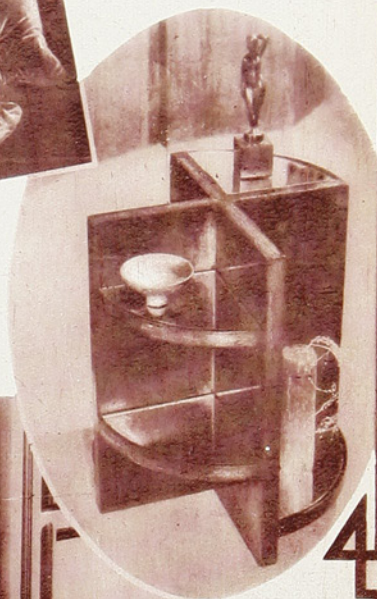
Estas bonitas fotografías de Sandra Milowanof, Joan Crawford y Leila Hyams, muestran algunos deliciosos modelos de la moda actual, desde el traje de soirée hasta el abrigo callejero.



Interiores y Detalles



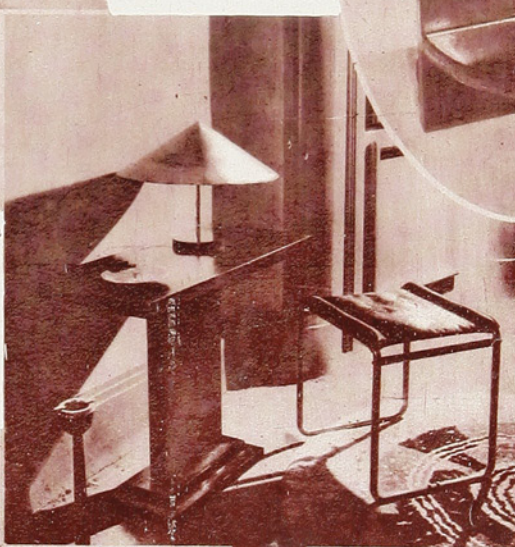
Una lámpara modelo y un rincón de sofá



Mueble de palisandro nuevo y original

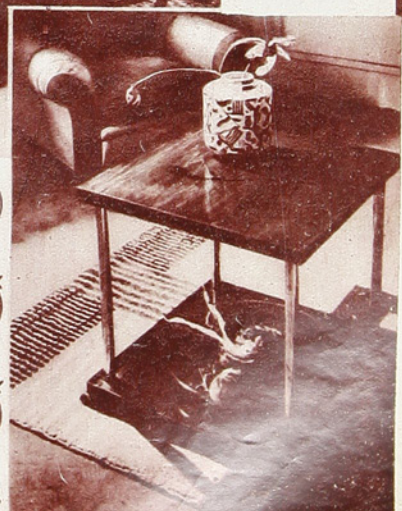


Una bonita mesa cuadrada



Consola de arrimo y lámpara de estilo moderno

Dos lámparas, arriba y abajo, del gusto de hoy





FERNANDO ERRAZURIZ GUZ-
MAN



FEDERICO BENAVENTE PUGA



NENE M. LIBA



ERIKA KIRSTEN



NENA HERST



ELIANA Y XIMICUSA MATTE



LUCY MALTSCH



LA VIRGEN Y EL NIÑO

El arte florentino del siglo XV está brillantemente representado en esta página por dos cuadros de Botticelli, uno de los genios más originales de la pintura italiana, genio inquieto, y atormentado cuyas obras están llenas de suavidad mística y de refinada distinción. El representado bajo estas líneas está en la Galería de los Oficios de Florencia. La Virgen frágil y delicada tiene una gracia conmovedora que se encuentra también en la cara de la otra Virgen del mismo pintor, que reproducimos junto a estas líneas y cuyo original se encuentra en el ya citado museo. Los dos Niños Jesús tienen la misma expresión de confianza en la mirada y los ángeles que rodean a la Virgen del cuadro de la parte inferior, encantan por la delicadeza expresiva y la belleza de sus líneas.



EL PINTOR Y DIBUJANTE DE SOCIEDAD



LADY DIANA MANNERS



PRINZESSIN JOACHIM ALBRECHT

Estos cuatro preciosos retratos de cuatro damas de la aristocracia berlinesa, que llama Meindl "las cuatro Venus", muestran en el acierto del dibujo una fineza originalísima de artista.

Meindl es considerado hoy como uno de los grandes artistas modernos.

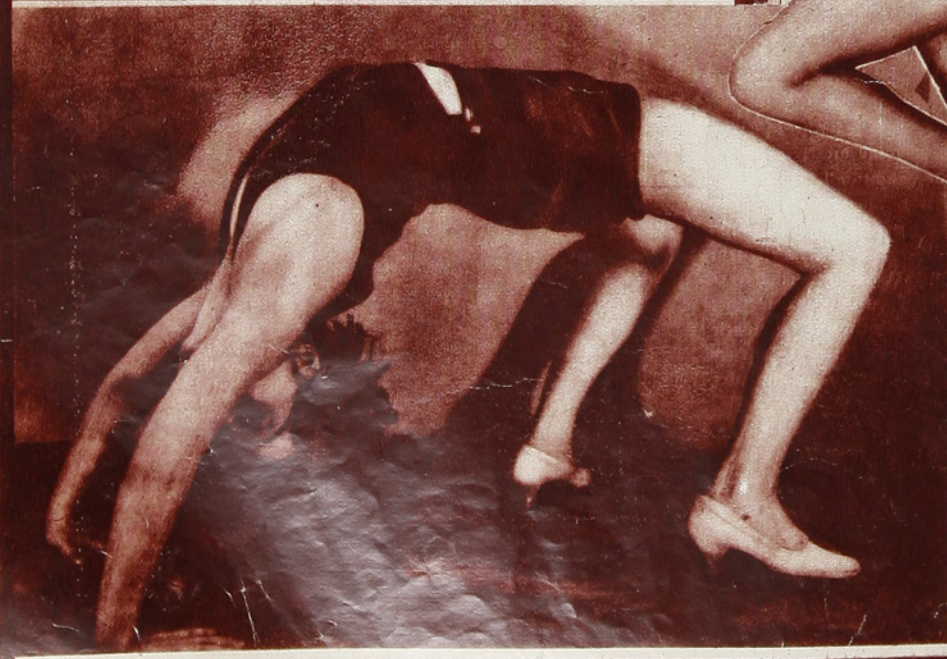
MADAME SOURI FIALA

JETTA WLASCHINSKA, ODESSA



Belleza y Ejercicio

*DITA PARLO, la «estrella» tan conocida y «brillante» defiende su belleza y su juventud con el ejercicio constante, que con-
raya en la acrobacia.*



Los Bellos Modelos



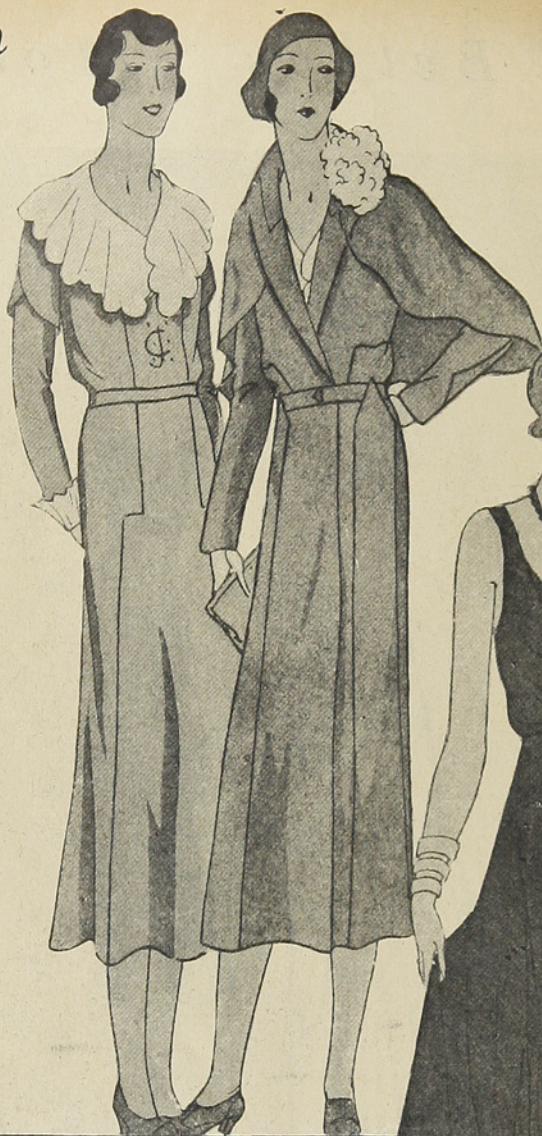
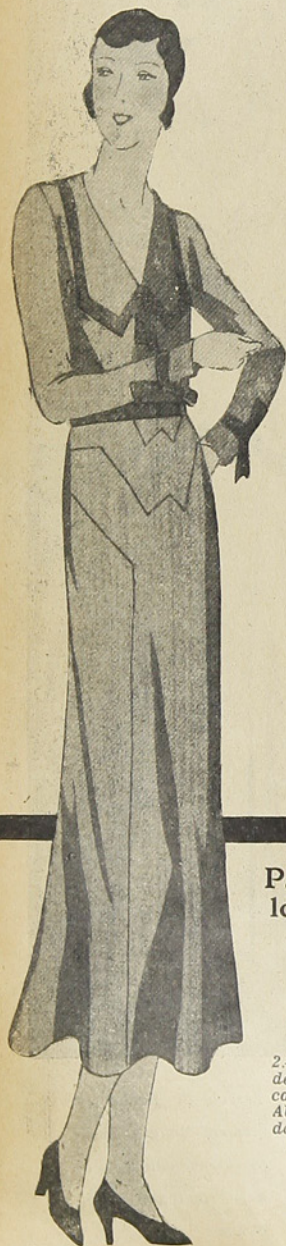
Vestido de noche en
voile de seda rojo vi-
vo, ornado de borda-
do del mismo tono.

Vestido de noche en
muselina rosa, ornado
de frunces. Guirnalda
de camelias en el
hombro.

Vestido de noche de
raso negro, con cintu-
rón de cinta de tercio-
pelo. Alhaja de strass.

Vestido de noche en
crespón romain blan-
co, guarnecido de ca-
nesú ribeteado de ci-
belina.

La Gran Boga



**Para la mañana, para la noche,
los ensembles son largos o tres
cuartos**

1.— Ensemble de tarde en crepe marrocaín de lana.
Creación Martial et Armand.

2.— Ensemble de tarde en crepe marrocaín; cuello de encaje. Abrigo en paño sedán, color obispo. Dos creaciones de Worth.

3.— Traje de noche en crepe "Quésaco".
Creación M a g g y Rouff.

"PARA TODOS"

LOS MODELOS ELEGANTES



Crepe Iris A. G. B.
Mignapouf.

Satin Bellita A. G. B.
Lenieff.

Crepe Danabas A. G. B.
Christiane.

Abrigos y para el Invierno



1.— Abrigo en paño negro; paños en forma godet incrustados a ambos lados del delantero; bolsillos abotonados; cuello de petigris.

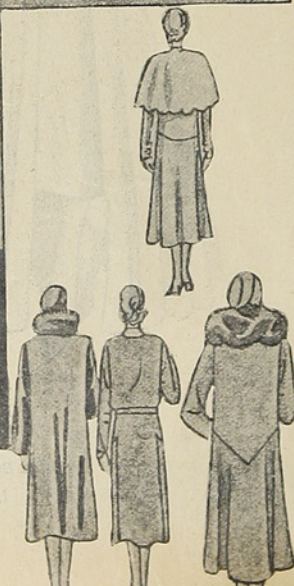
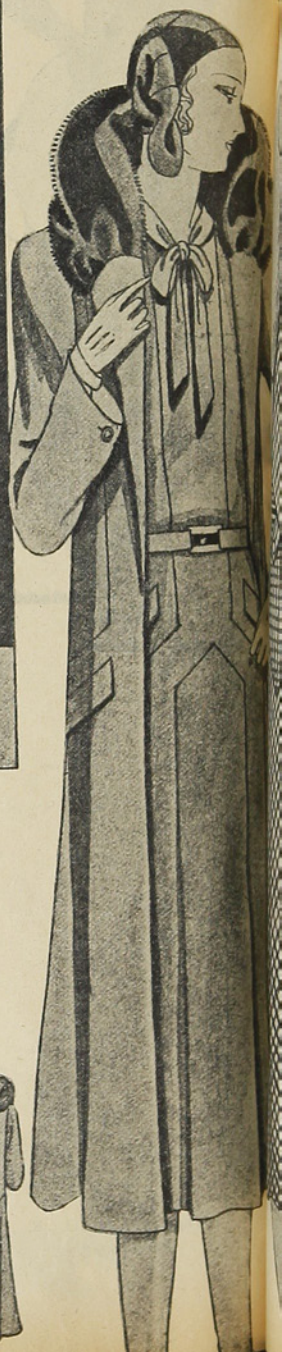
2.— Vestido formando ensemble con el abrigo anterior. Es en marrocaín o cachemira negra con cortes y bolsillos iguales; pechera en crepe blanco, nudo de cinta negra.



3.— Robe-manteau en drapelle beige, alargado adelante por un pliegue cruzado; capa abotonada en los hombros y cortes en ondas.

— * —

4.— Ensemble en paño café; el abrigo en forma es adornado de cortes, que se repiten en el vestido; cinturón de gamuza; gran cuello de castor.

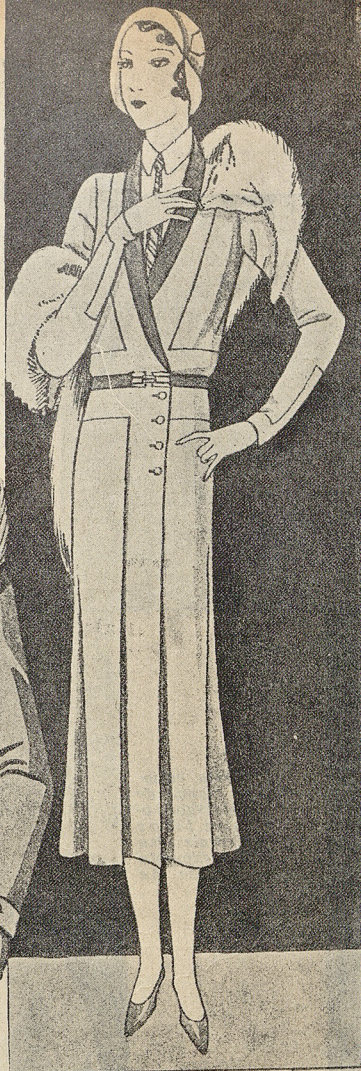


vestido es en lana cuadrillada, adornado de cortes incrustados en el sentido opuesto y de un cuello de encaje ocre. Abrigo en paño liso, adornado de incrustaciones en lana cuadrillada y de un gran cuello de skung.

Ensembles

que viene

6.— Robe-manteau en sarga verde, cruzado y abotonado, adornado de cortes; cuello en género de tono más oscuro y cinturón de gamuza.



7.— Vestido en cheviot azul marino; el corpiño es ablusado ligeramente, se abre sobre una pechera de otomán gris; falda con tablones encontrados.

8.— Abrigo en terciopelo de lana azul marino, formando ensemble con el vestido anterior; corte en forma, cerrado por cuatro botones, adornado de pespuntos terminados por una abeja bordada; cuello en zorro gris.

Son numerosísimos y por completo inéditos los detalles de la moda nueva, alguno de los cuales hemos copiado de las toaletas presentadas por los grandes modistos de París. Junto a estas líneas ved un detalle visto en casa de Cheruit consistente en una cinta de satén que ciñe la parte alta del brazo y se anuda en lazada. A su lado cuello pespunteado cerrado por una tira de cuero visto en un vestido de Poiret.

Junto a estas líneas sección de un vestido de noche creado por Tremet hecho de encaje que nos muestra la túnica tan en boga para este invierno. La falda es igualmente en forma.

Esta curiosa manga de piel trabajada en tiras verticales ha sido expuesta en casa de Jenny.

Detalles de los Tocados Nuevos

A la izquierda de estas líneas original cuello de tul blanco ribeteado con un bias y completado con un gran lazo negro que adorna un vestido de Martial et Armand. A su lado blusa de lana ocre cerrada con un cierre de cuero.

Los vestidos de lana están este año muchas veces adornados con terciopelo. A la izquierda de estas líneas puede verse uno adornado de esta manera formando un cuello y un lazo de terciopelo. A su lado parte alta de un vestido de Jenny adornado con un cuello y un lazo de organdi.

Este original adorno formado por plisados puestos en abanico, ha sido copiado de un vestido de faja creado por Lucien Lelong

En casa de Jean Pato u las esclavinas de paño, terciopelo o piel abundan mucho. La de la izquierda ha sido copiada en casa de este modisto y es de paño negro ribeteada de armiño.

De un modelo de Lucile Paray hemos copiado esta chocante manga que ciñe el brazo como un guante y se ensancha en globo en la parte superior. A su lado escote adornado en un solo lado con una tira bordada con abalorios; modelo de Lanvin.

Para los Niños

5.—Ensemble tres piezas en kasha natural; abrigo tres cuartos. Vestido sencillo bordeado de marrón en kasha chaqueta corta en género floreado; pechera camisa con corbata en dos tonos.

6.— Vestido en piqué blanco, especial para el tennis; pespuntos siguiendo el corte de adelante. 6. bis.— Abrigo en tweed, para



completar el vestido para tennis. 7.— Blusa en género de lana, cinta en dos tonos marrón y blanco; falda en tweed con tablones cruzados. 7 bis.— Abrigo forma raiglan para completar el traje anterior; pespuntos en el cuello puños y bolsillos.



8.—Blusa en pongué con mangas cortas; canesú en los hombros, cuello redondo, gran nudo de cinta escocés; falda igualmente en género escocés, canesú sesgado; pliegues a los lados. 8. bis.— Abrigo derecho, adornado de cortes; cuello y puños en género escocés.



LOS SOMBREROS DE TERCIOPELO

Los sombreros de terciopelo, siempre elegantes, serán los preferidos este año para acompañar a los vestidos de tarde. Como son muchas las señoras que por gusto o necesidad, confeccionan por sí mismas este importante complemento de su vestuario, les ofrecemos los siguientes modelos, todos de la más alta no-



vedad, dando al mismo tiempo las indicaciones necesarias, para copiarlos con facilidad.

En las dos copelinas de terciopelo negro de seda, que según la moda actual, llevan el ala más larga por detrás que por delante, hay que empezar por hacer la forma con espartería, cubriéndola después con el terciopelo que debe quedar muy adaptado y tirante, sin formar ninguna arruga.

Modelo N.º 1.

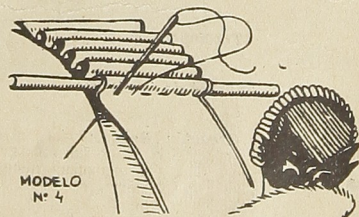
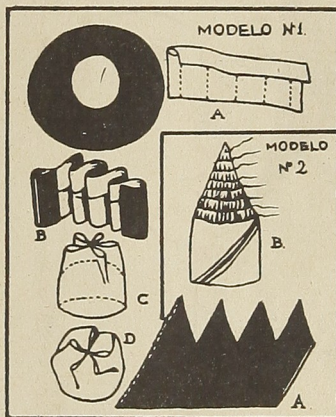
Para hacer el casco de este modelo, tómese una copa de otro sombrero, rodeándola de una cinta de terciopelo de dos palmos de ancho, y que en la parte superior se forrará con otra cinta de raso o tafetán de un color vivo y cuyo ancho no necesita exceder de siete u ocho centímetros. Esta cinta debe verse por las aberturas que forman la copa (detalle de la figura A). Una vez unidas las dos cintas, (figura B) y rodeado el casco con ellas, divídase el vuelo sobrante en la copa, en cinco espacios iguales (figura C) que se sujetarán con un sólo punto en el centro. La figura D, nos enseña como se deben colocar esos pliegues para que formen un drapeado suave, encima del casco de espartería.

Una cinta del mismo género y color que la destinada a servir de forro, se enrolla en torno del casco, y tapa la costura que une éste con el ala.

Modelo N.º 2.

Para copiar este modelo, el ala lo mismo que en el anterior, se cubre con terciopelo, cuidando de que éste quede bien estirado sobre la espartería. La originalidad de este sombrero reside principalmente en la copa. Tómese un bies de terciopelo del más ligero y flexible del largo que se necesite para rodear la copa y de cincuenta centímetros de ancho, cuya parte superior se cortará formando picos agudos (figura A) con ob-

jeto de reducir el vuelo hacia el borde del género, (figura B). Háganse las costuras de unión por el revés, y por ese mismo lado se empiezan a pasar los frunces desde la altura en que empiezan los picos. Colocado el terciopelo sobre el casco, se tira de los hilos de los frunces, hasta que éstos tengan la forma del modelo, rematando la punta con un grueso pompón de seda blanca. Este originalísimo y gracioso adorno, está especialmente indicado para jovencitas.



Modelo N.º 3.

Este hermoso modelo destinado a señoras jóvenes, es todo él de terciopelo negro y su originalidad consiste en que el borde del ala se recorta formando ondas por dentro y por fuera sobre un fino encaje chantilly colocado sobre raso blanco. La banda y lazo que rodean el casco, son del mismo encaje.

Para hacer esta graciosa toquita, pue-



de emplearse terciopelo de cualquier color, cuidando de que el terciopelo en pieza, y la cinta sean del mismo tono. El primero se emplea para hacer el casco, y la segunda forma la tira acanalada que adorna la parte de delante. Para hacer esta tira, hay que seguir las indicaciones del grabado (detalle del modelo 4) e ir formando los canalones con



ayuda de un lápiz, y cosiéndolos sobre una tira de seda del mismo ancho.

La toquita se remata por un airoso lazo mariposa, colocado sobre la nuca.

He aquí, lectoras mías, cómo con un poco de maña y buena voluntad, podréis tener lindos sombreros que nada tengan que envidiar a los de las mejores casas de modas.

Dos palabras sobre los sombreros



*Fieltro negro crosse
d'algrette. Creación
Marie Alphonsine*



*Fieltro y terciopelo.
Creación Camille Ro-
ger*



*Terciopelo y crepe
pointillé de terciopelo.
Creación Reboux*



*Tejido de lana y terciopelo.
Creación Georgette*



*Fieltro y tul pailleté, flores cirées. Crea-
ción Le Monnier*

UN RINCON DE LA MODA



Tailleur en género heitch-wantz y zorro.
Creación Dupouy-Magnin



Vestido de tarde
en crepe marro-
cain y guipure.
Creación Chan-
tal



Traje de tarde
en crepe geor-
gette y encaje.
Creación 'Atne-
Montaillé.

Abrigo en paño
cibelina.
Creación Chris-
tiane



Ensemble tailleur en género de lana jaspeado. Canesú de paño liso en la chaqueta. La amplitud de la falda es obtenida por tabloncillos encontrados, que parten de unos cortes atravesados. Un echarpe bordado adorna el escote.

Creación Chantal

Traje de mañana hecho en lana de fantasía rayado. Pechera y puños de género liso. Cortes redondeados, adornan la falda. Tabloncillos encontrados le dan la amplitud a la falda.

Creación Lucile Paray

Traje de deporte. La falda es hecha en género de lana; el corpiño en crepe Coucou, adornado de cortes incrustados del género de lana.

Creación Martial y Armand



Traje de mañana en género de lana jaspeado. Corpiño y falda con cortes incrustados. Cuello y puños forrados de crepe de Chine.

Creación Maggy Rouff

Tailleur en género de lana. Cuello, corbata y manchón de armiño. La falda lleva en un lado un grupo de tabloncillos, sostenidos a cierta altura por pespunte.

Creación Philippe y Gastón

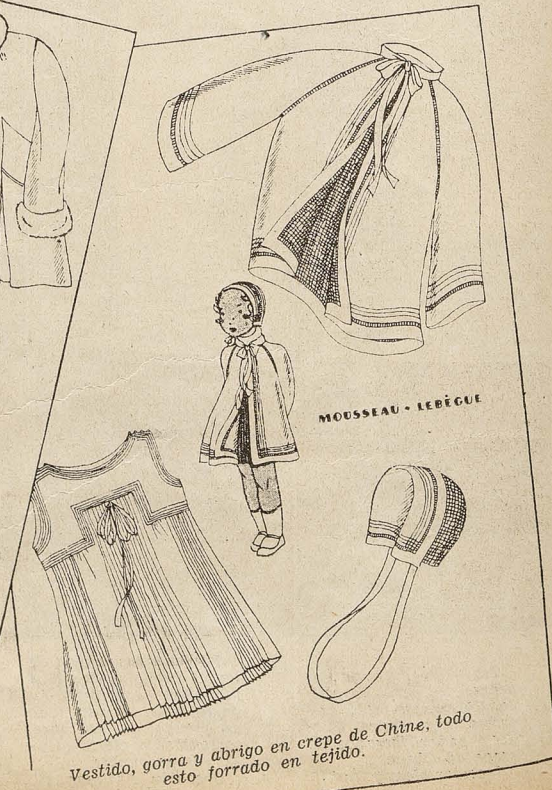
Traje en jersey de lana. Cortes en el corpiño y pliegues en la falda por todo el contorno. Cuello y puños en encaje de lana.

Creación Premet

Ensemble en género de lana forrado en petit-gris. El corpiño del traje tiene un canesú con un vuelo plisado en forma bolero.

Creación Maggy Rouff

MODAS INFANTILES

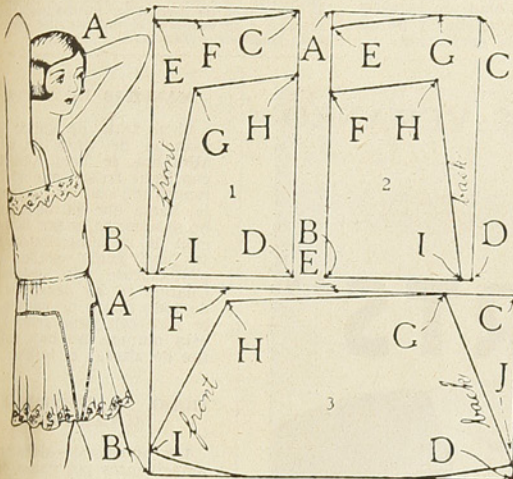


COMO SE CORTA UN PATRON DE PANTALONES EN FORMA

Siguiendo las instrucciones que damos a continuación, se puede cortar con facilidad un patrón de pantalones como el modelo y a la medida exacta de quien los haya de llevar.

El diagrama número 1 nos ofrece el patrón para la pieza del delantero. El ancho de las líneas A, C y B, D, ha de ser la cuarta parte exacta del ancho total de caderas, y las líneas A, B, y C, D, indican el largo que se quiere dar a la prenda, más cinco centímetros.

La distancia entre A y E es de dos centímetros; la que separa la E de la F, cuatro, dejando los restantes entre esta última y la C. La B y la I están separadas por dos centímetros. Entre G y F median trece centímetros y la misma distancia divide la H de la C. La línea E, B es la que se pone sobre el doblez de la tela al cortar la prenda. En el diagrama número 2 encontramos las indicaciones necesarias



LAS MEJORES MEDIAS



para cortar la pieza de atrás. Las dimensiones exteriores del diagrama son las mismas que las del número 1. La distancia entre A y E es de dos centímetros y entre G y C de seis, y al igual de la pieza anterior, la distancia que separa la E y la F y la G y la H es de trece centímetros. Entre la D y la I median dos centímetros, y la línea C, D es la que se ha de poner sobre el doblez de la tela.

Al diagrama número 3 corresponde mostrarnos cómo se han de cortar las piezas en forma, destinadas a las perneras. El largo de las líneas A, C y B, D, es de sesenta y ocho centímetros y las líneas A, B, y C, D, son cinco centímetros más cortas que la H, D, del diagrama número 1. La E señala el centro de la línea superior, y la distancia entre E y F es igual a la de G y H del diagrama número 1. La de E y G, también ha de ser exacta a la de F y H del diagrama número 2. Entre F y H median dos centímetros. La línea delantera es dos centímetros más corta que la G, I del número 1. Tirese una línea diagonal desde el sitio que señala la H hasta tocar la línea A, B, a la altura que indica la I. La línea de atrás también es dos centímetros más corta que la H, I del diagrama número 2. Tirese una línea diagonal desde donde señala la G hasta la altura indicada por la J. Al cortar la tela déjense por todas partes las pestañas necesarias para las costuras. Unase el extremo inferior de las dos piezas a que van unidas las perneras, para formar los pantalones. La parte baja de las perneras, va guarnecida con un bordado o puntilla.



—Oiga, agente:
se me ha perdido
mi esposa.
—¿Qué señas
particulares tiene?
—Mal genio y usa
camiseta con fran-
jas amarillas.

Mitigal
M.R. - Sulfido

De efectos incompara-
bles contra picazones
sarpullido, eczemas,
comezón, sarna, etc.
homólogo fenílico.

CONSEJOS UTILES PARA EL HOGAR

PARA LIMPIAR LENTES Y ANTEOJOS

Los lentes de cristal se lavan con agua de jabón o con agua amoniacal y se secan con una tela muy suave, por ejemplo, muselina lavada una vez por lo menos con agua hirviendo.

Los cristales de los anteojos, así como los demás en general, no se deben jamás limpiar con otra cosa que con pieles suaves, de guante o de gamuza, si se quieren conservar brillantes y sin raya.

EL BRILLO EN LA ROPA

Para quitar el brillo a unos pantalones usados se toma un trapo bien mojado en agua, pero escurrido; se pone

encima de la parte que tiene el brillo y se pasa suavemente la plancha caliente. Se levanta el trapo, y el pantalón queda sin brillo.

PLANCHA PARA CORBATAS

Las corbatas arrugadas recuperan su pristino aspecto sin ese brillo que dejan otras planchas, si se utiliza la del nuevo modelo que enseña el grabado. No solamente plancha el forro de una vieja corbata, sino que al mismo tiempo restaura el tejido. Es de sencillo manejo y su empleo no sólo se limita a corbatas, sino que a toda clase de lencería pequeña, cintas, jabots, cuellos y puños pueden plancharse a la perfección.

EL PRIMER DOLOR DIGESTIVO

Si padece Ud. del estómago no puede disfrutar de buena salud ni puede dar a su trabajo toda su fuerza muscular o intelectual necesaria. Casi todas las afecciones del aparato digestivo tienen su origen en un exceso de acidez en el jugo gástrico y para que el estómago pueda funcionar de manera regular es necesario neutralizar este exceso de acidez. Esto es precisamente lo que hace la Magnesia Bisurada. Media cucharadita de las de café de Magnesia Bisurada hace desaparecer con suma rapidez los eructos ácidos, las acedías, los vómitos, las flatulencias y demás desarreglos del aparato digestivo. La Magnesia Bisurada, (M. R.), la cual se halla de venta en todas las farmacias, es de un valor incomparable para curar toda clase de afecciones del estómago. Se garantizan resultados satisfactorios o se devuelve el importe del costo. Base: Magnesia y Bismuto.

SU MEJOR COMPAÑERA DE VERANEO
Es la revista

Léala e infórmese sobre su deporte favorito.

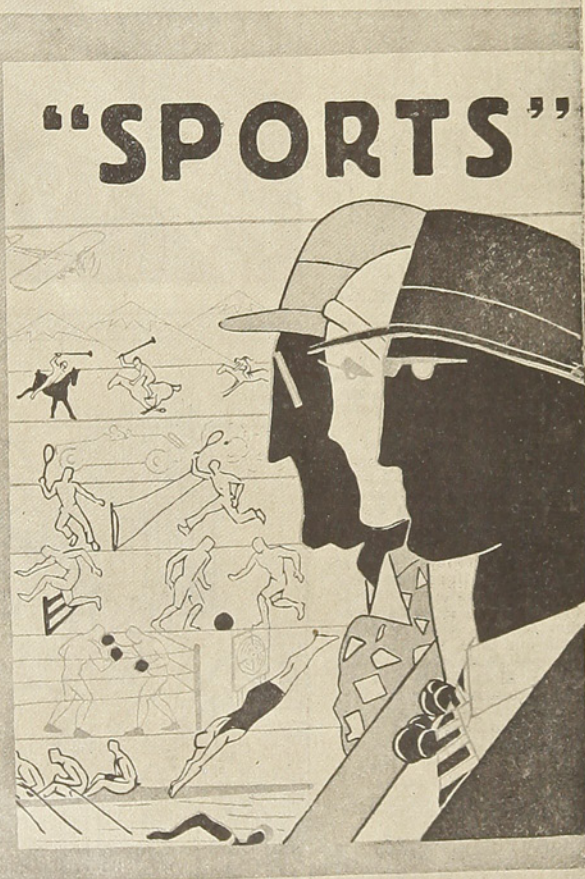
Relatos deportivos, amenos y únicos.

Regias fotografías y grabados.

Léala y vea como esta revista progresa día a día.

Si Ud. aspira a ser un entendido en deportes, no puede dejar de leer

"Sports"



LA MEJOR REVISTA DEPORTIVA DEL PAIS

Precio del Ejemplar: UN PESO

APARECE TODOS LOS VIERNES

EMP. "ZIG-ZAG"

MANCHAS DE TINTA

Si se trata de quitar la mancha de tinta de una alfombra, se lava aquella con leche fresca, que se va renovando con una esponja, hasta que su blancura no se empañe ya por la acción de la tinta. Entonces se pasa ácido oxálico y protocloruro de estaño. Cuando ya ha desaparecido todo rastro de mancha, se lava con agua fría. De esta manera no hay peligro de alterar el tejido.

MODO DE LIMPIAR EL ALABASTRO

Los objetos de alabastro amarillentos por causa del humo y del polvo se pueden hasta cierto punto volver a su blancura primitiva mediante el procedimiento que sigue: se lavan con agua y jabón y luego con agua pura, fregando al propio tiempo con la hierba llamada vulgarmente "cola de caballo". Pueden también restregarse con un pincel duro impregnado de yeso en polvo.



de la fabricación de sobres en Chile, v.a

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y EDITORIAL

(Continuación de la pág. 23)

ARDID DE AMOR

—Nada de eso existe, señor mío. Ya he consultado el caso. Roland Hicks se removió impaciente.
—Entonces la felicito porque sabe hacer las cosas bien, señorita; pero usted figura conmigo en la fotografía... ¿No teme al escándalo?
—No, señor. Fijese en que estoy de espaldas y nadie puede ver a la muchacha que usted seduce. No le dé más vueltas; le tenemos muy bien cogido... ¿Qué decide usted?
El viejo no contestó.
—Llevo el negativo en el bolso — siguió diciendo la joven; —si vuelve de su acuerdo le entrego en el acto el trabajo fotográfico; de lo contrario, se publicará.
Durante unos momentos estuvo mirando Hicks a la original muchacha. Después exclamó, encogiéndose de hombros:

—Ya puede usted ir a la oficinas del periódico... ¡Buenos días!
Y en seguida se puso a escribir tranquilamente.
—¿Esto quiere decir que se niega...?
—¡Buenos días! — repitió el jefe.
Peggy, un tanto intranquila, se puso en pie y fué hacia la puerta.
—Por última vez, señor Hicks.
—Por última vez — dijo el aludido sin levantar la cabeza.
—¡Buenos días!
La puerta se cerró y Roland Hicks, tras una rápida mirada llena de ansiedad continuó escribiendo. Pero antes de que pasara un minuto volvió Peggy a entrar en el despacho.
—¿Otra vez aquí? — preguntó el jefe. — ¿Por qué causa?
—Porque... porque... Aquí está el negativo — dijo, sacándolo del bolso.
Y acercándose a la chimenea lo arrojó al fuego, no sin haberlo mostrado antes al traluz, para que viera su autenticidad.

—Ya ve usted por lo que he vuelto — continuó Peggy, viendo arder la película. Yo no podía hacer una canallada así, y me molestaria mucho que usted me creyera capaz de hacerla. No confiaba más que en asustarle... No lo he conseguido y me marchó con mi fracaso, pero tranquila.
Hicks hizo dar vuelta a su sillón giratorio y dijo:
—Ahora le suplico que se siente, señorita.
La joven ocupó una silla junto a la mesa.
El jefe volvió a hablar:

—Ahora escúcheme usted bien. ¿No se le ocurrió que dos personas podían valerse del engaño? Pues bien: puesto que usted ha tenido el valor de decirme la verdad y destruir esa fotografía, no será yo menos. Lo que yo le dije, mi ridícula actitud también fue un engaño. Antes de consentir que se publicara la mencionada fotografía, hubiera llegado a cualquier extremo, y no estoy seguro de no haber accedido a sus condiciones.

—Pero se negó usted...
—Me negué — siguió el jefe con una ligera sonrisa — porque soy buen psicólogo y comprendí que usted no era de las jóvenes que hacen canalladas. Corrí el riesgo de equivocarme, pero no ha sido así, de lo que me alegro con toda mi alma.

Peggy se encogió de hombros.
—Lo que no es obstáculo para que trate usted más mal a Sam y para que nos haga desgraciados.
—En cuanto a eso, no tengo el menor deseo de sembrar la desdicha ni en ustedes ni en nadie. Confieso que cuando insistí en que Crawford no se casara si quería ser socio de la casa, no tuve en cuenta lo que usted valía y empecé a recapacitar.

—¿Pero, ¿por qué odia usted tanto a las mujeres? No sabe usted lo que es estar enamorado...
—No diga usted eso, señorita. Quizá comprendo su situación mejor de lo que usted se figura. Sepa usted que cuando yo era joven amaba a una muchacha con todo mi corazón; iba a casarme con ella, pero se interpuso un hombre más rico que yo y por esa circunstancia ruin me despreció y se casó con él. De aquí el rencor que semejante experiencia me hizo sentir hacia las mujeres.

—¡Oh, señor Hicks! No puede figurarse cuánto lamento haber dado lugar a que usted recuerde...
—Sí, tiene usted razón. Hay que borrar recuerdos enojosos. Ahora me doy cuenta de que no es justo que yo quiera hacer desdichados a dos seres que se aman de veras sólo porque yo soy un viejo infeliz.

—Pero...
—No debo ser egoísta; y como creo haber encontrado en usted a la mujer que ha de hacer feliz a Sam, me pongo incondicionalmente a su disposición.
Los ojos de Peggy brillaron de alegría.

—¿De veras se reconcilia usted con nosotros?
—Me reconcilio y voy a asociar a Crawford esta misma tarde.
—¡Oh!... Señor Hicks... No sé cómo darle las gracias...
—No lo intente. Es usted una muchacha cuyo valor admiro... y le voy a revelar un secreto.
—¿Veamos.
—¿Sabe usted lo que hizo que me diera cuenta de que era cruel y antipático?
—¿Cómo he de saberlo...?
Sus ojos. Son tan parecidos a...; pero dejemos eso. Usted me dijo que los mirara y yo lo hice cuando usted contemplaba a Sam. Entonces comprendí el por qué la había besado el muchacho sin poderse contener. Llámelo usted y vamos a decirselo.

El jefe oprimió el timbre y Sam apareció al momento.
—Crawford — habló el principal, — no hacen falta ahora largas explicaciones; ya se las dará después esta señorita. Bástele saber que nuestra entrevista ha sido muy agradable y he decidido asociarle a usted a la casa.
—¡Oh! ¡Gracias, señor Hicks!
—Se lo merece usted; y aunque no fuera así, un poco de bondad no hace daño a nadie. Pero, hay una condición sobre la que insisto, y es, que antes de un mes de ser mi socio tiene que casarse con la señorita Woodbridge.

Aquí Peggy se levantó de un salto y, rodeando con sus brazos el cuello del anciano, le dio un sonoro beso en la frente, diciendo a la vez:
—Ya sabía yo que era usted una bonísima persona.
—¡Caramba!... — exclamó Hicks. — Me parece que ya es hora de que trabajemos. Crawford, llévase a esta jovencita y mándela a su casa.

Ya estaban los novios en la antesala, locos de alegría, cuando el jefe volvió a llamar.
—Escuche, Sam, — dijo desde su escritorio — si desea usted... besar a su prometida... Ahora ya no puedo oponerme a ello.
—Muy bien, señor Hicks — dijo Sam, riendo.
—Pero... procuren hacerlo algo apartados de la ventana que da a la calle.

GILBERT ROSS.

(Continuación de la pág. 8)

EL BARRIL DE AMONTILLADO

—Es verdad, es verdad, y le aseguro que no tenía intención de alarmarle inútilmente; pero debe usted tomar algunas precauciones. Un trago de Medoc le defenderá de la humedad.
Me apoderé de una botella, de entre otras muchas que en larga fila allí cerca estaban enterradas, y le rompí el cuello.

—Beba — dije. Y le di el vino.
Aproximó a sus labios la botella, y me miró de reojo. Hizo una pausa, me saludó familiarmente, sonaron las campanillas del gorro, y exclamó:
—¡A la salud de los difuntos que a nuestro alrededor reposan!

—Y yo a la salud de usted.
Se agarró de mi brazo y seguimos adelante.
—¡Qué extensas son estas cuevas!
—Los tesoros — contesté — eran familia muy numerosa.

—No recuerdo sus armas de usted.
—Un pie de oro sobre campo azul, aplastando una serpiente que se le enrosca mordiendo el talón.

—¿Y la divisa?
—*Nemo me impune lacessit.*
—¡Muy hermosa!

Despedían chispas sus ojos por el vino, y los cascabeles y campanillas del gorro sonaban. El Medoc había exaltado mis ideas. Habíamos llegado al centro de unas murallas de huesos mezclados con barricas, en lo más profundo de las catacumbas. Me detuve de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de tomar del brazo a Fortunato por más arriba del codo.

—Ya ve usted que aumenta el nitro — le dije. — Cuelga como el musgo a lo largo de las bóvedas. Estamos bajo el lecho del río. Las gotas de agua se filtran a través de los huecos. Venga, vámonos antes de que sea demasiado tarde. Su tos de usted...

—No es nada, continuemos. Venga otro trago de Medoc. Rompí una botella de vino de Grave y se la ofrecí. La vació de un trago. Brillaron sus ojos, se rió, y arrojó al aire la botella haciendo un gesto que no pude comprender. Miré con sorpresa, y repetí aquel gesto grotesco.

—Vamos, vamos al amontillado — dijo por fin.
(Continúa en la pág. 67).



Nuevos Modelos Cómodos y Elegantes

Vestido de tejido estampado con cuerpo flojo y pliegues sobre los hombros. La falda está cortada en forma y montada sobre un canesú que ciñe las caderas.

Traje sastre de tweed, lana o terciopelo, que pueden ser lisos o moteados. La chaqueta es de corte clásico con pinzas a los lados hasta la altura de los bolsillos.

Abrigo de lana o seda liso por la parte superior y ligeramente drapeado en el talle. La parte inferior está cortada en forma de modo que produzca gran vuelo.

Vestido de tejido fantasía jersey, tweed o pana con chaqueta recta ribeteada con bies claro sobre el que van los ojales y botones. Falda en forma y blusa camisero.

Vestido para niño hecho con tejido chiné. La chaqueta es cruzada y lleva un faldón recto. Con el mismo tejido se hace el vestido para niña que está a su lado.

(Continuación de la pág. 65)

EL BARRIL DE AMONTILLADO

—Sea — contesté, ofreciéndole el brazo. Se apoyó pesadamente sobre él, y proseguimos en busca de nuestro amontillado. Pasamos por una galería de arcos muy bajos; dimos algunos pasos, y descendiendo más aún llegamos a una profunda cripta, en la que el aire estaba tan enrarecido que en ella, más que brillar, enrojecían nuestras luces.

Al fondo de esta cripta había otra menos pequeña. Estaban revestidos los muros de restos humanos, apilados en la cueva del mismo modo que en las grandes catacumbas de París. De uno de los muros habían arrancado los huesos, que yacían tirados en el suelo, formando una muralla de alguna altura. En el muro, desnudo por la separación de los huesos, se veía otro nicho, profundo como de unos cuatro pies aproximadamente, tres de ancho y siete u ocho de alto. No parecía hecho de intento, pues se formaba sencillamente por el hueco que dejaban dos enormes pilares en que se apoyaban las bóvedas de las catacumbas, y por uno de los muros de granito macizo que limitaban su cabida.

En vano Fortunato, adelantando su mortuoria antorcha, trataba de sondear la profundidad del nicho. La luz se debilitaba y no nos permitía ver el final.

—Avance usted — dije —; ahí es donde está el amontillado. Tocante a Luchesi...

—Es un ignorante! — interrumpió mi amigo, andando de costado delante de mí, mientras yo lo seguía paso a paso.

En un momento llegó al final del nicho, y tropezando con la roca, se paró, estúpidamente absorto. Un instante después ya lo había yo encadenado al granito. En la pared había dos argollas, a dos pies de distancia la una de la otra, en sentido horizontal. De una de ellas colgaba una cadena; de la otra, un candado. Habiendo colocado la cadena alrededor de la cintura, el sujetarlo era cuestión de sólo algunos segundos. Estaba tan asombrado que no pensó en oponer la menor resistencia. Cerré el candado, saqué la llave y retrocedí algunos pasos saliendo del nicho.

—Pase la mano por la pared; usted no puede oler el nitró. Está sumamente húmedo. Permitame que le suplique de nuevo que se marche. ¿No? Entonces tendré que abandonar. Pero antes le proporcionaré cuantos cuidados pueda.

—El amontillado! — gritaba mi amigo, que aun no había vuelto de su asombro.

—Es cierto — contesté; — el amontillado. Al decir estas palabras, empujé el montón de huesos que

que ya he mencionado, los arrojé a un lado y descubrí gran cantidad de piedras y de mortero. Con estos materiales empecé a hacer un muro, cerrando la entrada del nicho.

Aun no había colocado la primera hilera de piedras, cuando observé que la embriaguez de Fortunato se había disipado muchísimo. El primer indicio de ello fué un grito sordo, un gemido que surgió del fondo del nicho. ¡Aquel no era el grito de un hombre borracho!

Después nada se oyó. Coloqué la segunda hilera, la tercera, la cuarta... y oí el ruido que producían los violentos choques de los eslabones de la cadena. Este ruido duró algunos minutos. La pared alcanzaba ya la altura de mis hombros. Me detuve, y levantando las luces por encima de la pared, dirigí sus rayos al personaje allí encerrado.

Fortunato lanzaba tan agudos y dolorosos gritos, que estuve a punto de caer de espaldas. Durante un instante temblé y hasta estuve a punto de sentir arrepentimiento. Saqué la espada y comencé a abrir el nicho; pero un momento de reflexión bastó para tranquilizarme. Me apoyé sobre el muro, respondí a los quejidos del pobre hombre, les hice eco, los ahogué con mi voz.

Eran las doce de la noche, y mi trabajo finalizaba. Terminé la octava, novena y décima hilera. Concluí gran parte de la onena y última; sólo me faltaba una piedra para dar cima a mi tarea, y estaba ya ajustándola, cuando sentí escaparse del fondo del nicho una carcajada ahogada que me erizó el cabello. A la risa siguió una voz lastimera, en la que reconocí difícilmente la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ah! ¡ah! ¡eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh! Chistosa broma, en verdad; excelente farsa! ¡Cuánto la hemos de celebrar en casa! ¡Eh! ¡eh! ¡Con nuestro buen vino! ¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh!

—El amontillado — dije.

—¡Eh! ¡eh! Si, el amontillado. ¿Pero no es ya tarde? ¿No nos esperan en mi palacio mi señora y los otros? Vámonos.

—Si — dije —; vámonos.

—¡Por el amor de Dios, Montresors!

—Si — contesté —; por el amor de Dios.

Y nada replicó; presté atención, y nada oí. Me impacienté. Lo llamé a gritos.

—¡Fortunato!

No respondió. Llamé de nuevo

—¡Fortunato!

Nada tampoco. Metí una antorcha por el único agujero que había en el muro y la dejé caer al fondo; oí ruido de cascabeles y campanillas. Me parecía estar enfermo, efecto sin duda, de la humedad de las catacumbas, y me apresuré a poner fin a mi trabajo. Hice un esfuerzo, ajusté la última piedra y la cubrí de cal. Contra la nueva pared coloqué los huesos. Y hace medio siglo que nadie los ha tocado.

Resquiescat in pace.

DOLOR DE CINTURA

Dolores en la cintura, dificultad al enderezarse después de haberse agachado, coyunturas hinchadas, ardor al orinar, insomnios son síntomas de que el exceso de Ácido Úrico en la sangre está provocando la afección llamada Reumatismo.

Los cristales cortantes del Ácido Úrico están lacerando sus nervios. De ahí proviene su dolor. Escuche esta advertencia. Los Riñones han fallado en sus funciones y no están obrando como filtros y purificadores de la sangre.

Miles de personas que también han sufrido le dirán que puede aliviar sus dolores si sigue un tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, en venta en todas las boticas del mundo.

Venticuatro horas después de haber tomado la primera dosis, verá usted por el cambio de color en la orinar que han iniciado su acción benéfica y que están obrando directamente sobre los Riñones. Es inútil gastar dinero en purgantes y drogas que excitan el corazón; éstos no pueden ayudar a sus Riñones.

Pregunte a su boticario acerca de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga. El podrá



decirle que sus ingredientes han sido combinados especialmente para ayudar a los Riñones a expeler del cuerpo los venenos que causan los dolores.

Compre un frasco hoy mismo. Rechace terminantemente todo sustituto de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga.

FORMULA.

A base de Extracto Medicinal de Pichi, Buchu, Enebro y Uva Ursi, como diuréticos, y Azul de Metileno como desinfectante.

SOLICITE UNA MUESTRA GRATIS

Los propietarios de las Píldoras De Witt de fama mundial, ofrecen a cada persona que sufre una oportunidad de comprobar con qué rapidez este medicamento obra directamente sobre los riñones. Diríjase a E. C. De Witt & Co., Ltd. (Dept. M.P.T.), Casilla No. 312, Santiago de Chile.



de la fabricación de sobres en Chile, vâ

UNIVERSO

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

PILDORAS DE WITT PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

ELEGANCIA



Savora.— Traje de sport en
lana de fantasía.
Creación Jane Regny

Loulette.— Ensemble tai-
lleur en género de fantasía.
Creación Bernard y Cie.

Allegro.— Ensemble en cre-
pe de Chine y lana, adorna-
do de astrakán.
Creación Jenny

(Continuación de la pág. 1)

LOS OJOS VERDES

pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

II

—Tenéis la color quebrada, andáis mustio y sombrío; ¿qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Alamos en pos de la res herida, díriase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despiertan sus ecos. Sólo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros a la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Inigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalar sobre la pulimentada madera, el joven exclamó, dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Inigo: tú que eres viejo, tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus falda persiguiendo a las fieras y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer! — exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Si — dijo el joven; — es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura, que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin desplegar los labios, arrastró su banguillo hasta colocarle junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Este, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el día en que, a pesar de tus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Alamos, y atravesando sus aguas recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes, y susurrando, como un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor

cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco, a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando al despuntar la mañana me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no fue nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no;

iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El día en que salté sobre ella con mi Relámpago creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña... muy extraña;... los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, cuyos cálices parecen esmeraldas... no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía, una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí (Continúa en la pág. 71).



Limpia más rápida y fácilmente y mucho mejor

BON AMI, el limpiador de las mil y una aplicaciones caseras, como mágico talismán, limpia a maravilla todo lo que toca—cristales, batería de cocina, servicio de loza—todo brilla—todo queda limpiísimo bajo la acción rápida del Bon Ami.

Sólo es preciso poner una ligera capa de Bon Ami con un trapo húmedo—dejarla secar durante breves instantes y limpiar la superficie con un trapo blando. El resultado maravillará a Ud.

De venta por todas partes

Cómo los
modistos
visten a
nuestros
pequeñuelos



Los modistos crean modelos casi iguales para los pequeños que para nuestras mamás. Los tonos más preferidos para la moda infantil, son actualmente el lacre y verde, coloridos cuyas gamas tan variadas, acompañan admirablemente a nuestra juventud.

1.—Abrigo en terciopelo de lana, adornado de zorro, para niña de 15 años.
Creación Fairyland.

2.— Traje de tarde en marrocaín de lana, pespuntos azul marino, para niña de 13 a 15 años.
Creación Rouff.

3.— Abrigo de tarde en paño adornado de pespuntos y botones de color.
Creación Mignapouff.

4.— Traje de tarde en marrocaín de lana, para niña de 10 a 12 años.
Creación Capdeville.

5.— Vestidito para niña de 8 años, en crepe taille y muselina "Latexa".
Creación Billioque-Decré.



(Continuación de la pág. 69)

LOS OJOS VERDES

juguete de un sueño... pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora;... una tarde encontré sentada en mi puesto y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro, sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto... sí; porque los ojos de aquella mujer eran los ojos que yo tenía clavados en la mente; unos ojos de un color imposible; unos ojos...

—¡Verdes! — exclamó Íñigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez, como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

—¿La conoces?

—¡Oh, no! — dijo el montero. — ¡Libre Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trago, demonio o mujer que habita en sus aguas tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más ame en la vida, a no volver a la fuente de los Alamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y expiárelas mirando, el delito de haber encajado sus ondas.

—Por lo que más amo... — murmuró el joven con una triste sonrisa.

—¡Si — prosiguió el anciano; — por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor, que os ha visto nacer...

—¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¿Cómo podré yo dejar de buscarlos?

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

—¡Cúmplase la voluntad del cielo!

III

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En donde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba temblando el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia. Ella era hermosa, hermosa y pálida, como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el

cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhaló un suspiro, débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—¡No me respondes! — exclamó Fernando, al ver burlada su esperanza. — ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh! No... Háblame; yo quiero saber si me amas, yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... ¿Y si lo fuese? El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

—Si lo fueses... te amaría... te amaría, como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

—Fernando — dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música: — yo te amo más aún que tú me amas; yo, que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorporea como ellas, fugaz y transparente, hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues.

Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo...? Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven, la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino... las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles, el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven... ven...

La noche comenzaba a extender sus sombras, la luna riellaba en la superficie del lago, la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la obscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... "Ven... ven...", estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso... un beso... Fernando dio un paso hacia ella... otro... y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve... y vaciló... y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose, hasta expirar en las orillas.

La víctima verdugo

Un severo monarca
Hubo en lo antiguo
Que tal condena puso
Al asesino:
¡Llevar a cuestras
El horrendo cadáver
La vida entera!
Con sistema tan raro
El buen difunto
De víctima pasaba
A ser verdugo.
En la conciencia
¿No sucede lo mismo
Cuándo se peca?

CAYETANO FERNANDEZ, Pbro.

¿Asperezas de la piel?

La piel aspera quita atractivos a la mujer y esto ya no se tolera desde que en cualquier parte y al alcance de todas, se halla la Crema Hinds. Unas ligeras fricciones con esta admirable preparación, es cuanto basta para que la piel (aún en los lugares más afectados, como rodillas y pies) se torne suave, fresca, flexible.

Use Crema Hinds a diario y sus admirables resultados le sorprenderán.



CREMA
de miel y almendras
HINDS

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Los Trajes Elegantes



Tul pointillé. Worth.

Crepe georgine y encaje. Premet.

Terciopelo y paño cibelíne. Jenny.

consultorio sentimental



Joven de 13 años, bajo, gordo, dispuesto a formar pronto hogar modesto, desearía conocer señorita seria, pobre y de físico regular. L. M. G., Correo 3, Valparaíso.

E. G. V., Correo 5, Barón, morena apasionada, 18 años, desea correspondencia con joven experimentado en la vida, que sepa amar seriamente. ¿Será posible?

Dos buenas amigas buscan con toda seriedad jóvenes extranjeros, o descendientes, preferibles alemanes o ingleses, entre 30 y 35. Ellas entre 25 y 30. Físico regular, agradable. Bruna Dohr, alta, rubia, lo prefiere del campo, pues ama esa vida de labor y paz. Desea que el compañero de su vida, sea bueno, cariñoso, atento, y amante del hogar, para que así, compartiendo el trabajo puedan formar un nido feliz. Betty Fann, cariñosa, regular estatura, castaña, lo desea profesional, serio, trabajador, amante del hogar, para que unidos por un mismo ideal puedan tener una existencia de felicidad y paz. Contestar a la revista o a Correo, Concepción.

Deseo saber de Carlos Adriazola que conocí en Quillota en las vacaciones del año 29. Por motivos ajenos a mi voluntad, huí de alejarme de esa, y resignarme a no verle hasta hoy, siendo mis esfuerzos infructuosos. Si no lee estas líneas, ruego a sus amigos se las comuniquen.

Para Hulan de Tal, yo soy una de las que siempre ha cifrado su ideal en hombre sencillo y bueno, corazón grande y que me quiera tanto como yo se querer. Mila S., Correo, Quillota.

Chileno que habla inglés, desea correspondencia con señorita chilena o extranjera, pero que sea cariñosa. G. E. R., Correo, Sewell.

Mary Cornejo, ¿recuerdas todavía a Víctor, que te esperaba a la salida de tu trabajo en Lira? Si es así, escribe a Correo Central.

Chica morena, de ojos verdes, 19 primaveras, desea correspondencia con el simpático jovencito de la Agencia del Águila. Mis compañeras lo llaman «el cara de muñequito». Si sus lindos ojos se fijan en estas líneas, ruego contestar.

Tres simpatísimas morochas, íntimas amigas, Mirella, Ximena y Gladys, 20 años, desean correspondencia con jóvenes de 25 a 30, ojalá profesionales y de familia honorable. Si desean más datos, dirigirse a Correo Central. Casilla 378, Talcahuano.

Dos inseparables amigas de 18 años, una morena y una rubia, desean correspondencia con subtenientes altos, y que sean amigos. Ojalá de los salidos el año pasado. Gabriela Correa y Cia., Correo 11, Providencia.

Carnet 993029, Correo, Nancagua, busca entre las lectoras, aquella que alegre con su alma a un solitario de 23 años.

Pedro del Canto, Correo, Nancagua, desea correspondencia con jovencita decente y seria, no mayor de 22, no importa físico. Yo, feísimo. Se ruega enviar foto.

Mi ideal, señorita rubia, ojos azules, 25 a 28 años, alma noble y sincera, no amante del cine, sino de la naturaleza y bellas artes. Que se encuentre en muy buena situación. Indispensable foto cuerpo entero, que devolviera con la mía. Soy alemanito simpático, buen corazón, 35 años, «Solito», Casilla 406, Osorno.

Deseo conocer, con fines serios, viuda o soltera. Yo, profesional, 34 años, ojos azules, buena presencia, familia honorable, soltero. Enviar foto. Se guarda estricta reserva. De

vultas si no hay aceptación. Correo, Viña, Sobrante, C. W. C.

Matrimonio a la brevedad, 43 años. Pleno vigor; brillantes cualidades. Cualidades futuras: Joven, (por lo menos un término medio), buena presencia. Buena conducta, sobre todo. Escribir rápido, Arturo Rodríguez, Casilla 29, Ovalle. Indispensable foto. Prefiérese no muy distante de Ovalle para facilitar entrevista.

Quiero amigo extranjero, o descendiente de alemán, que resida en Santiago, ojalá doctor o por recibirse, alto, rubio, sincero, noble, edad 25. Yo, 22. ¿Encontraré mi soñado ideal, o será sólo una ilusión? Foto Erna Velasco, Chillán.

Mi ideal es una encantadora chiquilla de Valdivia, que estaba en el Hotel Hausman para el Congreso Eucarístico. ¿Se acuerda del joven de luto, con anteojos, que tanto la miraba en el comedor? Yo sería muy feliz con una letrita suya dirigida a E. Juárez, Pichi-Ropulle, Fundo Cerro Alegre.

Ansio correspondencia con la chiquilla que era de San Felipe, y que ahora vive en Santiago, en la calle Monseñor Eyzaguirre, número dos y tantos. En caso que se acuerde del amigo que estudiaba en la E. A., le ruego conteste a este correo, X. W. X.

Checha B., Santiago, te recuerdo con cariño. ¿Te acuerdas de mí? Desearía nos escribiésemos. R. Correo, Copiapó.

Ruego al señor Benedito G. Bustos, residente en Argentina, tenga a bien enviarme su dirección por intermedio de esta revista, pues al correo no puedo retirar carta por graves inconvenientes. Siempre soy la misma. Si algún amigo ve este párrafo, ruego se lo comunique. L. Varela.

J. Merello, Puente Alto, pensó que en este lejano rincón provinciano, con olor a margaritas, claveles y geranios, suspira de tristeza una soñadora que por vez primera os vio un plácido día de enero en ese hoy tan lejano Puente. Si no hay egoísmo en tu alma, que adivino exquisitamente buena, dad la alegría de una palabra. Lita Grey, San Fernando.

Me agradaría noticias de Emilio Nash Mackay, que en verano del año pasado estuvo en Valparaíso. ¿Se acordará de su amiguita porteña a quien prometió escribir, y a la cual no ha cumplido? Contestar a Portaña.

De 24 a 25 años, ojos verdes, desea relaciones con señorita de 23, y menos años. Yo, empleado de comercio.

Soy moreno, 24, pobre, sin vicios. Deseo encontrar morenita, 20 a 25, pobre, sencilla, físico no importa. Quiero si, que sea alegre, para que con su alegría disipe las tristezas de mi alma y endulce las amargas horas de mis tardes y mis noches de mi existencia. Si alguna lectorcita posa sus bellos ojos sobre estas líneas, le ruego conteste a G. O., Carnet 6898, Correo, Calera.

Amor sin Esperanzas, Correo, Traiguén, mi ideal es la distinguida señora Rosa V. de D. No es de este pueblo. Sólo de vez en cuando aparece a alegrar con su presencia a este desgraciado admirador, en el cual jamás ella se ha fijado. Siempre pasa altiva a mi lado, con su andar de reina, sin pensar que con su indiferencia destruye el corazón de su esclavo que la adora de rodillas y le haría olvidar las grandes penas que ha pasado. Sería feliz si ella ve estas líneas, y sólo un segundo pensar en este admirador anónimo.

Gladys B., Correo, Llay Llay, desea amigo sincero. Prefiero 20 a 25, para que pueda hacer la felicidad. Ojalá extranjero o chileno de Santiago o provincia. Yo, alta, delgada, trigüeña, ojos verdes. Escribir formalmente y enviar foto que devolvérese si no interesa.

Agradecería al joven caucanuquino Vidal Sepúlveda, empleado del Banco de Talca, si es que corresponde a la ardiente pasión que me devora, conteste a Mary Cook de ésta, calle Santa María, esquina Gallo.

Deseo saber de Dominga N. de Esquivel, que residía en Santiago. Agradecería me indicaran su última residencia. Carmela de Esquivel, Iquique, Errazuriz 1130.

Mi ideal es el simpático jovencito Segundo Torres de ésta. Si su corazóncito está libre, contestar por la revista. Hará la felicidad de Ketty.

Deseo correspondencia con simpatísimas mocosa de 15 a 19. Próximo a ser aviador. ¿No hay nadie que quiera volar conmigo? La que se interese no saldrá defraudada. Danny Yunker, Correo, Talca.

Je suis un jeune français chilien. Je veux avoir correspondance avec une charmante fille française qui s'ait amante de tous les sports. Siadresser L. G. L., Carnet N.º 36248, Temuco, Luis XV. (Publicamos su carta con las faltas de ortografía que Ud. ha puesto en ella. Se ruega no escribir en idiomas extranjeros sin conocerlos perfectamente).

G. G. G., desea saber la dirección de la señorita A. Briones, pseudónimo con que en febrero del año pasado publicó su ideal en esta revista. Entonces residía en Linares y estudiaba en el Liceo de esa. Contestar G. G. G., Casilla 16, San Javier.

Señora 38, pobre, pero ilustrada, anhela correspondencia con caballero honorable, 45 a 50. Preferencia extranjero. Correo 2, Lady Cerda R.

Triguenea de 18, desea correspondencia con alemán de 25 a 30, educado, serio y trabajador. Prefiero de Valdivia. Antonieta Brete, Correo, Viña.

Deseo saber de Héctor Carmona Riveros. Se encuentra en La Serena. A pesar de haber pasado tres largos meses, guardo en mi corazón cariño hacia ti. Contesta a Correo 11, Providencia, a Inés V.

A Hulan de Tal. Aquí tiene una mujer que nada exige. Si no le soy indiferente escriba a E. V., Correo, San Javier.

“MULSIFIED”

Para 20 lavados \$ 4.— Para 4 lavados \$ 1.—

El mundo elegante de Europa y América emplea exclusivamente el maravilloso “MULSIFIED-CHAMPU” Aceite de Coco.

Abrigos y vestidos para casa y paseo



Abrigo de jerga o de terciopelo de lana de forma recta, con fuelles en el centro de la parte posterior. Una capa bolero cae por detrás, desde los hombros, en movimiento suave hasta el tallo.

Vestido-Abrigo de paño o tweed. La parte alta es recta y sostenida en el tallo con un cinturón y se recorta en forma redondeada sobre un volante en forma. Se completa con una capa fijada a una tira que se anuda delante y puede ponerse y quitarse a voluntad.

Vestido de lana con cuerpo escotado en punta y un grupo de pliegues en el delantero. La falda ligeramente en forma obtiene su vuelo por medio de un grupo de pliegues planchados.

Vestido de terciopelo o de reps. La falda se monta por detrás a un gran canesú y dos pliegues redondeados con intervalo en el centro forman el delantero. El bolero que llega hasta el tallo por detrás, descubre delante una blusa camisa de crispón de China que termina en un cuello redondeado.

Ingeniero extranjero, 30 años, físico agradable, estatura mediana, situación holgada, desea conocer chilena distinguida, de 18 a 22, buena situación. La deseo regular estatura, simpática, educada. Carnet 0875075, Correo 5.

Tengo 42 años, sin atractivos físicos, sobrio y emprendedor; antecedentes modestos, pero honorables. Sólida cultura. Deseo señorita o viuda, seria, bondadosa, y altruista, con profesión o recursos para aunar ambos. Exenta de prejuicios modernistas. Reserva absoluta. Escribir por la revista a Carácter Fuerte.

Marineros, 20 y 19, eficientes y agradables buscamos lenitivo para combatir la nostálgica vida que nos deparó el destino. Las queremos de descendencia e ilustración vasta, siendo nuestra predilección los ojos azules. O. R. G., Casilla 71, Viña del Mar.

Lectoras de «Para Todos», dos muchachos alegres y despreocupados, accidentalmente en un campo en el que se aburren soberanamente, desean correspondencia con lectoritas no mayores de 20 años, que ayuden a combatir esta soledad, bastante espirituales. Quien se interese, conteste a Ramiro del Rivero o a Julián del Valle. Correo, Maule.

Desearía saber por intermedio de esta revista el nombre del joven que me ofrece su amistad, Rosa.

Deseo relaciones con profesional de la provincia de Colchagua, no mayor de 30 años, preferencia ingeniero. Dirigirse enviando foto, sin este requisito no se contestarán las cartas. Adriana Ramirez, Correo, Rengo.

Nuestros pensamientos no se han apartado un instante de los encantos de chiquillas que conocimos en los primeros días de enero en Valdivia; residentes en Lautaro. Sarita, Mary y Olguita Díaz Loyola. ¿Chicas, se acuerdan de los turistas? Si es así, contesten a la dirección que saben.

Ruth Bast y Mary Aburto, desean correspondencia con el negrito Ernesto Miguel y el guatoncito Luiz Zapata. Nos conocieron en el Teatro Central el domingo 18 de enero. Escriban al Conrrro, Concepción.

¡Atención chicas porteñas y viñamarinas! Deseo amistad personal con una de ustedes. Si es morena, ha de tener los ojos muy negros; si es rubia, azules o verde intenso. Romántica, instruida, cariñosa, pero no cursi, que se entregue a un amor bello y sublime y no a ruin pololeo. Comprendo que para el tiempo actual pido un imposible, ¿pero no habrá siquiera una? Este es el ideal de un joven de 18 tristesimos diciembres, que hasta ahora han saboreado la felicidad de amar y ser amado. A la que quede igual, que preciosísimo tesoro escondido en las profundidades del inmenso océano, en esta época demasiado materializada, contestar por esta revista danto, señas personales, lugar, día y hora donde podemos encontrarnos, al pseudónimo de Lolito, el Sentimental, Correo Principal, Valparaíso.

A la señorita Cecilia o Margarita Astaburua, de Talca, le ruego contestar un par de líneas a mis dos últimas cartas enviadas al Correo de esa. El que por un momento sé creyó dueño de su corazón y de sus bellas promesas. Luis, Concepción.

A Sergio Abalos, santiaguino, de ojos azules y pelo castaño, que el año 29 escribió lindas cartas a Amarilis Veezey, de Concepción. Rúegole darme su dirección por medio de la revista. Sourire.

Joven de 18, estudiante, ambiciona relación con señorita hasta de 18 primaveras. Cierzo Otoñal, Correo, Cauquenes.

Ofrezco mi corazón a un lectorcito simpático, dispuesto a amar con locura. Mirna Deluz, Casilla 607, Osorno.

Mi único amor será hasta la muerte, Carmelita de Carrisalillo. Me muero por Ud., no me haga sufrir. Eres mi única ilusión. Contésteme la cartita. Rafael.



Las nuevas medias
Holeproof realzan
el encanto personal

No hay nada que dé a la toilette el toque final de lo "chic" como las nuevas medias Holeproof... porque estas nuevas creaciones Holeproof han sido estilizadas con exquisito arte y en distinguidos colores... de maravillosa novedad y con la duración admirable de siempre.

Medias
Holeproof
(pronúnciese "Jolpruf")

Representante
O. H. MITCHELL
Casilla 1014, Santiago



A la izquierda lindísimo vestido de tarde hecho de flamenga de seda azul marino rayado en blanco; el cuello y los puños son de chine blanco con un biés azul marino; el cinturón es de charol azul marino; modelo de Doeuillet-Doucet. En el centro túnica de crepón de China verde obscuro modelo de Drecoll-Beer. A la derecha vestido de jersey negro, blanco y rojo con falda de godets y cuerpo adornado con secciones y cuellecito de jersey blanco. El sombrero de fieltro negro de la parte baja de la página es una creación de «Georgette».

E. Acabo de regresar. No te escribo porque me dijiste que me castigaría Dios si lo hacía. Helay.

Para Atorrante Vagabundo, he amado y sufrido como tú. Si deseas una amiga buena y comprensiva en mi la encontrarás. Lita Gray, Correo, Copihue.

Joven, regular físico, buena familia, 17 años, busca simpática señorita que ofrezca amor y amistad sincera. No recibe contestación sin foto.: Equirne Otaronok, Gorbua.

Para Sulamita Triste, ruego envíe foto e iniciales y ciudad en que reside. H. Donoso, Potrerillo, Minad.

Deseo amistad con señorita de 20 a 25 años. No exigo belleza, sino corazón. E. Collarte, Tocopilla, Oficina Maria Elena. Correo.

Mi único ideal es J. Huidobro del «Blanco y Negro». Si su corazón está libre y dispuesto a corresponderme, ruegole contestarme. Tristeza Errante, Puerto Montt.

Hildita Escobar Wilson. Si es usted la que contesta en la revista 25 noviembre pasado, escríbame. Canet 433008, P. H., Correo 2, Valparaíso.

¿Dónde estás, Adela Arriagada? No desoigas las suplicas del corazón que te ama. ¿Por qué no contestas mis dos cartitas? Sé que te ibas a Rancagua.

Tengo 37 años. Cansada de la soledad, busco compañero de 37 a 45 en quien depositar mi cariño y confianza, para formar un hogar dichoso. Culto, de buenos sentimientos, ojalá inglés. Agricultor, me encanta la vida apacible del campo. Yo, educada, de familia honorable, físico agradable. Tengo un pequeño capitalito, que juntos colaboraríamos, exigo sinceridad y absoluta reserva. Contestar a C. E., Correo 3, Santiago.

Deseo correspondencia con la señorita Gabriela Verdugo. E. P., Correo, Concepción.

Soy una chiquilla que busca la amistad sincera y duradera de un amigo, para hacer más llevadera su vida solitaria. Triste. No poseo bienes. De él nada exigo tampoco, a no ser sinceridad. Lo deseo un poquito alto, de 25 a 30. Chillán a Santiago. Contestar por la revista a Mari-Blanca, Chillán.

Chiquilla de 15 desearía correspondencia con joven decente, mejor si es dije. Zaide Hanum, Peñaflor.

Mi ideal sería encontrar un joven de 25 a 28, rubio, familia honorable, ojalá descendiente de extranjeros. Yo, trigueña, 20, muy buena dueña de casa. Si alguno de los lectores de esta revista reúne las condiciones anteriores, conteste a Mary Bryand, Correo 2, Valparaíso.

Mi ideal es un simpático marinero del Prat, cuyo nombre es Carlos Delgado. ¿Adivinas quién soy? Contesta por esta encuesta a Tu Nena.

Extranjero solo, aburrido, 26 años, alto, rubio, con auto dos asientos, busca amorcito 18 a 26, regular estatura, no importa situación. Lucrecio Hahlymann, Correo 3.

Mi ideal sería un amiguito de 30 a 35, porque me parece ser esta la edad de la sinceridad y comprensión. No me importa el físico. Sólo deseo un amor verdadero. Yo, morena, edad 26. Correo 3, Valparaíso. Maria de P.

Correo, Calbuco, Santo Mayorga, abogado, desea seguir su correspondencia con su chiquilla, a quien llama siempre Serrucha. Esta correspondencia es con fines matrimoniales.

Maria Norambuena, Correo, Linares, buena familia, desea encontrar amigo 20 a 25, alto, distinguido, buena posición económica.

Mi único ideal eres y serás tú. M. L. del de Quillota. Te conocí hace cinco años, ¿no encuentras muchos años para una amistad? ¿Puedo tener la esperanza de verme algún

día correspondido. Espero tu respuesta. Tu amigo Raúl de la Fuente. Contesta por este Consultorio.

M. C. P., Valparaíso, Correo 3. Su párrafo en inglés está muy mal escrito. Escribir en español cuando se ignoran las otras lenguas. Bastante tenemos ya con las faltas de ortografía en el propio idioma...

¡Jesús, que exigentes son los hombres! Fortuna y belleza debe llevarles la mujer. Pobres de nosotros, que siendo únicamente dos pobres y feas huasitas, estamos condenadas a solteronas. Entre los lectores de «Para Todos», ¿no existiría un hombre inteligente y honrado, que sin bienes de fortuna encierre en su alma la sin igual belleza de ser franco, noble y recto a toda prueba? Físico no importa. Pedimos algo más que una esbelta figura. Nos gustaría de 28 a 40, que sin un pololo acepte nuestra amistad, y con sus cartas alegre nuestra vida solitaria. Tenemos 24 y 26 años respectivamente, sin aumento ni disminución. Si existe algún hombre desinteresado y valiente, que se conforme con nuestra insignificante amistad, dirijase al Correo, Talca. Morocha y Malva Pinochet.

Para Marta Pagador, moreno, nortino, 23 años, alto, sin vicios, si es ideal suyo, conteste a S. Adiaz, Antofagasta, Oficina Pedro de Valdivia.

Es mi ideal un marinero, aunque feo, pero decente, sincero y bueno. Lo deseo moreno, alto 1.65, ojalá de Talcahuano. Yo, morena, regular porte, feíta, seria y de mi casa. Si hay alguien que se interese por mí, conteste enviando foto, que será devuelta si no agrada al Correo, Concepción. L. Pérez.

Yo busco un corazón, regazo y tibio nido

Adiós Vejez

Dirá usted si usa para teñir sus canas
la AFAMADA

Tintura Francois Instantanea

M. R.

la que en algunos minutos devolverá a su cabello o bigote el color natural de la juventud, sea en negro, castaño obscuro, castaño o castaño claro.

De precio económico, en venta en todas las Boticas.

Autorización Dirección General de Sanidad, Decreto N.º 2505.



Tenga Siempre A Mano 3-en-Uno

DONDEQUIERA que Ud. viva, dondequiera que trabaje, se verá rodeado de cosas que necesitan aceite 3-en-Uno para eliminar los chirridos y rechimidos causados por la fricción y el moho.

3-en-Uno lubrica mejor y con menos costo que cualquier otro aceite. Hace desaparecer la fricción, impide el desgaste y facilita la operación.

ción de bicicletas, herramientas, máquinas de coser, etc.

3-en-Uno positivamente impide el moho y el deslustre del metal en cualquier clima.

3-en-Uno no tiene rival para limpiar y lustrar muebles, madera labrada, herrajes de cuartos de baño y toda clase de superficies chapadas y pulidas.

TRES-en-UNO

Impide el Moho ACETIA-Limpia, Lustra

THREE-IN-ONE OIL COMPANY, NUEVA YORK, E. U. A.

para olvidar del mundo la aspereza. Un corazón que hermane su tristeza, su secreta inquietud con dolor. Sueño con almita sencilla y buena, capaz de endulzar todas las amarguras de mi vida. Lucía G., Correo 15, Santiago.

Tres chiquillas rubias y parecidas a Greta Nissen, en físico y peinado a Norma Shearer y a Joan Crawford. Tenemos pesos y queremos chiquillos simpáticos, de 22 a 25, ¡ojalá profesionales. Linares, Correo, 2. Mitsy para cada nombre.

M. C. M., desea contraer matrimonio con simpática chiquilla, gordita, del norte. La que reúna estas condiciones dirijase Correo, Freire.

A Clavel del Aire. «Para Todos» N.º 85. Soy oficial marina mercante. Alto, rubio.

ojos azules, noble, formal. Ruego dar dirección, edad, más datos. Carnet 14107, Correo, Lota.

Para la linda Anita Sepúlveda Cuello, a pesar de los años transcurridos, nunca te olvido, cada día te quiero más, aunque tu fuiste tan mala que nunca contestaste mis cartas. ¿Te habrás vuelto buena y compasiva? ¿Querías que te hiciera la compañía de mi vida? Todo esto te lo digo desde muy lejos, y escúchalo si no te has casado, si no estás de novia o comprometida. L. C. V.

A Fulano de Tal. Por fin le encontré, cuántos piden perfecciones que no podemos reunirlos, sólo Ud. dice para mí la verdad. Yo sólo quiero un alma pura y buena como la que ofrezco. Julia Hernández, Correo, San Carlos.

Para Atorronte Vagabundo. Aquí estoy, y con la infinita ternura de mi alma le ofrezco mi amistad sincera, consuelo y alivio para su dolor. Huerfánita.

¿Encontraré entre los lectores algún chileno o gringuito hasta 30, que quiera ser mi amigo? Soy rubia, alta, 17 años. H. W. U., Correo 3, Valparaíso.

Margarita, quedo encantado de la tuya. Comuníqueme por la revista fecha precisa y lugar. Deseo salir a veranear el 13 de febrero. Enrique.

Para Loreta Fuller, que estaba interna en Chillán y de quien no volví a tener noticias después de las vacaciones de septiembre en que se fue a Linares. No volví a tener noticias tuyas. A pesar de su ingratitud aun recuerdo vive en mi corazón. ¿A qué se debió su repentino silencio? ¿Olvidó su juramento? Conteste cuanto antes al nombre y dirección que sabe.

R. Valenzuela, Correo 2, Valdivia, desea correspondencia con señorita de 15 a 17, con intercambio de foto.

Joven de 29, regular situación, desea conocer señorita o viuda joven. Fines matrimoniales. Antolín F., Rancagua, Correo, Sewell.

Para ti, Armando R. Monreal, van dirigidas estas últimas líneas, antes de partir para siempre de este mundo amargo y engañoso, por la grave e incurable enfermedad que me agobia. Quiero darte el último adiós y decirte una vez más lo que te he querido, cariño que no supiste corresponder. ¿Recuerdas el año 28, cuando el Gobierno te confiaba un cargo en estos tristes parajes, te conocí y te quise mucho, muchísimo, a pesar de que eras bastante picadito de araña. ¿Verdad que sabes quién soy? Cuando te fuiste me me dijiste que volverías. ¿Por qué no cumpliste? Dime, dónde estás, siquiera, o contéstame por esta revista, aunque mis ansias son verte en persona. Si no leyeras estas, no dudo habrá un lectorcito caritativo que te conozca y pueda decirte, o al menos contestar a Enfermita Grave, Puerto Montt.

Soy joven, 22 años, estatura regular, amo el sentimentalismo y la aventura, soy chilote neto, es decir, que mi corazón se mantiene puro. Si alguna chica dulce y compasiva clava sus ojitos en estas líneas y tiene piedad de un pobre provinciano que se muere de amor, puede dirigirse con toda seguridad a Amante Soñador, Correo, Puerto Montt.

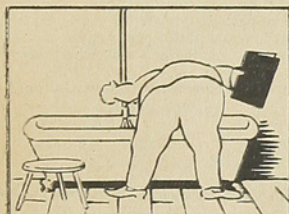
En el número 85 de esta revista, salió un parrufito de 2 amiguitas de Rancagua, cuyas iniciales eran M. E. C. y N. G. G. A. que indicaban sus iniciales. M. E. C. tiene carta en el Correo, pero no la entregan porque está con iniciales, salvo llevando algunos requisitos, como no tengo idea de quien es el que me escribe, y si será a mí o a otra con las mismas iniciales, desearía saber si se dirige al párrafo ya mencionado. En el Correo me dicen que la carta viene de Valparaíso. Conteste por este Consultorio, dando nombre y dirección, entonces escribiré dando el mío para que no haya dificultades.

Desearía saber qué es del joven Victorino Uriarte, que estaba haciendo su servicio militar en San Felipe, y ya fué licenciado. Si él ve estas líneas le ruego me conteste a Correo, Angol, Carlota Soto Menor.

Joven educado, serio, desea conocer señorita o viudita, con o sin hijos, que pueda endulzar mi existencia amargada. Futuro Santiaguino. Casilla 777, Concepción.

Dos chiquillas de 18 y 20, simpáticas, atrayentes, según opiniones

QUE NO LE PASE A UD. ...



Aprovechando la baratura compró "Biblioteca Zig-Zag" N.º 17...



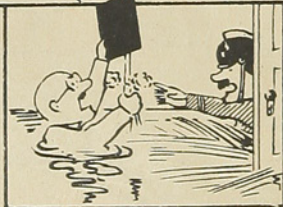
Como LAS DESENCANTADAS es una obra amenisima por demas, aprovecha mientras se llena el baño...



Ya se llenó, se llenó demas; pero... la obra se torna cada vez más amena...

\$ 1.40

Y si no es por el policía muere pensando cómo es que no se había dado cuenta que en "Biblioteca Zig-Zag" se pueden leer las mejores novelas por sólo \$ 1.40



Adquiera el próximo Viernes el N.º 17 de

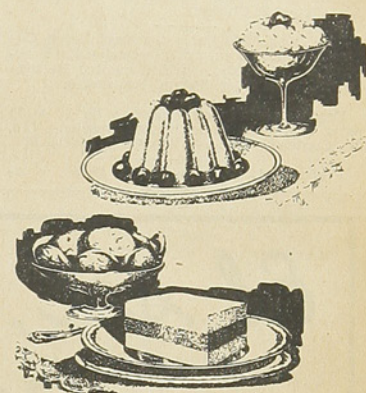
"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"

y lea

LAS DESENCANTADAS — Tomo I; la más interesante de las obras de

Pierre Loti.

El complemento de Una Buena Comida



LA BUENA mesa requiere terminar la comida con algún postre delicioso, alimenicio y fácil de digerir. Todos los platos preparados con Maizena Duryea reúnen estas cualidades y a ello deben su creciente popularidad. La próxima vez que tenga usted invitados o que prepare una comida en familia, ensaye este delicioso.

MANJAR BLANCO

2½ tazas de leche caliente - 1 cucharada de extracto de vainilla - Un poquito de sal - 6 cucharadas rasadas de Maizena Duryea - Azúcar.

Se mezcla la Maizena Duryea con un cuarto de taza de leche fría. Se le pone la sal y se agita, agregándole poco a poco el resto de la leche caliente. Se endulza al gusto. Se cuece al baño de María doce minutos, agitando constantemente hasta que espese. Se añade la vainilla mezclándola bien y se vierte en un molde sumergido en agua fría para que cuaje. Se adorna con frutas de la estación o con crema batida.

Esta receta está tomada del precioso libro de cocina de la Maizena Duryea que gustosos le enviaremos gratis a solicitud.

WESSEL DUVAL Y CIA.

Casilla 96-V. — Valparaíso



MAIZENA DURYEA

horas la he visto con otro. Contestar a su elección. Saylor.

Mi ideal es un simpático teniente de Marina, regular estatura, pelo ondulado, actualmente está en el «Prat». Sus iniciales son Carlos W. S. Aunque me han dicho que está de novio, no pierdo las esperanzas de que su personita se fije en mí, aunque sólo sea para mantener correspondencia. Si no le soy del todo indiferente, conteste a Santiaguina, Correo Principal, Valparaíso.

Mi ideal es un simpático teniente de Marina, que actualmente está en la Aviación. Era de Concepción. Su nombre es Gustavo H. P. de L. Si llega a fijarse en estas líneas, conteste a Penquista, Correo 3, Valparaíso.

Deseo tener correspondencia con Domingo Salinas Silva. Contesté por intermedio de «Para Todos» a Nina.

Para O. V. E. Teniente «C». Rancagua. Caballero, creo reunir las condiciones que usted desea. Tengo 16 años. Soy muy modesta, y poseo un alma tan pura como el agua cristalina. Si es que le soy agradable, escriba a Elsa Aldana, Correo, Valledor.

Para la señorita Myrta Fernández, de Valdivia. Desearía correspondencia con esta simpaticísima señorita. Dé su dirección y conteste por esta revista a Jinete Audaz.

Amo a una niña de Temuco, que era empleada en una cigarrería de Manuel Montt, y a quien decían también Greta Garbo. Contesté a Obscuro.

Cuarentón, buena figura y modales, alegre y de buen pasar, encantado de la vida y de los peces de colores, pero rehacio en absoluto al matrimonio, desea correspondencia por vía de plácido sondeo, con solterona o viuda de 20 a 35. Me comprometo a inculcarle y convencerla de que la vida tiene su lado bello cuando no se está inbuido en ideas a la antigua; que se puede vivir feliz sin arriesgar gran cosa. La que se interese conteste por la revista, dándole su dirección postal para escribirle. Garantizo seriedad y discreción. Postulante.

Lord Spleen, si usted desea una leal amiga, escriba a María Garrido, Correo 21.

A Fulanito de Tal. ¿Qué no posee ninguna de las virtudes que todas desean? Yo te quiero así. Escribe a Riseso. Correo, Almen-dral de San Felipe.

Al Amante Vagabundo. Desearía jugar contigo al amor. ¿Aceptas? Contesta a R. R. Cruz. Correo 5, Santiago.

Atorrante Vagabundo. A tus golpes mi puerta se abrió. Escribe a R. S. S., Almen-dral de San Felipe.

Vagabundo Empedernido, frisando ya los cuarenta, casarse sin pensarlo mucho, con mujercita de 25 arriba, siempre que fuera bella, bien educada, y tuviera más chauchas que él. Feas no escriban. Conde Aburrido. Correo 21, Santiago.

Estoy triste lector. No quiero un amor, porque no creo en el amor de los hombres. Quiero un amigo espiritual que me ame como a una hermanita, buena, y en todo momento sepa comprender y alegrar mi alma. Contesté por la revista dando dirección a Thaila.

Mi ideal es una simpática chica de Hualqui. Su apellido es Villaseñor. Es universitaria. Desearía correspondencia con ella. M. V. B. Correo, Concepción.

Joven de 17 años, moreno, de sentimientos nobles, desea correspondencia con señorita de 17 a 20. Enrique Riveros. Serena, Casilla 222.

Adriana Castillo, 16 años, hastiada de la soledad en que vive, desearía correspondencia con joven no mayor de 20 años. Correo, Linares.

Deseo saber el nombre de las simpáticas señoritas santiaguinas que viajaron de Temuco a Osorno el 1.º de febrero. ¿Recordarán al marino? Contesté Desvalle, Puerto Aysén.

del sexo feo, de familias honorables y muy hacendosas, desean correspondencia, con dos jóvenes no menores de 23 años, ni mayores de 35, simpáticos, buena familia, profesionales o buena posición. Aly y Oly Evans. Correo 2, Chillán.

Somos dos amiguitas inseparables. Nos hemos amado. Desearíamos amistad con jóvenes altos, no mayores de 25. Nosotras 20, muy simpáticas. Contestar a B. M. B., y E. R. O., Talcahuano, Correo 1.

Me gustaría correspondencia con joven inteligente, 20 a 30, No me importa físico, siempre que no sea un mamarracho. Katuisha Kuprin. Osorno, Casilla 607.

Deseo correspondencia con joven simpático, educado, buena familia, alto, mayor de 20, indispensable foto. Leila Adams, Correo, Antofagasta.

Un joven 20 años, militar del Regimiento Maipo N.º 2. Deseo amistad con portañita, de 15 a 17 años. Correo 5, Barón. Roberto Erices E.

Brigadier Enrique R. ¿Estás en Osorno? ¿Por qué tan cambiado e indiferente? Osornina.

Es y será el único ideal de mi vida, un encantador ingeniero parralino. Su nombre es Rigoberto Retamal López. Contesté por la revista a Pasionaria.

Mi ideal es la simpática señorita María Marcos de Cura Cautín. Advine quién soy. Acuérdese quién la quiso al frente de su casa dos años atrás. El tiempo transcurrido no ha extinguido esta amor que de día en día crece. Ruego conteste al nombre que sabe. Lonquimay.

Mi ideal es una niña de 16 a 19, simpática, sencilla, poca pintura y de buena familia. Yo 22, moreno, ojos verdes. Correo 3, Valparaíso. Alfredo H. H.

¡Atención! Somos cuatro nenas que deseamos correspondencia con alemanitos valdivianos que quieran divertirse con estas cuatro castañuelas. Eugenia de 15, morena, Mary, morena, alta, delgada, Nelly, regular estatura, blanca, pelo castaño. ¿Quién dijo yo? Dirigirse Tila Muñoz, Chillán.

Me gustaría correspondencia con el médico de la Escuela de Artillería de Linares. Me han dicho que pololea, pero si no es verdad, conteste a Elena de Grecia, Villa Alegre.

Mi ideal es un joven rubio, alto, ojos azules, que está empleado en el Banco Español. Si su corazón está libre, conteste a Billy Balfour, Correo, Concepción.

Desearía correspondencia con Niko Rendich. Ruego al amigo que lea esto, le avise que conteste a Nena M., Correo, Caldera.

Busco señorita que sepa coser, lavar y planchar. Hacer buenas comidas, buena dueña de casa. Sencilla, cariñosa, sincera. Respetuosa, bonita o fea, decente, y quiero pase de 34 años. Yo, 33 años, pobre, pero trabajador, sencillo, sincero, afectuoso. Si alguna lectorcita, quiere formar hogar, conteste por la revista o Correo Puente Alto, Carnet 1734.

Carnet 193467. Correo Principal, Valparaíso, dos viejos, 22 y 28 años, desean conocer señoritas humildes y buenas. Tenemos porvenir. Garantizamos seriedad. Preferimos empleadas oficina.

A. Harald F., de la Escuela de Artillería Naval de Talcahuano, una morena a quien usted conoció en las fiestas de Primavera, quiere saber si todavía la recuerda, lo que es difícil por ser hombre. Me gustaría saberlo.

Quisiera saber si el marino Mackeny, del Araucano, se acuerda de una morenita distraída de antigua, en las fiestas primaverales de Talcahuano.

Talcahuano, mi ideal es una de las señoritas de Bilbao, entre Toro. A eso de las 21

Mi ideal sería joven serio, ojalá de Concepción. Yo, soy alta, 17, instruida. Si hay alguien que me comprenda, conteste a Correo Central. Francesita Boulevardera.

Deseo correspondencia con joven de familia honorable, de 30 a 35. Yo, 24, estatura 1.70. Físico regular, descendiente extranjeros. Si alguien se interesa, dirijase a Adriana Bisbos, Correo 2, Chillán.

Para la señorita Enriqueta Frost López, Correo 3, Santiago, un amigo que siempre la recuerde. La salud a cariñosamente. Rocambole, Cuartel Silva Palma. Valparaíso.

Deseo amistad con señoritas de 13 a 15 años, educadas y de buena presencia. Yo, 16. Contestar por esta revista a Mario B.

Profesional, 29, alto, buena figura y si-

tuación económica, desea conocer señorita, buena presencia, alta e ilustrada. Indispensable foto. A. G., Casilla 183, Santiago.

Deseo correspondencia con joven de 25 a 30. Soy alta, delgada, y de lindos ojos. Casilla 16, Traiguén. Silvia Ch.

Deseo correspondencia con señorita de buena familia, de 15 a 16. Soy extranjero. 18 años. Casilla 16, Traiguén. Andrés R.

Greta y Norma desean correspondencia con jóvenes altos, de 20 a 30. Nosotras rubias, altas, pelo ondulado. Correo, Los Angeles.

Deseo correspondencia con joven de buena familia, preferio oficial. Yo, 20 primaveras, alta y rubia. Cariño sincero. Los Angeles. Alma Rubens.

Mary Bryrand, Correo, Traiguén, desea correspondencia con joven 30, educado, serio, trabajador. Ella no fea, cariñosa y trabajadora. No ha amado nunca. Se sentiría muy feliz si encontrara un alma amiga que supiera comprenderla.

Deseo correspondencia con joven bonita, de 15 a 22, hija de Chile, el hermoso país amado. Manuel Posada Delgado. Paseo Nariño No 25, San Cristóbal, Bogotá, Colombia.

Chilena joven, no del todo fea, muy buenas costumbres, sincera, desea correspondencia con gringuito de Pórtorillo, simpático, atento, sin vicios. Foto. Ethel R.

Desearía saber de René Ariagada, que vive en Santiago, en calle Libertad. Si recuerdas a la chiquilla de ojos verdes, a la cual en la estación de Parral le regalaste unos versos, te ruego le escribas, que yo te recuerdo. Flor Silvestre. Cauquenes.

Luisa Ida Pérez, envía tu dirección a casilla 1519, Santiago, al amigo antofagastino a quien escribas a Chillán, hace varios años.

Señorita instruida, sericita, de físico aceptable, desea amistad con joven alto, moreno, buenas cualidades, preferio profesional. Quien se interese, escriba a Esshie Watt, Correo, Curanilahue.

A negrita en vacaciones, le encantaría correspondencia con cabro simpático. Indispensable sea un poquito "palo grueso". N. C. M., Correo, Confluencia.

Para A. R. R., Correo, Tocopilla. ¿Por qué no ha contestado mi carta que era en contestación a la suya? ¿O era mucho pedir lo que yo exigía? A. E. J., Correo 2, Valparaíso.

Huérfana de todo amor, 21 años, morena, buen cuerpo, desea amistad con todas las fuerzas de su alma y por vez primera a un amigo de altos sentimientos, inteligente, alma dulce y cariñoso, que con sus suaves palabras venga a endulzar la nostalgia de mi triste orfandad. Buena posición. Que mida más de 1.65. Rubio o moreno, hasta de 35. Myriam Stevenson. Casilla 646, Concepción.

Mi ideal es el moreno que trabaja en la oficina de Reclutamiento de Coronel. Sus iniciales son R. S. Contestar a Correo Coronel. Minerva.

Deseo correspondencia con la señorita E. Bustamante. Yo, chileno, simpático. L. Díaz R. Bellavista, esquina de Loreto, No 211.

Te amo, Corita R. D. Linda, seria y buena. ¿Me corresponderás? G. H. L.

Desearía conocer chiquilla simpática y sincera. Yo, extranjero, 27, rubio, ojos azules, alto y simpático. Correo Central. Joaquín W.

Gladys, alta, 32, bonito cuerpo, espiritual y apasionada, desea correspondencia con caballero hasta 40. Contestar por esta revista, dando dirección o casilla.

Joven, moreno, 1.70, de 19, desea correspondencia con chiquilla que sienta amor verdadero. Manuel Vargas. Correo, Concepción.

Para John Bull, no creo constituir el ideal de alguien, pero como reúno las cualidades que usted exige, me atrevo a contestarle con la certeza de que estas palabras no caerán en el vacío. Becky G., Co-rreo, Curicó.

Deseo joven serio y culto, que desee conocer rubia, esbelta, ojos azules, inteligente y comprensiva. Patricia Viel, Correo Central, Santiago.

*El sol, el mar
y...*



COLECCION UNIVERSO

suman „Felicidad“

Lea el N.º 9 el Viernes 13 de Marzo
y haga suyos

\$ 735

que regala en este número esta prestigiada publicación quincenal. En su N.º 9 "COLECCION UNIVERSO" edita la incomparable obra de LEONHARD FRANK, amena e instructiva, deliciosa.

CARLOS Y ANA

COMPLETA

Si desea que todos los números lleguen a su casa, sea donde usted esté en Chile, y por un precio inferior al que le cuestan.

¡ SUBSCRIBASE !

Anual, corresponden 26 núms. \$ 32.—
Semestral, corresponden 13 núms. \$ 16.50

PEDIDOS Y SUBSCRIPCIONES:
"COLECCION UNIVERSO".— Casilla 84-D. — Santiago.

\$140

Casada por Dinero

Por
CONCORDIA MERREL

En los lindos labios de la muchacha había un gesto de energía nueva; una nueva determinación en los bellísimos ojos azules.

—Con mucho gusto, querida, si tú eres tan amable que me informes de cómo ocurrieron exactamente las cosas. Hasta ahora debo confesarte que voy un poco a oscuras.

Hizo una pausa y continuó, con una marcada desconfianza:

—Todo lo que sé es que Adán Gault te dejó en la salita de música anoche y vino junto a mí, cogiéndome las manos —sinceramente pensé que el buen hombre iba a besarme — y dijo que se había realizado el milagro más asombroso; que él no podía consentir que se realizara sin que yo lo supiese, y mil cosas por el estilo.

—¿Y el milagro era — puntualizó, lenta, Linney, — que él me amaba?

—No, querida — y la señora Sheridan arrojó al rostro de Linney, que enrojeció, la respuesta: — El milagro era que tú le amabas a él. Y que había ya una especie de inteligencia entre vosotros — continuó, — y que él era el hombre más feliz y más agradecido de la tierra.

—¿Y tú le respondiste...? — interrogó Linney, esforzándose en dar aplomo a su voz.

—Bueno, queridita, yo le dije desde luego que aquello era asombroso, rápido, inesperado.

—¡Inesperado! — Y la palabra brotó de los labios de la muchacha con un dejo de amarga ironía.

Querida mía, te aseguro que yo no lo esperaba... TAN PRONTO.

—Y tu comentario interior, ¿cuál fué?

—Puesto que hemos convenido en decirnos las cosas tal como son, no te oculto que fué: "¡Qué maravillosa ha sido esa chiquilla, llevándole a este punto tan rápidamente!"

—La noche pasada hubiera dado cualquier cosa por deshacer lo hecho — exclamó Linney, y se levantó al pronunciar estas palabras, volviéndose bruscamente hacia la ventana. La señora Sheridan la miró con ojos escrutadores; de repente, la muchacha se dirigió a ella:

—Maravilloso haberle llevado a aquel punto tan rápidamente — dijo con amargura; — si, era maravilloso, ¿verdad? Maravillosamente fácil, cuando un hombre está sugestionado por una mujer como Adán Gault lo estaba por mí. Bastaba decir una palabra para verlo a mis pies. Y... la dije, le miré y le sonreí. El no hubiese hablado jamás si yo no le hubiese dejado. ¿Dejarle? Obligarle a ello... Se detuvo, pues su voz traicionaba su interior turbación. — Y cuando hablé — siguió diciendo lentamente — mostré un corazón tan sencillo, tan leal, que casi tuve... miedo. ¡Y dijo que no era digno de mí! ¡No era digno de mí, que le había tendido una trampa infame! ¡Si tú pudieses comprender lo que sentí al advertir que era yo la indigna de mirarle siquiera...! — Y otra vez volvió la espalda a su madre.

—¿Y... y ahora? — inquirió la señora Sheridan, que aparecía impasible, pese a su profunda ansiedad.

—Ahora — dijo Linney sin mirarla, — ahora voy a pagar mi deuda. Voy a hacer la única cosa que está en mi poder para compensar el mal que hice.

—Y eso, ¿qué es? — El corazón de la señora Sheridan latía más de prisa al formular la pregunta; hacía muchos años que nada había tenido la virtud de conmoverla hasta tal extremo.

—Ahora voy a hacer todo lo que de mí dependa para explicar mi conducta. Si aun lo desea, me casaré con él y haré cuanto esté de mi mano para darle la felicidad.

La señora Sheridan sintióse aliviada de un peso.

—Mamá — al hablar volviéndose Linney hacia ella y la miró con concentrada fijeza, el rostro tenso y voluntarioso, — si te atreves alguna vez a insinuarle siquiera que yo no soy... sublimemente feliz... — Su voz ahogó en un sollozo mal dominado y, contentiéndose, salió apresurada de la habitación. La señora Sheridan rióse, satisfecha.

—Como si ella fuera a insinuarle semejante cosa! ¡Como si no estuviera aún gozándose en el éxito de su última maniobra, de su última habilidad! Porque a sus tretas atribuía todo el triunfo de lo que, para su fuero interno, llamaba brutalmente "la pesca de Adán Gault". Dejaba Linney a su propia iniciativa, estaba segura de que no habría sido capaz de conducir las cosas a buen término, a pesar del impulso de su vanidad, dolorosamente lastimada por primera vez en su vida... Además, empezaba a descubrir que Linney era una muchacha

con una conciencia que en muchas ocasiones podía ser un lastre inconveniente... Lo que no se explicaba era de dónde habría sacado su hija la conciencia aquella.

—No habrá sido de mí, desde luego — se dijo riendo; — por algo he dicho siempre que Linney salió más a su pobre y querido padre... Es lamentable, pero es así. Menos mal que el padre es guapo y también ella ha heredado la belleza física... Sin esa belleza, me hubiese yo ahora visto en un grave aprieto... — Y sus ideas siguieron alegremente por tal curso.

Las cosas marchaban bien, después de todo. Y aun se afirmó más en tal convicción, cuando, diez minutos más tarde, Gault fué anunciado.

—¡Oh, mi querido muchacho! — dijo levantándose para saludarle. — No estoy todavía oficialmente levantada, pero usted es siempre bien venido. Siéntese y tome el desayuno.

—No, gracias; ya desayuné — dijo Gault, y en seguida: — ¿Dónde está ella?

—Vistiéndose; tendrá usted que tener un poco de paciencia.

—Oh, no importa. Es a usted a quién he venido a ver.

Ella le envolvió en una mirada felina y dijo: con un aire perfectamente simulado de sentirse agradecida por tal honor:

—¿A mí? Adán Gault, tiene usted una manera de desconcertarme... Anoche me dejó usted viendo visiones; y ahora, otra vez...

El se reía. La comedia de aquella mujer era irresistible, tanto más cuanto que él ni remotamente imaginaba que fuese una comedia, sino la alegre expresión de un corazón feliz.

—Oh, si, desde luego — continuaba ella; — tiene usted que pedir mi consentimiento y toda esa serie de formalidades, ¿verdad? Pero, hombre desconcertante e inesperado, usted debe saber que las hijas modernas deciden por sí mismas esa clase de asuntos. Y, después de lo de anoche, ¿qué me queda a mí por decir... si no es bendeciros, hijos míos?

Ella se había sentado de nuevo y, por encima de la mesa, Gault alargó su fuerte mano y se apoderó de las de la dama.

—Gracias — dijo, y riendo, continuó: — Pero yo no había venido para eso.

También ella se rió.

—Bueno, ¿no es esto típico? ¡Ni siquiera se le ocurrió a usted preocuparse de mi consentimiento!...

—¡He obtenido ya el de ella! Perdone, señora Sheridan, si parece que me olvido de que se necesita algo más.

—¿Su consentimiento? — dijo, riéndose otra vez, — yo mejor diría que usted tiene... ¿sabe que mi pobre chiquilla no ha dormido en toda la noche pensando en usted? — Sus ojos le miraban inocentemente, pero en su fuero interno, pensaba:

"¿Cuánto he dicho yo en mi vida una cosa que fuese más exactamente verdad?"

—¿De veras no ha dormido? — exclamó, enrojeciendo y turbándose como un muchacho. — Me siento transportado al paraíso oyéndolo y, sin embargo, siento que haya perdido su sueño... No porque su belleza lo necesite como un tónico. Señora Sheridan, ¿no le conmueve pensar que usted ha traído al mundo esa exquisitez de chiquilla...?

Ella le guiñó el ojo graciosamente, con un gesto que la favorecía:

—Se acuerda usted entonces, de que yo tengo alguna participación en ella?

—¿Alguna participación? Mire, señora Sheridan, yo también he estado despierto toda la noche; y cuando no evocaba la dulzura de sus ojos, o el encanto de su sonrisa, o su rubia cabellera de ángel, pensaba: Dios bendiga a su madre, que la hizo como es... ¿Alguna participación? Si, y además...

—Querido muchacho — murmuró ella, — va usted a hacer que me envanezca y no debe hacerlo; sería una cosa tan boba a mi edad...

Le miró ahora con un gracioso gesto de malicia, y continuó:

—Dígame lo que quiera decirme, porque dentro de un minuto Linney estará aquí y hay poca probabilidad de que me hable a mi sola desde el instante en que ella entre en escena. Ante la invitación, él lanzóse a explicar la razón de su visita.

—Sólo esto: que yo necesito ser educado para su nena, y quiero que sea usted quien me eduque.

—¿Educo? — inquirió ella con los azules ojos inocentemente abiertos.

— Socialmente — explicó él. — Deseo que me señale usted el buen camino; que me enseñe a ser un hombre de su altura social. Tengo un montón de dinero, ¿sabe?

— Como si ella no lo supiese!

Y no me importa cuánto haya de gastar, a condición que usted me enseñe cómo gastarlo.

La señora Sheridan bajó los ojos para evitar que su brillo la traicionase. Veía ya ante ella maravillosas posibilidades y proyectos. ¿Enseñarle cómo gastar su dinero? Si, ciertamente ella se creía capaz de hacerlo.

— Yo... yo... no creo... — comenzaba.

— Diga, ¿es que soy un caso tan sin esperanza? — preguntó bruscamente.

— No. ¡Oh, no; no me refería a eso! Sólo que...

— Entonces, ¿qué? ¿Cuál es la dificultad? ¿Dinero? No piense más en ello. Yo soporto todos los gastos.

No pensaba en eso — replicó ella, — con tal indiferencia, que dijérase que jamás dedicaba al dinero un sólo pensamiento. — Pero, ¿qué es exactamente lo que usted quiere?

— Qué haya alguien que me diga, sin disimular ninguna verdad, los disparates sociales que vaya cometiendo; quiero que alguien converse conmigo, dándome así ocasión de practicar; quiero que haya alguien que de nuevo me lleve a la escuela... y me pule... — Rióse con su sonora risa de muchacho, pero su aspecto era serio.

— Pero no le importará a usted que yo le llame la atención sobre cualquier pequeña pifia que usted pueda cometer? ¿No se molestará?

— Siendo por ella, en absoluto.

— Pero Adán, me permite usted que le llame Adán, ¿verdad? ¿Desea ella algo de todo eso? ¿No ha realizado usted ya una conquista bastante arrolladora?

— Ella puede ahora pensar que no desea nada más de mí; pero lo desearía después. Ha de desear que yo pueda ocupar airoosamente un puesto al lado de cualquiera de sus amistades. De las amistades a que está acostumbrada. He pensado bien en todo esto y estoy seguro de estar en lo cierto. Yo soy mayor que ella; ella ha visto más de un aspecto de la vida que yo no he podido ver, pero, en conjunto, sé más de la vida en general que ella. Y adivino perfectamente, porque está en el fondo de la humana naturaleza que así sea, que desearía de mí que fuese un montón de cosas que ahora no soy; que nunca tuve tiempo de ser. Que nunca desee ser, a decir la verdad.

— Usted le gusta a ella... no, ella le ama, esa es la palabra, ¿verdad? Tal y como es, ¿cree usted que ella me dará las gracias por entrometirme?

— Quizás no, al principio. Pero más tarde, sí. A ella le gusto... digo, me ama — y se rió feliz — como soy. Esta es una bendita verdad. Mas ella misma desearía después que yo hubiese adquirido el barniz social. Lo sé. Y en todo caso, deseo, por mí mismo adquirirlo. Aunque la apartemos a ella de la cuestión, yo quiero que usted me pule.

— ¡Ah!, la cosa así ya es distinta — dijo con rapidez la señora Sheridan.

Era justamente lo que había estado esperando que dijese. No quería lanzarse a tal faena sólo por favorecer a Linney, pues Linney podía entonces cortar por lo sano declarando que no le interesaba tal aprendizaje. Pero si la señora Sheridan podía en todo momento replicarle: "Querida, es él quien lo desea", ¿qué podría argüir ya? No iba a ser tan poco amable que insistiese en que él no hiciese una cosa que deseaba.

— Usted desea un guía social filosófico y amistoso — continuó. — Comprendo perfectamente. Alguien a quien volver la vista en cualquier perpallada social. ¿Supongo que el hacerse el Rey del Hierro no le ha dejado mucho tiempo libre para adquirir lo que de un modo escueto ha llamado usted el "barniz"?

— Mi padre fué un obrero, señora Sheridan, y yo he sido también un obrero toda mi vida. Y al decir un obrero quiero decir un obrero, un trabajador, en el sentido estricto de la palabra, no un hombre que por su gusto trabaje; fui obrero porque necesitaba serlo, y porque obrero había nacido. No tengo otra educación que la de la escuela primaria; deseo que usted entienda claramente todo esto. Y si ahora tengo un montón de dinero, es porque he conseguido realizar con éxito grandes negocios en las Fundiciones Gault. Actualmente es una de las factorías más grandes del país, en su género.

Nada de esto fué dicho orgullosamente, sino sólo como haciendo constar un hecho.

— Me parece maravilloso — exclamó la señora Sheridan.

— Llegar a ocupar una posición semejante, empezando de... ¿de qué dijo usted que empecé...?

— De mozo de limpieza. La fábrica "Gault" era en aquellos tiempos "Trevor"; mi padre era uno de los capataces; consiguió aquel trabajo para mí, me puso una escoba en la mano y me mandó barrer el patio. Así es como empecé, señora Sheridan.

— Espléndido. Después de todo, no hay mejor maestro que la vida, — murmuró, sin saber exactamente dónde había oído aquella frase, ni preocuparse mucho de ello. Estaba segura de que se repetía con tanta frecuencia, que los derechos de autor debían ya de haber prescrito.

— Y, de mozo de limpieza, se convirtió usted en propietario... ¡Maravilloso! — continuó.

— Primero fui socio — dijo él. — Después el viejo Trevor vendió la fundición; estaba ya cansado y quiso librarse de aquel trabajo. Además, era un solterón, el último de su familia; no tenía a nadie que pudiese continuar su obra, ni preocuparse de si él estaba vivo o muerto. Y así, la fábrica de Trevor se convirtió en la fábrica de Gault.

— Y debido enteramente a su propio trabajo e iniciativa. Usted habría de sentirse muy orgulloso Adán. Pero todo eso hace que resulte más absurdo el que usted solicite mi ayuda.

— Y extendió sus lindas manitas en un gesto de desmayada impotencia.

— Usted quiere tener un yerno del que no tenga que avergonzarse, ¿no es verdad? — dijo bruscamente.

Ella se rió, alegre.

— Planteando así las cosas es como si apuntara usted a la cabeza de uno con una pistola. ¡Qué persona tan... arrolladora es usted!

— ¿No advertió usted la otra noche lo embrollado que me vi con el servicio de mesa, de plata?

— Bien; no usó usted siempre el cubierto... convencional, pero ¿qué importa eso?

— Importa. Y usted lo sabe. Sinceramente, ¿no hubiese usted sentido que hubiera mucha gente a cenar la otra noche? Séame franca ahora; me interesa de verdad saberlo...

— Bueno, siendo así — comenzó ella, con aire de hacerle saber, tíenamente, una desagradable verdad, — es posible que lo hubiese sentido; sobre todo, si yo hubiera sido su mujer. — Añadió esto como una idea secundaria, pero resultó una obra maestra de estrategia. De nuevo volvió a la imaginación de él el punto de vista de Linney, de una manera muy delicada, pero sin escape. Y fué dicho con tal vacilación, de un modo tan inocente, que resultaba imposible ofenderse.

— Y hay tantas cosas que un hombre puede hacer mal... El comer es sólo uno de los cercados en que quiero entrar. Están también los trajes, las visitas, los restaurantes, los bailes... aunque le advierto que nunca podrá usted hacerme bailar... — amenazó, riéndose. — Ahora, señora Sheridan, sea usted buena persona: venga en mi ayuda. Usted puede hacerlo, lo sé; bien veo que sabe usted de memoria todos los detalles sociales. Ha nacido para ese ambiente, ¿no es verdad?

— Bien, sí, pero... — admitió, modestamente.

— Eso es precisamente lo que yo deseo. Alguien que de veras sepa las cosas. — La miró de un modo persuasivo, pero en su mirada había un destello que indicaba la firme voluntad de conseguir lo que rogaba. Ella también quería que lo consiguiese. Jamás quiso nada más sinceramente. Todas sus objeciones habían sido sólo un papel bien representado; no quería aparecer demasiado anhelosa. Y no lo pareció en absoluto. Si Linney formulaba un reproche, ella podría jurar con la mano en el corazón que no había dicho ni una sola palabra para animar a Gault...

Capituló con un gracioso aire de rendición.

— ¿Qué puedo decir que no sea: "Sí, lo haré?" — dijo sonriéndole.

— Démonos, entonces, un apretón de manos para sellarlo, — y de nuevo la mano fuerte se apoderó de las suyas, estrechándolas cordialmente.

— Ahora voy a vestirme de un modo más conveniente para el mediocridad, y diré a Linney que está usted aquí. Venga a la sala de confianza y espérela — dijo levantándose y sonriendo del modo más dulce y amistoso.

Cuando bajó Linney, vestida con un sencillísimo traje de hilo azul, adornado de amplio cuello y puños blancos, halló a Gault en la sala, mirando por la ventana y dando la espalda a la puerta de entrada. Permaneció un momento en umbral, mirándole, y sintiéndose atrozmente nerviosa. Pero ella ya se había trazado la conducta a seguir y procuró serenarse para representar su papel.

— ¡Adán! — llamó suavemente; y una timidez no fingida puso un trémolo en su voz.

El volvióse en redondo y se quedó mirándola, en adoración por un momento; luego:

—La misma Eva jamás pudo decirlo con más dulzura! — murmuró.

Ella enrojeció vivamente.

—No se burle... Hace falta mucho valor y fuerza de voluntad... — dijo, riendo, insegura.

—Dulzura, ¿es cierto? ¿Fue una realidad la última noche? — interrumpió él de improviso, sin moverse.

—La última noche fue una realidad; y yo también lo soy. Y todo es completamente verdad. — Procuró en vano mantener la voz serena; temblaba, y las últimas palabras fueron apenas perceptibles. La emoción que descubría, le arrastró a él a su lado.

—¡Completamente verdad! — repitió, mirándola. — ¡Entonces, ¿tú eres mía?

—Soy tuya. — Le miró titubeando; él permaneció silencioso tan largo rato, que ella añadió: — Si aún lo deseas.

—¡Sí...! — la frase brotó mezclada a una risa, — ¿no sabes que hablando de esto no cabe el condicional?

—Bien—replicó ella pausadamente. — Pero como no me decías nada, yo me preguntaba...

—Estaba diciéndome a mí mismo que no te hiciese deplorar el ser mía por... se interrumpió.

—¿Por...? — inquirió ella.

—Por cogerte en mis brazos y estrujarte hasta hacerte daño — concluyó bruscamente.

De nuevo ella le miró, diciendo, lenta:

—Soy tuya, ya lo sabes.

Pero él no quiso cogerle la palabra.

—¿Te acuerdas de lo que te dije anoche? ¿Qué nada te pedía?

—Sí—respondió, desviando la mirada.

—Pues bien, amor mío, lo mantengo. — Y se apartó de ella. Cuando de nuevo habló, para referirle la conversación sostenida con su madre, el tono de su voz era completamente distinto.

A ella no le satisfizo mucho la idea. Pero él se lo dijo de un modo tan sencillo al par que tan serio, que no quiso contrariar haciendo oposición alguna a sus deseos. Sólo le dijo:

—Me gustas como eres; ya lo sabes. — Lo que le hizo sentirse inmediatamente feliz.

—No voy a cambiar—le prometió. — voy sólo a aprender unas cuantas cosas de las que nunca me había preocupado. Y tú también me ayudarás, ¿verdad, dulzura?

—Si estás seguro de que serás siempre el mismo, y si siempre tienes presente que yo no te pedí que lo hicieses... mejor dicho, que en realidad no lo quiero, ni lo juzgo en absoluto necesario...

—Te lo prometo, querida... Pero siento que hay algo que te debo a ti... Algo que me debo también a mí mismo. Algo, quizás, que debo de igual modo al Destino, comprendeme bien, por conducirme hasta ti, y a ti hasta mí. — Y apoderándose de las dos manos de la muchacha, se las besó gentilmente.

Tan pronto como se fué, Linney atacó a su madre.

—Mamá— inquirió, de pie en al escalera, mirando hacia arriba con el rostro encendido, y cara a cara, a la señora Sheridan. — ¿qué es lo que vas a hacer?

—¿Yo, querida? ¿Acerca de qué?

—Acerca de Adán y del convenio que él y tú habéis establecido.

—¡Oh, eso! Pues bien, querida, el pobre muchacho se da un poco cuenta de su... falta de soltura social. Después de todo, Linney, no hay que disimular el hecho de que él ignora cómo comportarse.

—¿Ignora cómo comportarse! ¿Por qué no supo qué hacer con el bol de cristal para limpiarse los dedos? — Y Linney rió miserablemente. — Hagamos nosotras lo que hagamos, pensemos lo que pensemos y seamos lo desleales que seamos, se dice que nos comportamos bien. ¡Oh qué repugante, pequeño y estúpido es todo! Pero, mamá, si le ayudas en el sentido que habéis tratado, acuérdete de que no debes ir más lejos.

—¿Más lejos? ¿Qué quieres, querida?

—Que no debes, hablando claro, tocar un sólo céntimo suyo. Te ruego que recuerdes bien esto. — Y Linney volvióse, bajando de nuevo las escaleras.

CAPÍTULO VI

Una conversación sorprendida

Para sosiego de Linney, Gault tomaba sus lecciones sociales con perfecto buen humor. Cuando necesitaba alguna corrección, la señora Sheridan se lo indicaba con el mayor tacto

y discreción posible, y él la escuchaba como si se tratase de las figuras de un juego muy divertido. Jamás se sintió mortificado; jamás mostró avergonzarse lo más mínimo. Quizás sabía demasiado bien que las cosas a que acostumbraba faltar eran insignificantes, aunque necesarias, y por tanto no había motivo alguno de avergonzarse. El honor suyo hay que decir que aprendió las lecciones con extraordinaria rapidez; no malgastó tiempo en salidas por la tangente, sino que fue recto a conseguir su objeto.

Linney hubo de admitir también que, como guía a través del laberinto de la social etiqueta, su madre difícilmente podría ser igualada. Tenía un tacto exquisito, y su ayuda era inteligente y de valor. Poseía una maña especial para ver los defectos principales del neófito, y una manera irreplicable de señalarlos.

La primera cuestión había sido la relativa a los trajes. La señora Sheridan le envió a los herméticos misterios de Saville Row, y tuvo la satisfacción de verle entrar por un lado como si llevase escrito en sí por todas partes "Provincia", y salir por el otro discretamente registrado "Ciudad". Jugaron a lo que él llamaba riéndose el "juego de la cuchara y el tenedor", que era el juego de aprender cuáles eran los cubiertos con que debía comer cada plato determinado. Ella organizó algunas fiestas: té, comidas, teatros y cenas, pequeñas en un principio para lanzarle, pero más importantes y de mayor etiqueta después, conforme él iba acostumbrándose a la nueva vida. El tomó aquello tan en serio, con una sencillez tan grande, que un plazo asombrosamente corto estuvo al corriente de los procedimientos sociales que en un principio le habían embrollado.

La señora Sheridan estaba en su elemento. Con dinero ilimitado y con carta blanca para arreglar a su antojo el aspecto social, sentía que la vida volvía a ser una cosa agradable. Hizo circular la noticia del compromiso de Linney con Adán Gault, el gran Rey del Hierro, con toda la rapidez que le fué posible. Aparecieron en los periódicos gacetas y fotografías; fueron entrevistados juntos y separadamente; fotografiados cuando paseaban; rogada su opinión sobre las cuestiones más variadas y dispares. A Gault le divertía todo aquello como una travesura, pues había en él mucho de niño grande, más para Linney llegó algunas veces a constituir una verdadera tortura. Cada detalle le recordaba la forma en que ella había llegado a consolidar aquel compromiso; cada vez que oía que la felicitaban a él, la amarga ironía de las cosas la hería como una puñalada. ¡Felicitado por haber caído en la trampa de aquel noviazgo!

Estaba también desasosegado por la situación de su madre. No podía precisar el por qué de su inquietud, pero tenía el sentimiento punzante de que algo no ocurría como debiera. No podía alejar la sospecha de que en aquel juego de guía social había más que lo que la astuta señora Sheridan le había hecho ver a ella. Estaba acostumbrada a conversaciones y entrevistas de toda índole, de manera que aquel aspecto no la preocupaba; lo que sí la preocupaba, y mucho, era que su madre no estaba ya acosada por las deudas, y aunque la señora Sheridan le dijo, cuando a quemarropa le pidió una explicación, que la noticia de su noviazgo había serenado a los acreedores, Linney no se sentía enteramente satisfecha.

Un día fué a dar un paseo al campo con Gault, en el soberbio automóvil de éste, que él mismo conducía. Se lo pidió ella deseando libertarse alguna vez de las cosas, como a sí misma se decía.

No es que se sintiese en paz con Gault; no podía estarlo. Pero experimentaba una cierta sensación de sosiego estando junto a él, por el placer que sabía le proporcionaba... Paseaban por un bosque fragante de Hertfordside, sobre una alfombra de agujas de pino, cuando Linney, volviéndose de improviso, sorprendió los ojos de él fijos en ella, con aquella expresión de profunda adoración que siempre la hacía avergonzarse en el fondo de su alma.

—¡No! — dijo bruscamente, con una extraña nota en la voz. — No me mires así, como... como si yo... fuese tan rara y especial...

—Dulzura, eso es lo que a mí me parece—respondió con sencillez.

—¡Oh! ¿Por qué, por qué? — exclamó, atormentada por su fe en ella.

—¿Por qué? Es muy claro. ¿No te has mirado nunca al espejo, Linney? — bromeó sonriente.

—¿Es sólo por mi belleza por lo que me quieres, Adán? — preguntó.

—¿Eso me preguntas? ¿Qué he hecho yo para que lo puedas pensar?

—No lo pienso; pero... Oh, no sé... Las cosas parecen

—Dulzura, ¿qué es lo que te tiene disgustada?
tan complicadas algunas veces...

—No, no... te preocupes por mí... Me he acostado tarde demasiadas noches; hemos tenido demasiadas fiestas... eso es todo—le aseguró, apresurada.

—Tu mamita no ha dado reposo, ciertamente, a mi educación social... Y lo estoy agradecido—dijo sonriendo de nuevo.

—¿Tanto te gusta, Adán?

—Bueno, como una cosa permanente, no. Pero he tenido sólidas razones para desearlo.

—Yo casi aborrezco eso...—dijo ella con vehemencia.

El se volvió a mirarla con rapidez.

—Estás cansada, dulzura... Te hemos zarandeado demasiado.

Ella miró hacia abajo, removiendo, inquieta, con su piecico, las agujas de pino.

—¿Deseabas tú que mi madre lanzase a los cuatro vientos la noticia de nuestro noviazgo, como lo ha hecho?—le preguntó tras un instante.

—No. En realidad, yo no lo deseé. Apenas si he considerado que estuviésemos comprometidos... definitivamente...

—¿No? ¿Por qué? ¿Es que tú no lo quieres?—preguntóle.

—¿Si no lo quiero?—replicó con un eco.—Sí, lo quiero y lo he querido siempre. Mas recuerda, dulzura, que prometí no pedirte nada hasta igualarme algo a ti...

—¡Ah, no... no!—imploró ella.

Entonces diré hasta aprender los detalles que hagan de mí un hombre como los de tu círculo social—corrigió él.

—Tú nunca serás un hombre como los de mi círculo—exclamó ella,—y me felicito. Jamás he querido que fuese así. Te quiero siempre tal y como eres. ¿Crees que yo admiro a los estúpidos e inútiles hombres de mis relaciones?

—No, quizás no como hombres. Pero ellos recibieron una educación que yo no recibí y que es bueno tener, dulzura... No hay por qué desvirtuar la verdad.

—¿Y tú crees que no estamos definitivamente prometidos hasta que aprendas todas esas cosas? ¿Hasta que seas igual hasta que aprendas todas esas cosas? ¿Hasta que seas igual a mí? Adán, tú no sabes lo que yo siento cuando dices cosas así... Yo siempre creí que nuestro compromiso era definitivo... Para mí lo era... Yo quise que lo fuese...

—Era el definitivo entre nosotros, dulzura... Pero yo no quería que se hiciese público y se lanzase a los cuatro vientos por si acaso tú cambiabas de modo de pensar... Por si yo resultaba incapaz de pulirte y educarte socialmente...

—¿Creste en la posibilidad de que yo cambiase de idea, Adán?

—No, amor mío... En realidad, no. Pero fué una cosa tan rápida, tan impensada... Un instante. Nos conocimos y en el acto nos sentimos enamorados... Es así como ocurría, ¿verdad?

—Casi... Sí... Sí; así fué—dijo ella, balbuceando un poco.

—Fué un milagro, y los milagros, por su propia naturaleza, no se pueden dudar, ni escudriñar, ni razonar... Pero yo soy un pobre diablo, Linney, y apenas me parecía posible que el milagro te hubiese envuelto y arrastrado a ti, como hizo conmigo... Y creí un deber no hacer nada que significase una dificultad para ti, si tú deseabas... Oh, dulzura, no me pareció delicado atarte moralmente demasiado aprisa...

—Pero mi madre se ha apresurado a hacer el asunto del dominio público.

—Yo no le dije que no lo hiciera. Era natural que creyese que nosotros lo deseábamos.

—Yo lo deseaba. Y estoy contenta de que lo haya dado publicidad. Yo nunca quise que... ni siquiera pensé que... nuestro compromiso no fuese definitivo... La idea es tuya, Adán, no mía. Recuérdalo siempre.—Y dijo todo esto con una sorprendente vehemencia angustiosa... que le hizo a él volverse a mirarla de nuevo.

Y, tras un silencio:

—¿Cómo voy, Linney? Hace ya más de un mes que empecé... mi aprendizaje—dijo él riéndose.—Dime: ¿me he acercado ya algo al tipo vuestro? ¿Voy haciendo progresos?

Ella se detuvo bruscamente y le miró cara a cara, con el rostro tenso e inmóvil.

—Adán, ¿me amas realmente?

Asegúrame el sonriendo que realmente la amaba.

—¿Y quieres complacerme?

—Antes que nada en el mundo.

Entonces, no vuelvas a decir... que no eres digno de mí.—Y su voz temblaba; él se inclinó hacia la muchacha.

—Eres una chiquilla adorablemente parolal—susurró,—

que no admite una falta en el hombre a quien quiere, ¿verdad?

—Y, para aflicción suya, vió que Linney se sentaba de improviso en el tronco de un árbol caído y, bajando la cabeza, rompía en llanto. Por un momento la miró desconcertado; luego, fué a arrodillarse junto a ella.

—¿Querida!—murmuró, penosamente turbado. Ella alzó un rostro enrojecido y surcado por las lágrimas.

—No me creas... tan angelicalmente buena... y exquisita—dijole apasionadamente—como si nadie fuera bastante para mí...

A mí me parece que nadie lo es... por más que se lo ponga.

—Por eso te mantienes a distancia... no me pides nada... porque no te crees con mérito suficiente... Me haces avergonzarme más y más...

—Tengo unas manos tan rudas, dulzura... Soy un obrero, nada más. Y tú, tú eres como un sueño de hadas. Si te cogiese entre mis rudos brazos, no se encontraría nada de ti...—procuraba hablar a la ligera, pero su voz traicionaba, temblorosa, la turbación interior.

—¿Y sabes lo que tú me pareces a mí?—preguntó ella, en el mismo tono ansioso y tenso.—Me pareces mucho... mucho mejor de lo que yo podré nunca ser... y me haces sentirme pequeña y miserable...

Nunca la había oído hablar con tal calor. Sintióse emocionado y con la cabeza no muy firme.

—¿Son esos tus sentimientos verdaderos, amada mía?—susurró.—¿Qué yo estoy de veras a tu nivel? ¿Qué...?—Ella le tapó la boca con la mano, interrumpiéndole:

—¿A mí nivel? Yo no estoy a la altura suficiente para... mirarte, Adán. Pero procuraré alcanzarla. Lealmente, debo procurarlo, lo procuraré...

El se había puesto en pie y permanecía mirándola, con ojos radiantes:

—¿Puedo darte un beso, dulzura?—Las palabras sonaron serenamente, muy suaves, en el silencio del bosque.

Ella se levantó y también quedóse en pie junto a él, palpitante y temblorosa.

—Déjame dártelo... Es cuanto puedo hacer... como una compensación—exclamó. Pero sus últimas palabras se perdieron al encontrarse ella envuelta en un estrecho abrazo.

Y allí, a la sombra perfumada de los pinos, temblándole fuertemente estrechada contra sí, inclinóse hacia ella y le dio el primer beso.

—Ahora estamos real y verdaderamente prometidos... No sólo para el público y en los periódicos, sino para nosotros mismos—musitó.

—Real y verdaderamente—respondió ella, también en un susurro.

—¿Y tú no quieres librarte del compromiso...? Linney, con toda su fuerza, se aferró a él.

—No... no... Casi me aterrorizas cuando hablas así—exclamó.

El la sostenía con dulzura.

—Entonces, no volveré jamás a hablar de eso—prometió—así es que no tengas ese aspecto, amor mío, ese aspecto asustado... Ese aire de desesperación... Sé feliz conmigo. Dios sabe que tenemos bastante para ser dichosos... Somos jóvenes, sanos y enamorados... ¿Qué hay más, dulzura...? ¡El mundo es nuestro!—Y, apartándose un poco de sí, la miró a la cara, sonriente, con los ojos irradiando felicidad.

Ella permanecía con la vista baja, el gesto amargo curvando aún sus lindos labios; de pronto alzó el rostro y le sonrió a su vez.

—Seré feliz... Soy feliz... Sólo que has de amarme siempre, Adán; créeme siempre digna de ser amada... Y lo seré... Yo aprendí modales y cosas que tú no tuviste tiempo de adquirir... pero, ¡oh, querido mío, si tú supieras el espléndido carácter que tienes y que yo jamás me preocuparé de lograr! Pero lo haré ahora... Iremos a la escuela otra vez, juntos... Y se rió con un poco de nerviosidad.—Tú, a aprender las tonterías sociales; yo, a aprender... cosas que no son ni mucho menos tonterías... Las cosas de verdadero valor que tan poco se cotizan en mi mundo...—Se interrumpió, suspirando; y luego, pasándole los brazos alrededor del cuello, le obligó a bajar la cabeza, hasta que el rostro de él quedó al nivel suyo...

—Entre tanto, como tú dices... el mundo entero es nuestro...—concluyó en un murmullo, posando los labios en sus labios.

Y, a partir de aquel instante, mostróse tan alegre como sombría se había mostrado antes. Cogidos de la mano volvieron a donde estaba el automóvil, sacaron el cesto del muerzo que él había preparado y lo llevaron entre los dos

al centro de la arboleda, y con un mantel blanco extendido sobre las agujas de pino, dieron cuenta, con buen apetito, del pollo frío, los sabrosos emparedados y la fruta. Empezaron a comer sentados frente a frente, cada uno a un lado del mantel, pero antes de la mitad del almuerzo ella estaba a su lado. El se sentó en el tronco caído del árbol, y Linney se acercó muy cerca, apoyándose a medias en el tronco y a medias en su rodilla, sentada sobre las agujas de pino... el fuerte brazo de Gault le rodeaba los hombros. Estaba tan contenta como él hubiese podido desear; había resueltamente desterrado toda pregunta y se entregaba con toda su alma a la tarea de hacerle dichoso. Era un placer nuevo para Linney, ya que la falta de egoísmo no era la característica de las gentes de su mundo. Y también una nueva y maravillosa paz. Su alma, en silenciosa plegaria, le prometió a él enmienda de su pasado proceder; y que jamás, en toda una larga vida futura de absoluta lealtad, podría adivinar la pasada traición...

Concluido el almuerzo, permanecieron un rato sentados, gozando la deliciosa frescura del bosque, el perfume de los pinos y la incesante melodía de los pájaros. Después, recogieron los chimes del almuerzo y volvieron al automóvil; ella, un poco sorprendida de que Gault quisiera regresar tan pronto a la población.

—¿Te cansa ya el día conmigo? —preguntó levantando sus dulces ojos azules.

El interrumpió, para mirarla, el trabajo de colocar el cesto en el automóvil.

—Coquetea conmigo... me gusta— respondió riendo;— pero no intentes hacerlo con nadie más o habré de repartir puñetazos a diestro y siniestro...

Ella se rió también.

—Es que yo creía que podría soportar mi compañía un rato más largo—dijo.

Ahora que estamos seria, solemne y absolutamente prometidos, hay algo que quiero hacer.

—¿El qué?

—Darte una sortija. Sube.

Subió ella a la delantera del coche, y él al instante se sentó a su lado y lo puso en marcha.

—¿Una grande, aparatosa, con muchos destellos?—interrogó Linney.

—No, no es esa mi idea. Tú verás luego—le respondió él. Hacía la hora del té se hallaban de regreso en Bond Street, y él se dirigió a una gran joyería. Resultó que la sortija estaba encargada ya desde hacía tiempo; es más, que había sido hecha siguiendo un diseño del propio Gault. Linney quedó gratamente sorprendida de la delicadeza y exquisito gusto de éste; la montura era lindísima, y la agrupación de los brillantes se alartaba por completo de lo vulgar.

Se la puso en el dedo apenas se encontraron otra vez en el coche, y estrechó con cariño la manecita infantil y fina de la muchacha.

—¿Te gusta, dulzura?—preguntó.

—Es encantadora! Adán, yo no te creí capaz de idear un diseño más chico que el de una reja de hierro forjado!

—¡Oh, aun has de aprender muchas cosas respecto a mí!—le replicó, muy contento de que a ella le satisficiera el anillo.

La llevó a su casa en las primeras horas de la noche, y se despidió en la puerta.

—Te he tenido toda para mí durante todo el día—le dijo, y no quiero, después de eso, verte rodeada de gentes...

Por lo tanto, entró sola, y al subir las escaleras hacia su cuarto, oyó voces que provenían del boudoir de su madre.

—Yo sé que le has estado sacando dinero. Lo sé. No puedes engañarme.—La voz era de Rhoda Braid.

Linney palideció. Despertados de súbito todos sus temores, siguió escuchando. ¿Sacar dinero? ¿De quién? Y su imaginación formuló la única respuesta: De... Adán Gault. Entonces oyóse la voz de la señora Sheridan, dura y seca:

—Y suponiendo que lo hubiese hecho... ¿qué tienes tú que ver con ello?

—Tengo que ver, porque había entre nosotras cierto pacto establecido; y no es probable que a ti se te haya olvidado.

—Realmente, Rhoda, tú pretendes adelantar los acontecimientos. No se han casado todavía. Y, si mal no recuerdo, tu parte llega al son de las campanas tocando a boda.

—No, querida mía; llega con el anuncio del compromiso.—Se adivinaba el esfuerzo de la señora Braid para conservar el tono frío de su voz, en la que, sin embargo, latía el despecho.

Continuaba la señora Sheridan:

—Ya te he dado cuanto pudes.

—Quinientas miserables libras. ¿Para qué llega eso?

—Mira, querida, yo no soy responsable de tus deudas del bridge.

—No; pero lo eres de tus promesas, ¿no es cierto?

—Creo haber sido generosa. Este asunto de la educación social, es un pájaro que yo he atrapado...

—Y que quieres guardar para ti sola mientras se deja desplumar—exclamó la señora Braid, cuya indignación subía de punto.—Pero permíteme decirte, Clara, que conmigo no caben tomaduras de pelo; no he de consentirlas. Yo quiero dinero; estoy desesperada por obtenerlo. Y si de ti no logro el que deseo, me dirigirá al propio Gault. Y le diré también la verdad. La absoluta y, más bien, repulsiva verdad.

Livida y descompuesta, Linney no quiso ya seguir oyendo más. Abrió de golpe la puerta, la cerró tras de sí y hallóse ante las dos mujeres.

—Ahora, y de una vez para siempre—dijo con voz pausada, pero con la mirada llameante,—quiero saber de un modo preciso qué es todo esto. Cual es el arreglo, el pacto entre vosotras dos. No intentes orillar el asunto, mamá, porque estoy resuelta a saber.

CAPITULO VII

La señora Braid dice lo que piensa

Por un instante, incluso la señora Sheridan se sintió desconcertada y al descubierto. Había en los ojos de Linney tal mirada de firme resolución, que casi la asustó. Pero con un llamamiento a todas sus fuerzas volvió a ser dueña de sí, e intentó una risa, que resultó en realidad un sonido poco convincente.

—Mi querida Linney, no te pongas trágica como la heroína de un melodrama. Es un estilo que no te va.

Linney dejó aparte toda locuacidad.

—Quiero saber exactamente cuál es el pacto entre Rhoda y tú. Y quiero saberlo en seguida—dijo.

La señora Braid, ardiendo en indignación y acosada por la ansiedad, empezó, sin hacerse rogar, a contarle todo. Y lo hizo en términos claros sin ambages ni rodeos.

—Yo fui la primera que le eché el ojo a Gault—dijo.—Era ya mi presa, empezamos por ahí. Y se lo pasé a ésta—y señalaba rabiosa, al pulgar, a la señora Sheridan,—porque pensé que ella podría trabajar el asunto mejor que yo. Después de todo, yo no tengo una hija hermosa.

Un ligero grito de dolor salió de los labios de Linney. Pero la señora Braid volvió hacia ella su indignación.

—Tú no puedes hablar. Estás en el lío tanto como cualquiera de nosotras. Ella no podría haber hecho nada—y el dedo señalaba de nuevo despreciativamente a la señora Sheridan.—si tú no hubieses representado tu papel como un verdadero genio. Fui tú, en el desarrollo del plan, quien le atrapó. Y desde el instante en que tú le atrapaste, ella me debe a mi dinero. Dice que era cuando te hubieses casado, pero yo te digo que era cuando el compromiso se formalizó... Después de todo, soy yo quien os ha hecho salir a flote de todas vuestras dificultades. Yo quien hizo posible el asunto. Por vosotras mismas, jamás hubierais encontrado siquiera a Gault, y mucho menos te hubieses casado con él...

—Linney no se ha casado con él todavía—puntualizó la señora Sheridan,—y yo mantengo que tu parte llega una vez realizado el matrimonio, ni un instante antes. Además, he hecho lo que he podido. No puedo robar a ese hombre para saldar tus deudas de juego.—Esto lo añadió con un aire de virtuosa superioridad que hizo brotar una amarga risa de los labios de Linney. Volvióse ésta a la señora Braid.

—Usted dice que mi madre no mantiene su parte del pacto. ¿Es eso?—dijo.

—Eso es exactamente—dijo la enfurecida mujer.—Y yo sé que ella le saca dinero a Gault... Lo sé... Ella afirma que no, pero yo sé que sí...

La señora Sheridan intervino de nuevo, con la máxima suavidad.

—Es claro que sí, pero sólo para cosas de él... Naturalmente que él me ha reembolsado los gastos de las fiestas que he dado en beneficio suyo.

—Mamá—interrumpió Linney,—¿puedes jurarme que no has gastado un céntimo de él más que en cosas que para él fuesen?

—Querida mía... desde luego... ¿en qué iba a gastarlo, si no?— Y los pálidos ojos azules se abrieron con inocente asombro.

—...En pagar algunas de vuestras propias deudas—puntualizó con calor la señora Briad,— y en todo caso, ¿de dónde venían las quinientas libras con que me quisiste engañar y taparme la boca?

—Mamá— dijo Linney con calma,— creo que lo mejor que podrías hacer sería confesar la verdad.

La señora Sheridan no lo hizo con palabras, pero no pudo impedir que el rubor coloreara sus mejillas.

La señora Briad se puso en pie; su rabia subía de punto, y con la rabia, la voz. Quedóse ante la señora Sheridan, barbotando literalmente su enojo. Se volvió hacia Linney.

—No la creas nunca. Es incapaz de ser clara con amigos ni enemigos. Ha nacido retorcida, retorcida hasta más no poder. Tan retorcida, que podría esconderse detrás de un sacacorchos. Te digo que estoy asqueada... harta, y no he de soportarlo mucho más...

—¿Es eso una advertencia?— preguntó Linney, mirándola fijamente a los ojos.

—Es una advertencia— aseguró la señora Briad, con un dejo de triunfo en el tono de la voz.— ¿Tú quieres casarte con Gault, verdad?— añadió a quemarropa.

—Sí— replicó Linney lentamente,— pienso casarme con Gault.

—Bien. Pues procura encontrarme algún dinero, o iré yo misma a él y le diré cuanto sé de la trampa que le habéis tendido.

—No seas loca, Rhoda— murmuró la señora Sheridan. Desde luego, no tomaba en serio a la iracunda mujer; pero Linney observó un destello en los ojos de Rhoda Briad que la hizo estremecer.

—Escúcheme, Rhoda— dijo autoritariamente,— si yo prometo hacer todo cuanto pueda para obtenerle algún dinero, ¿prometerá usted en cambio no hacer nada?

—¿Cuánto puedes obtener?— interrogó, cauta, la señora Briad.

—¿Cuánto desea usted?

—Cinco mil libras para empezar.

¡Cinco mil libras! Era una cifra enorme.

—Lo intantaré— replicó friamente.

—¿Cuándo lo tendré yo?

—Tan pronto como yo pueda lograrlo.

—Hace falta que sea pronto— dijo sombría, la señora Briad.

—Será todo lo pronto posible.

—Piensa que haré lo que digo.

—Lo creo así.

—Tú no querrás que te quiten el marido rico, ¿verdad?— exclamó con mofa la señora Briad.

—Yo quiero hacer cuanto esté en mi poder para hacer feliz al hombre mejor y más leal de la tierra— replicó lenta, Linney.

La señora Briad quedó un momento sorprendida, pero volvió en el acto a su tono burlón.

—A mi no me la das tú...— dijo brutalmente.— Yo estaba aquí la noche que te conocí, y te vi jugar con él como con un pececillo enganchado en el anzuelo... Yo lo vi...

—¿Se que usted lo vió— respondió sin alterarse Linney.— Y sé que era muy fácil para usted el verlo. Yo sé que jugué con él y que le casé. Sé que todo aquello era una celada. No sabía, sin embargo, que existiese ningún pacto entre usted y mi madre. No es que con ello mi conducta fuera mejor. Eso no hace sino convertir el asunto en el más abominable que imaginarse puede.

Sus labios temblaban; con la mano derecha halló el anillo que Gault le había puesto, y lo hizo girar lentamente bajo la gamuza del guante. Símbolo de una emoción de la que, con todo corazón y toda su alma, quería ser digna. Pero ahora— continuó, esforzándose en que ni los labios ni la voz le temblasen,— ahora las cosas son diferentes para mí. He cambiado. Nos ha visto a nosotras mismas en toda nuestra despreciable ruindad. He visto nuestro mundo como el mundo frívolo, inútil y estúpido que es... Y quiero casarme con Adán Gault, no por el oro que tenga en el Banco, sino por el oro que tiene en su corazón...

La voz le temblaba de nuevo, y se detuvo un segundo; luego, siguió diciendo:

—Oh, no supongo que usted vaya a creer todo esto; honradamente, no hay ninguna razón para que lo crea. Jamás he hecho nada para dar a nadie una impresión de mi misma distinta a la que usted tiene concebida... Mi conducta con Adán justifica cualquier cosa que usted pueda decir... Y usted no puede decir nada de mí más duro de cuanto yo a mí misma me he dicho. Pero ahora quiero casarme con Adán Gault, y hacer cuanto esté en mi poder para hacerle feliz, cual redención y desagravio. Quiero hacerlo, Rhoda, y usted no será quien me detenga. Porque la felicidad de él depende mucho de mí, y lo que yo más deseo en el mundo es hacerle feliz...

La señora Briad pareció, por un momento, impresionada. Había algo en la actitud de Linney que despertaba en su corazón un impulso noble. Pero fué un desfallecimiento momentáneo. Al instante recordó sus deudas, su apremiante necesidad de dinero, y de nuevo la rabia se apoderó de ella. Mofóse, gritó, amenazó y terminó por decir otra vez:

—Te digo que lo mejor que puedes hacer es creermelo, que haré absolutamente todo lo que he dicho. Cinco mil libras pronto, o iré a Gault y le relataré todo lo que sé. No tengo que recordarte que sé bastantes cosas; el hecho de tener un corazón de oro, como tú tan poéticamente describes, no dejará de hacerte indignar tanto como cualquier otro hombre menos sublimemente bueno.

—Entiendo perfectamente, y lo que usted dice es verdad. Le consiento que me hable así, justamente porque es verdad. A él le afectaría mucho más que a otros muchos hombres el saber lo que usted puede decirle. Pero, de alguna manera, yo obtendré el dinero que usted desea con la mayor brevedad posible. Y ahora, Rhoda, ¿me hace usted el favor de marcharse?

Lista como un rayo, la señora Sheridan tocó el timbre para que la doncella acompañase a la señora Briad hasta la puerta. Apenas salió de la estancia, volvióse hacia Linney:

—Todo lo que dice es pura baladronada.

Linney sacudió la cabeza:

—No; lo haré como lo dice.

—¿Qué vamos hacer, entonces?

—No podemos hacer sino lo que ella quiere. Temo mucho que sea ella la única que pueda marcar el compás.

—Pero esa es una burla intolerable.

—Lo sé. Pero nosotras nos hemos puesto en el caso de haberla de soportar. A nada conduce el resentimiento, mamá. Si uno hace una mala acción, tarde o temprano es lógico que se lo echen en cara. Parece ser una de las reglas del juego de la vida. Y tú no estás en un plano inferior al mío. Tú te has apoderado del dinero que él tan generosa y libremente te da, y lo has empleado para servir tus propias necesidades o deseos. Pero yo me apoderé de su corazón y lo usé a mi capricho... Así es que ¿qué podría decirte a ti que, de rechazo, no me dijese a mí misma doce veces más...? La sartén llamando sucio al cazo, nunca ha sido un espectáculo edificante...

La señora Sheridan movió con impaciencia sus pequeñas manos nerviosas.

—¡Por amor de Dios, no moralices...! Dame ocasión de pensar. Es preciso hacer algo.

—Sí, pero no tú— dijo resueltamente Linney.— es necesario que te des clara cuenta de ello. ¿Me entiendes? Lo que haya que hacer, lo haré yo.

—Bien. ¿Pero puedes tú hacer algo? Estoy dispuesta, si puedes, a dejarte. Pero ¿puedes? ¿Adviertes lo serio que es esto? Ella es capaz de echarlo todo a perder; impedir tu matrimonio o algo horrible por el estilo, a impulsos de su desparpajo... ¿Puedes tú hacer algo?

—Debo— replicó Linney.

Como la gentes que se obsesionan con la idea de la renunciación y del propio sacrificio, Linney estaba obsesionada, llena de ardiente propósito de enmienda. Anhelaba compensar el infame truco de que se valiera para atraerle, dedicando su vida toda, devotamente, a labrar la felicidad de Adán Gault.

Sus más fervientes plegarias, eran en súplica de conse-

guir amarlo; y con ansia infinita escudriñaba su propio corazón para descubrir una emoción bastante honda por él que pudiese llamar amor. Más, en vano. No le amaba. Le admiraba, le estimaba y le respetaba ardientemente. Pero amarle, no.

Y ahora tenía que hacer frente a la despiadada amenaza de la señora Briad. Sentíase avergonzada y horrorizada por la falta de delicadeza de su madre; no hallaba solución alguna, y no sabía qué partido tomar. Nada era de extrañar su desconcierto. Su vida, siempre fácil y despreocupada, había trocado en algo turbulento y lleno de encontradas emociones que le impedían ver claro ante sí. Era para ella completamente imposible lograr cinco mil libras, menos que se las pidiese a Gault, y sólo la idea se le hacía intolerable y angustiosa. Pensó primero en sus joyas, e incluso las llevó a que las tasasen, encontrando que, aunque vendiese todo lo que tenía algún valor, no reuniría más allá de mil quinientas libras.

A través de este cúmulo de dificultades, una sola idea brillaba serena y firme: su resolución de impedir que Adán sufriese viendo derrumbado su ideal, destruidos su amor y su fe.

Cuando en su cerebro se dibujó la solución del problema, tomó con tal rapidez que la dejó asombrada; y, sin embargo, era tan sencilla que le extrañó no haber pensado antes en ella.

Debía apresurar su matrimonio; qué tuviese lugar inmediatamente, antes de que el despecho empujase a la señora Briad a vengarse. Una vez casada, para la señora Briad no tendría objeto llevar adelante su amenaza, y entonces también le sería a ella más fácil hacerse con la suma necesaria para comprar el silencio de la enfurecida mujer, ya del dinero de sus gastos personales— pues que estaba segura de que Adán sería ampliamente generoso,— ya del dinero dedicado a la administración de su casa, ya de otro cualquiera. Pero al llegar a tal punto de sus pensamientos, Linney inclinó la cabeza; aquel plan parecía tan digno de la conducta de su madre, que sintió una oleada de sangre encenderle el rostro.

Ella había esperado no tener jamás que hacer farsa alguna ante Gault. El había creído en la del amor que ella sintiera, pero ésta estaba segura de poderla mantener de por vida. Mas la actitud de Rhoda Briad hacia precisas nuevas ficciones.

—Cuando se empieza a andar por una senda tortuosa parece que jamás se puede seguir ya la línea recta... Mentiras y engaños engendran engaños y mentiras... Naturalmente. ¿Qué otra cosa podía esperarse?— se decía.— Pero, ¿qué puedo yo hacer? No puedo reducir a la nada el ideal que de mí se forjó... Destrozar su felicidad... Destrozar quizá su vida misma... Parece el pensar así un alarde de vanidad; pero no lo es. Yo sé bien que él es incapaz de afectos superficiales. No podría. Simplemente, no cabe en su naturaleza... Lo que significa que pasaría una eternidad antes de que él pudiese borrar de su alma mi cariño...

Pensaba, y volvía a pensar, pero no veía claramente en el futuro. Tenía que apresurar su matrimonio, y después... esperar; y rogar a Dios que no sucediese nada más que alterase sus planes.

Al hallarse la primera vez con Gault, estaba serena y dueña de sí. Se había impuesto a sí misma un deber, y estaba dispuesta a llevarlo a cabo. Se hallaban en la salita de música, donde la señora Sheridan, discretamente, les había dejado solos.

—Canta para mí— le dijo él.

—No. No quiero cantar; quiero hablar contigo, Adán. ¿No puedo hacerlo?

—¡Ven en seguida y hazlo!— exclamó él riendo y abriendo los brazos en un amplio gesto de afectuosa bienvenida. Deslizóse hacia él, evadiendo, sin embargo, el abrazo.

—No— dijo.— Es en serio.

—Entonces, aquí me tienes solemne como un profesor.

—No lo estás; tus ojos rien.

—No pueden menos, mientras te miran a ti.

—Entonces, evita que me miren.

—No pueden vitar el mirarte, pues te ven en todas partes. Sonaron juntas las risas de los dos; la de ella, un poco nerviosa, insegura.

—Adán— comenzó, apoyando las manos en los hombros de él, pero sin ir más lejos.— Adán— dijo de nuevo, y de nuevo hizo una pausa.

El alzó sus manos hasta cubrir las de ella.

—Di, dulzura...

—Adán, ¿no quieres... no quieres casarte conmigo?— articuló por fin.

Rióse él y dijo:

—Mañana si tú quieres, amada mía.

—Yo querría... que fuese pronto... es decir, no quiero que tú lo demores suponiendo que yo no lo desee, que no esté dispuesta... Lo estoy, Adán; real y verdaderamente lo estoy.

Y levantó hacia él un rostro enrojecido.

—¿Quieres que sea pronto? ¿Quieres que yo sea para ti tanto como quiero que tú seas para mí? No, no tanto. Eso es imposible, simplemente imposible. Mas, ¡oh, querida mía, mi chiquilla adorada!, tú me quieres un poco, ¿verdad?

Apoyó ella la cabeza en el pecho de Gault, ocultando el rostro. Experimentaba una asombrosa sensación de paz y seguridad en el puerto de aquellos brazos que la rodeaban, sosteniéndola con dulce y firme presión.

—Yo pienso que no hay en la tierra un hombre como tú— dijo en un murmullo, mientras los labios de él rozaban sus cabellos. Levantó ella el rostro y atrajo con sus manos la cabeza de Gault, hasta que estuvo al nivel de la suya.

—¡Oh, Adán, yo puedo hacerte feliz!, ¿no es verdad? Dime que puedo, lo deseo.

—Nunca otra cosa hay en el mundo que pudiese lograrlo, amor.

Más tarde hablaron del asunto con la señora Sheridan. Esta miró rápidamente a Linney y movió la cabeza en señal de aprobación.

—Nosotros deseamos que sea lo antes posible, mamita— dijo él dirigiéndose a la señora Sheridan en tono amistoso y emocionado, que sonaba a Linney como una dolorosa ironía.

—Yo estoy siempre preparada para cualquier sorpresa con vosotros, criaturas inesperadas e imprevisas. No hago más que aguardar a ver cuál será la próxima, dispuesta siempre a hacer lo que se me diga, como una madre completamente educada a la moderna.

—En la quincena que viene, entonces, si usted quiere— continuó él, riéndose;— una ceremonia tranquila y sin aparato, sin decir nada a los amigos, al público ni a los periódicos. ¿Sabrá usted tener tal discreción?

—¿Yo?— Y la señora Sheridan alzaba sus ojos de gatiato.— Querido hijo Adán, la ostra resulta un animal muy hablador comparada conmigo, cuando existe alguna razón que me aconseja dar punto en boca.

—Bueno; entonces estamos de acuerdo. Ningún aparato, ninguna pompa, ninguna participación; una ceremonia simple y sencilla, como concierne a dos personas, ¿eh, Linney?

—Sí— respondióle, apenas capaz de articular el monosílabo, abrumada por la angustia de su corazón.

—Y con el arroz y los confites en raciones estrictas— añadió, riéndose, la señora Sheridan.— Créame, hijo mío, arreglaré la cosa con el secreto de un complot.

Cuando Gault se fué, acercóse a Linney.

—Querida mía, has salvado la situación. Apresurar así el matrimonio, ha sido una idea genial. ¿Cómo pensaste en ello?

—Tenía que pensar en algo— respondió con fatiga Linney.— Es una de esas ideas sencillas, pero de tan gran eficacia, que no se le ocurren a un cerebro complicado y artificioso como el mío. Una sola cosa hay importante: Rhoda no debe saber...

—¡Santo cielo!, eso es lo primordial— exclamó Linney. La señora Sheridan añadió:

—Realizar la boda en el misterio y enviar más tarde las participaciones.

Linney fijó en su madre una mirada ansiosa.

—Mamá, ¿puedes tú guardar el secreto? ¿Puedo confiar en ti? ¿Estás segura?

—Por amor de Dios, chiquilla; tengo bastantes razones para desear verte casada y a salvo con Gault, ¿no es cierto? No me supongas capaz de arriagar todo lo que depende de esto por falta de un poco de discreción. Si se gana algo con tener quieta la lengua, no hay lengua más quieta que la mía. Tú debes saberlo.

—Sí, creo que serás discreta— respondió Linney lentamente.— Como dices bien, de esto dependen muchas cosas.

—Una vez que estés casada...— comenzaba a decir la señora Sheridan, cuando fué interrumpida por Linney:

—¡Oh, una vez que estés casada, haré que Adán me lleve lejos de todo esto!— y en su voz había un trémulo de lágrimas.— Entonces estaré libre de complots, de intrigas y de todas estas bajezas.

—Esto era por el momento, todo lo que veía en el porvenir, todo lo que del porvenir esperaba. Bastaba para ello que la señora Briad no hiciese nada hasta después de la boda; que supiese dominar su despiadada impaciencia y dar a Linney aquella oportunidad.

Al pasar los días sin que nada ocurriese, comenzó a sentirse más tranquila; empezó a esperar que, por fin, todo fuese por buen camino. Sentía que si las cosas no iban demasiado de prisa, si el Destino no la arrollaba, podría a buen seguro dominar la situación. Para hacerlo, bastaba que nada viniese a impedir su matrimonio.

Todo fué bien hasta la víspera de la boda. Entonces Linney recibió una carta de la señora Briad diciéndole que si en el plazo de veinticuatro horas no recibía las cinco mil libras, hablaría.

Las cosas se habían deslizado tan suavemente, que aquello cayó como un bomba. La carta llegaba en el correo de la tarde, y había de casarse al día siguiente al mediodía.

Desesperada, pensó y pensó cien veces inútilmente; había una solución única. Pedir a Gault que le diese el dinero.

Concluida la cena, se envolvió en su abrigo, pidió el automóvil y se hizo conducir al hotel de Gault. Ocupaba éste un pequeño departamento, a cuyo saloncito fué acompañada Linney.

La alegría de él al verla la emocionó en lo más hondo del corazón. ¡La estrechó tan ríspido entre sus brazos, la miró con tal adoración en los ojos!... Había ella planeado llegar a la cuestión del dinero lenta, fácilmente, con mucho tacto, de modo que él no tuviera ni la más remota sospecha de para qué lo necesitaba. Pero cuantos planes había formado previamente para iniciar la conversación, huyendo de su mente. Se apartó de los brazos de él.

—Adán— dijo de pronto.— ¿aborreces tú a las personas que te piden dinero?

—Algunas veces.

—¿Me aborrecerías a mí si te pidiese algo?

—Ponme a prueba— fué su serena respuesta.

—¡Oh, querido mío!— exclamó con gratitud.

—¿Cuánto, mi divina dulzura?— Y, al hablar, sacó su talonario de cheques y destapó la estilográfica.

—Cinco... mil libras— articuló a través de sus secos labios.

Extendió él el cheque sin hacer preguntas.

—¿Cuentas, dulzura? *Trousseau*, o algo así?— inquirió mientras se lo alargaba.

—Las cosas son tan horriblemente caras...— dijo ella, por equivocación, cogiendo el cheque y doblándolo nerviosamente.

—Cómprate todo lo que quieras.

Algo le hizo sentir la imposibilidad de mentir.

—Esto... no es para el *trousseau*, Adán— dijo;— ¿quieres darme... y no preguntarme nada?

—¿Qué significa ese misterio, dulzura?

—No es exactamente un misterio... Es... ¡Oh!, ¿no puedes darme sencillamente?— Y las lágrimas empañaban el limpio cristal azul marino de sus ojos, al mirarle implorante.

—Si me dices que lo mejor para ti es tenerlo y me miras al decírmelo— contestó él.

—Oh, sí, lo es, lo es— exclamó mirándole de frente, cara a cara.— es lo mejor para mí...

—Entonces, querida mía, tómallo. Haz lo que quieras con él.

¡Qué perfecta su confianza en ella! Mas sabría merecerla. La ganaría con tal absoluta buena fe, que el pasado se borraría por completo. El tenía fe en ella, y ella sería digna de su fe. Esto, este engaño que ahora llevaba a cabo, era lo mejor que podía hacer, la única cosa que hacer cabía. Por él, mucho más que por ella misma...

Acercóse a él ofrendándole sus labios.

—Te demostraré cuánto te lo agradezco. Te lo demostraré en todos los minutos de nuestra vida juntos...

—Nuestra vida juntos— repitió él, estrechándola en sus brazos.— Comienza mañana. ¿Nada lamentas?

—Nada, Adán, excepto... que yo sea mejor... mejor... Y su voz se quebró en un silencio.

Cuando se marchó, Gault se empuñó en acompañarla a casa, por más que ella deseaba fervientemente que la dejase regresar sola, ansiosa de ir a encortrar a Rhoda Braid, darle el cheque y asegurar la boda al día siguiente. Pero él insistió en acompañarla; una vez en casa, no hallaba el momento de apartarse de ella, así que era ya muy tarde cuando la dejó.

Y más tarde aún, cuando Linney salió de su casa envolviéndose en el abrigo y se dirigió a casa de la señora Braid.

Encontró a Rhoda en la puerta de la calle, en el preciso momento que entraba.

—¡Oh, Rhoda!— dijo en voz baja por lo avanzado de la hora, sintiéndose aliviada.— estoy muy contenta de hallarla.

—Acabo justamente de ir a Correos— respondió, con una entonación que escapó a Linney.— Entra.

La condujo al salón, cerró la puerta tras Linney, se dirigió a una mesa, cogió un cigarrillo, lo encendió, y finalmente volvió junto a ella, diciéndole, cual un desafío:

—Bien. ¿Para qué has venido?

Linney se aproximó más.

—Aquí está su dinero— dijo en voz baja, alargándole el cheque.— Lo he hecho pagadero a la orden de usted. El ha dejado en blanco el nominativo, para mi mejor conveniencia. Se imagina cualquier cosa... cualquier cosa menos que se trate de sí mismo— concluyó, ahogada.

La señora Braid la miraba asombrada, con una expresión estupefacta en sus estúpidos ojos.

—Cinco mil libras— dijo mecánicamente, leyendo las cifras del cheque.

—Era lo que usted había pedido.

—Sí, era esto lo que yo había pedido— repitió la señora Braid en un tono igualmente estúpido que su mirada.— De manera que se lo pediste a Gault, ¿no es eso?

—No podía obtenerlo de otro modo. Ya lo he intentado.

—¿Se portó él bien en este caso?

—¡Claro que sí! ¡Siempre!— exclamó Linney.

La señora Braid se acercó un paso y miró fijamente, cara a cara, a Linney. Concentró la mirada de sus ojos de pepona, que aparecía así penetrante. Pero su mirada apenas hacía justicia al leve sentimiento de algo parecido a piedad que surgía en su seco y frívolo corazón.

—Linney, ¿eres realmente sincera?

—¿Sincera en qué?

—En el tono con que hablas de Gault; en ese tono de admiración.

—Desde luego; lo siento como lo digo. Ya manifesté usted el otro día que no esperaba que me creyese; pero, créame, usted lo que quiera, mis sentimientos son verdad.

—¿No es una continuación del truco?

—¿El truco?

La señora Braid sacudió la cabeza.

—El truco de que te serviste para atrapar a Gault. ¿No estás representando la comedia en privado, para... bueno, para practicarla?

—¡Oh, no!— dijo Linney con un dejo de fatiga.— He aprendido a conocer a Gault; eso es todo.

Rhoda Braid se volvió bruscamente empezó a pasear por la habitación y permaneció un instante de espaldas a Linney; entonces, de repente arrojó el cigarrillo a medio fumar en la rejilla vacía, con un extraño gesto de violencia.

(Continuará)



...sí, Señora:

Vd. Tiene Una Sola Cabellera

Si en lugar de una cabellera, tuviera usted varias cabelleras, podría exponerlas a pruebas que pueden ser fatales para sus cabellos. Como solo tiene una, debe meditar muy bien antes de decidirse por un preparado para teñir sus canas. Un error de elección puede ocasionarle daños irreparables.

Si— por un desmedido afán

de lucro — algún comerciante poco escrupuloso le ofrece otros pretendidos sustitutos del Agua de Colonia "La Carmela", rechácelos sin vacilar.

Compre Agua de Colonia "La Carmela". Usela por las mañanas, como una loción, en el momento de peinarse y sus cabellos volverán a tener el color natural de los veinte años.

En venta en todas las farmacias y perfumerías. Precio del frasco \$ 18 m/l

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA DEL PACIFICO. (DROPA).

VALPARAISO — SANTIAGO — CONCEPCION — ANTOFAGASTA

M. R.

CANAS

El Agua de Colonia "LA CARMELA"

es un producto digno de toda confianza. Reúne las siguientes propiedades características que son las que la distinguen de todas sus imitaciones:

1. Devuelve al cabello canoso su color natural exacto: rubio, castaño o moreno.
2. Es absolutamente inofensiva.
3. Es de uso sencillísimo, pues no requiere lavados de cabeza: se aplica al peinarse, como cualquier loción.
4. No engrasa ni mancha en lo más mínimo la piel ni la ropa.
5. Higieniza el cuero cabelludo y disuelve la caspa en 4 días.



A black and white illustration of a woman with dark, curly hair, wearing a light-colored dress. She is smiling and pouring liquid from a bottle of Cinzano Vermouth into a small glass. The bottle has a label that reads "CINZANO". The background consists of a series of diagonal lines that create a sense of depth and movement.

CINZANO

VERMOUTH